

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**FIESTAS Y PASEOS EN LA CIUDAD
DE MEXICO [1877 - 1910]**

TESIS

Que para optar al Grado de
MAESTRA EN HISTORIA DE MEXICO
presenta

Carolina González Valadez

TIPOGRAFICA ORTEGA
Emperadores 114
México, D. F. — 1955



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres:

Sr. ANDRES GONZALEZ VELASCO

y Sra. MAGDALENA VALADEZ de GONZALEZ.

A mi tío,

Sr. RAMON VALADEZ.

A mi hermana:

Srita. GUILLERMINA GONZALEZ

VALADEZ.

A mi esposo,

Sr. JOSE ARANGO ROJAS.

Al Sr. ROMAN BELTRAN.

**A mi maestro,
Prof. JOSE MARIA LUJAN.**

A MIS MAESTROS.

INDICE

INTRODUCCION

I.—PASEOS.

- a) Paseo de la Alameda.
- b) Paseo de la Reforma.
- c) Paseo del Zócalo.
- d) Paseo de Chapultepec.
- e) Paseo de la Viga.
- f) Paseo de las Flores.

II.—FIESTAS RELIGIOSAS.

- a) Verbena de San Juan.
- b) Verbena del Carmen.
- c) Verbena de los Angeles.
- d) Verbena de Santa María.
- e) Verbena de Guadalupe.
- f) La Candelaria.
- g) Carnaval.
- h) Jueves, Viernes Santo y Sábado de Gloria.
- i) Corpus.
- j) Todos Santos y Muertos.
- k) Posadas, Navidad y Reyes.

III.—FIESTAS PATRIOTICAS.

- a) 5 de Febrero.
- b) 2 de Abril.
- c) 5 de Mayo.
- d) 15 y 16 de Septiembre.

INTRODUCCION

El presente trabajo intitulado "Fiestas y Paseos en la Ciudad de México", comprende los años de 1877 a 1910. es decir, la época Porfiriana, llamada así porque durante ella gobernó al país el General don Porfirio Díaz; con excepción del período presidencial del 10. de diciembre de 1877 al último de noviembre de 1880, en el cual ocupó la Primera Magistratura Don Manuel González.

En él se hacen figurar los asuntos similares, con el fin de presentar, aunque en forma suscinta, una visión general de las costumbres metropolitanas de esa misma época, con relación a la participación que en las fiestas populares tenían las distintas clases sociales; pues en unos paseos y en unas fiestas se mezclaban todas ellas; en otras, cada una tenía su fiesta o su paseo para concurrir, y aun su hora.

Si bien es cierto que muchas de esas costumbres aún prevalecen, otras tantas han desaparecido y de algunas sólo quedan vagas reminiscencias, principalmente de las que correspondían a las clases bajas, aunque no, desde luego, con el mismo "sabor" de alegría y entusiasmo que en aquéllas se disfrutaba.

FIESTAS Y PASEOS EN LA CIUDAD DE MEXICO

1877 - 1910

EL PASEO DE LA ALAMEDA

Nuestro hermoso paseo de la Alameda, el más antiguo de México, debe su existencia a la iniciativa del Virrey don Luis de Velasco, hijo, segundo de este nombre, y octavo mandatario de la Colonia en los años de 1590 a 1595.

El proyecto del Virrey para dotar a la ciudad con un lugar de recreo, fué prohiado por el Cabildo, el que, en compañía del mismo Virrey, en 14 de enero de 1592 fué a señalar y medir, en los ejidos de la ciudad, el sitio "frontero al tianguis de San Hipólito, linde al Poniente con casas y tenerías que fueron de Francisco Morcillo" (1), comisionándose a Cristóbal Carballo, alarife, para hacer la traza correspondiente.

La ubicación del paseo hubo de modificarse más tarde, debido al pleito promovido por Morcillo, al acordarse que éste quedara más lejos de San Diego, y frente a la entonces ermita de la Santa Veracruz.

No es nuestra intención referir la historia de la Alameda desde sus primeros años, y nuestra tarea debe concretarse a una breve descripción de las costumbres y hechos sobresalientes en el lapso de 1877 a 1910.

(1) Vicente E. Manero, *El Monumento levantado en la Alameda de México*, 1883, p. 61.

En tantos años de existencia, era natural que este paseo tuviera sus épocas de auge, como durante el gobierno de los Virreyes Revillagigedo y Bucareli, que pusieron la mayor atención en conservarlo como un lindo parque, y sus períodos de decadencia, tal como se encontraba en los años de 1877 a 1885, debido al descuido en que la tenía el Ayuntamiento y por lo tanto, la Comisión de Paseos, contra quienes, la prensa de aquellos días, lanzaba todo género de invectivas.

Estaba la Alameda a tal grado intransitable, que las señoras se abstendían de ir, por miedo de echar a perder sus trajes y su calzado, pues se hundían hasta los tobillos en tantos montones de tierra como había.

En tiempo de lluvias se convertía en un pantano, mientras en la época de secas, el viento levantaba densas nubes de polvo.

El piso de la Alameda que otrora estaba formado por un "andador", o pasillo de losas, fué levantado sin haber motivo para ello, quedando la tierra floja, menuda y árida.

Las bancas de piedra tan resistentes a la intemperie, fueron cambiadas por otras de tiras de madera pintadas de verde; las fuentes siempre secas por la falta de agua, y las plantas y los añosos árboles, marchitos y cenizos.

Por tales motivos, las quejas contra la Comisión encargada de cuidar los jardines estaban plenamente justificadas, dada su improvisación y decidía.

El paseo, en los años citados, se iba acabando poco a poco; casi nadie acudía, y así lo refiere un periódico coetáneo donde dice: "No se concibe cómo las señoras y los niños que usan calzado de suela sencilla, pueden transitar por la Alameda sin lastimarse los pies" (2).

De continuar en ese estado pronto no quedarían vestigios de él, ni de sus plantas, que por falta de agua se iban acabando lenta pero seguramente.

(2) "El Nacional". México, (24 de marzo de 1881).

Así lo presagiaba su triste aspecto, y los abundantes montones de hojas secas y basura con que se tropezaba a cada paso.

Por fin, el regidor de paseos y fecundo escritor Ireneo Paz, prestó atención a las quejas y se dedicó activamente a reconstruirlo.

Lo primero que hizo fué edificar un kiosco para la música encargada de amenizar el paseo; además, dispuso que se arreglaran los prados, y que las fuentes se apearan. Con esto nuevamente empezó la Alameda a ser el punto de reunión de la gente de todas las clases sociales, que en los domingos y días festivos iba a gozar del paseo, y cambió también la opinión de los visitantes que manifestaban su agrado, alabando "Los hermosos árboles, las flores, y las fuentes, que hacen de la Alameda el más bello parque". (3)

En las mañanas de los domingos, y en los días festivos, había selectos conciertos, "y la gente prendida de mil alfileres, luciendo las damas los atavíos venidos de París, y los caballeros la indumentaria de última moda, iban en continuo vaivén bajo los velámenes que se colocaban al efecto bajo las frondas de eterno verdor" (4).

La multitud se agrupaba en torno del Kiosco para escuchar las piezas de moda en la época, como los vals "Sobre las Olas", el "Danubio Azul", "Alejandra", la mazurca "La Czarina", y la marcha "Aires Nacionales". Una pieza descriptiva que llamaba la atención era: "La Cacería", que la banda dirigida por Payén ejecutaba con suma maestría, imitando fielmente con los instrumentos, los ladridos de la Jauría, el galopar de los corceles, los disparos de las escopetas y los toques de los cuernos de caza (5).

La concurrencia de la Alameda era variadísima; se veía desde el estudiante pobre, y la joven de clase media, hasta el hombre

(3) Reau Campbell, *Complete Guide and Descriptive Book*, México, 1889, p. 92.

(4) José de J. Núñez, "El Turista Mexicano", México, 1932, Vol. I, Nos. 4 y 5.

(5) Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*. México, 1932, p. 204.

de negocios y la dama aristocrática, todos gozando por igual del paseo.

Personajes de la época que se distinguían, ya fuera en la política, o por ser protagonistas de algún acontecimiento notable, no faltaban a dicho paseo, y era seguro ver, domingo a domingo, al "Duque Job" (6), pulcramente vestido con pantalón gris, chaleco blanco, y jacquet de cola de pato, en cuya solapa destacaba por su blancura una gardenia de fragante aroma. Lucía también, la esbelta figura de Enrique Chavarri (Juvenai), el admirable costumbrista que, escudriñando bajo sus ahumados espejuelos, hacía acopio de asuntos para relatarlos en sus famosas "Crónicas Dominicales"; a Chóforo Canseco, el lagartijo más popular, con el rostro sonriente y sobre cuyos labios destacaban, como enhiestas antenas, las guías de su bigote; llamaba la atención el eterno candidato a la presidencia, don Nicolás de Zúñiga y Miranda, enfundado en su levita negra; tocado con reluciente chistera y empuñando en su enguantada mano, el imprescindible bastón de caña de la India; también a Fradíavolo, el popular sordo-mudo, protegido de los próceres del Jockey Club, que atravesaba con paso ligero, vestido elegantemente de sorbete y jacket; a don Joaquín de la Cantoalla y Rico, el tenaz y valeroso aeronauta, quien transitaba por las enarenadas callecillas del parque, con el cuerpo erguido y el rostro impasible; a Luis G. Urbina, el poeta exquisito; a Díaz Mirón, a Juan Sánchez Azcona, a López Portillo y Rojas, a Justo Sierra, y, en fin a lo más granado de la sociedad y de las letras" (7).

Los domingos que era el día tradicional del Paseo, entre las once y la una, el parque presentaba mayor animación, ya que constituía el lugar de cita de la juventud y de la elegancia. Tres bandas de las mejores de la guarnición amenizaban el paseo, mientras la gente, en las calles próximas a la glorieta central, iba y venía "... para ver y ser vista; las damas luciendo elegantes vestidos de seda, y coronadas por caprichosos sombreros con pú-

(6) Seudónimo de Manuel Gutiérrez Nájera.

(7) Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*, México, 1932, p. 205.

mas y flores; los caballeros pulcramente vestidos de levita o de jacket, sombrero de bola, bastón, y retorciéndose el bigote" (8).

El "lagartijo", un personaje muy peculiar de la época, cuya figura era inconfundible por "su bigote a la Kaiser, flor en el ojal del saco, bastón entre los dedos de la mano enguantada, sombrero de la estación del año y muy perfumado..." (9), no podía faltar a este paseo.

Los lagartijos se creían "irresistibles conquistadores, con el bigote atusado y la mirada altanera, amenazando atar a su carro a todas las beldades que junto a ellos pasaban" (10).

Una respetable matrona, doña Rosa Crespo de Elzaurdia, logró en 1902, que se extendiera a su favor el permiso que se daba a su finado esposo, para poner sillas de alquiler en la Alameda.

La calzada central primero, y posteriormente las adyacentes al kiosco, eran cubiertas con un gran toldo de lona, bajo el cual y a ambos lados de las callecillas, eran colocadas largas hileras de sillas "austriacas", o plegadizas que se alquilaban al módico precio de diez centavos.

En ellas tomaban asiento las personas mayores, mientras las pollas, las terribles pollas, paseaban, y con unas tijeras más temibles que sus ojos, sostenían conversaciones como ésta:

—Mira: ¡Qué elegante va esa, pero qué fea es!

—¿Conoces a las Valdivia? Ahora pasan. De la mayor se dicen cosas horribles.

—¡Qué nariz tan grande!

—¡Qué pintura!

—¡Extraño color!

—Malísimo corte.

—¡Matilde está que revienta de gorda!

—¡Qué flaca es Sofía!

(8) Gustavo Casasola. *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1901, p. 126.

(9) *Ibid.*

(10) *El Monitor Republicano, México*, (4 de septiembre de 1887).

—¿Te fijaste en la que pasó? Es un figurín del año cuarenta” (11).

Los niños correteaban por las glorietas tras el aro o de la pelota, o se entretenían brincando la reata, jugando a la roña, o al pan y queso, siempre vigilados de cerca por las niñeras, que con su almidonado delantal no perdían la oportunidad de coquetear con los “pepitos”.

Juvenal, (12) en sus charlas dominicales describe el paseo así: “los paseos de la Alameda no carecen de chiste, son el lugar de cita de los osos, novios, pretendientes, suplentes, y otros inofensivos animales. También por ahí pululan los viejos verdes, muy teñidos por supuesto, muy elegantes, habiéndose dado bola desde el bigote a la cola”.

“Muchacha de no malos 18 por cierto hay en esta populosa ciudad, que primero pierde, parece increíble, la misa que el paseo de la Alameda, y cotorra que antes abjuraría del Agua de Juvenal que prescindir de una de esas *matinéés* en donde abundan las ocasiones”.

“Y Pepito amartelado conozco yo que rompería su cuello de celuloide antes que no lucir su flamante levita desmanchada, en esas fiestas, en donde ha hecho sus más retumbantes conquistas”.

“De ahí es que en bandada acude la gente a la Alameda” (13).

Los vendedores de globos de gas con sus racimos multicolores y los vendedores de golosinas, que con atiplados gritos ofrecían su mercancía a los paseantes, eran los concurrentes más asiduos a la Alameda.

Los niños también tenían atractivas diversiones en este parque; había en el costado norte, unos carritos tirados por chivos;

(11) *El Mundo Ilustrado*, México, (3 de enero de 1909).

(12) Seudónimo de Enrique Chávarri.

(*) *Hoy Avenida Francisco I. Madero*.

(13) *El Monitor*. . . *Op. Cit.*, (21 de octubre de 1888).

existía un volantín de caballitos, y para los jóvenes se inauguró en noviembre de 1895, una pista para patinar instalada sobre la fuente central, circundada por un barandal de madera y techado con lona (14).

En 1892 el paseo no se concretaba ya únicamente a la Alameda, sino que se extendió a la calle que daba a la avenida San Francisco (*), la que se cubría con un toldo y se cercaba con sillas.

En esa calle se formaba el núcleo del paseo, pues se sentía agradable fresco, se oían los ecos de la música y sobre todo se contemplaba cómodamente el desfile, el ir y venir de la elegante concurrencia, del México endomingado, pues era un magnífico observatorio que costaba "nada más 12 viles centavos, plata o cobre..." (15).

Otro sitio muy concurrido, era el expendio de helados y refrescos que el señor Estanislao Knothe, tenía establecido en el prado No. 1 de la Alameda. Se abrió al público en 1902, y muchos años más tarde continuaba siendo el punto de cita de las familias distinguidas, que se reunían en torno de las limpias mesas con cubiertas de mármol, para saborear los exquisitos "mantecados", que eran la especialidad de la casa.

En la Alameda no todo era diversión, pues entre semana las personas mayores muchas veces trataban ahí sus negocios, los jóvenes universitarios estudiaban sus lecciones y "las señoritas cursis se enfrascaban, apartadas en las bancas de algún recóndito lugar, leyendo aquellas novelas: "La Enterrada Viva", "El Beso de la Muerta", o cualquiera otra de las mil, escritas por Carolina Invernizzio, algunas de las de Carlota Braeme, e indudablemente el "Pablo y Virginia" de Bernardino de Saint Piérre, "María", de Jorge Isaacs, o "Carmen" de Pedro de Castera; ahí se arrullaban las eternas parejas de enamorados, y por sus callejas tran-

(14) Alvarez, *Op. Cit.*, p. 556.

(15) *El Monitor... Op. Cit.*, (21 de agosto de 1892).

sitaban, cuidando el orden público los vernáculos gendarmes o "cuicos", como el populacho los llamaba" (16).

En los últimos años del Porfiriismo se notó que el paseo empezaba a decaer, la concurrencia ya no era tan numerosa, la aristocracia se ausentó, las bellas paseadoras de la clase media ya no estrenaban traje cada domingo, lo que revelaba su poco entusiasmo por el paseo y hasta los populares "pepitos" comenzaron a desaparecer.

La revista "Arte y Letras" (17), comentando el caso dice al respecto: "Antes, el paseo de la Alameda estaba muy concurrido por gentes de las mejores clases; hoy, al parecer, eso ha venido a menos, y las frondosidades de aquellos jardines se ven muy poco concurridos".

En 1891 Juvenal, tantas veces citado comentaba y se admiraba al ver cómo la sociedad "tan veleidosa, tan caprichosa, tan fastidiosa, etc., etc., no se haya cansado de este paseo" (18).

No fué en 1891 cuando esa sociedad caprichosa se cansó del paseo, pero sí en los primeros años del nuevo siglo, al ver este centenario y romántico parque colocado en el corazón de la ciudad, triste, sin atractivo, sin música, se fué ausentando poco a poco, hasta que se perdió por completo tan bonita y tradicional costumbre.

EL PASEO DEL ZOCALO

¿Cuántos nombres ha tenido el Zócalo?

En la época colonial se llamó Plaza de Armas, por hacerse frente al Palacio de los Virreyes las paradas o revistas, de las tro-

(16) José María Álvarez, "Añoranzas", 1948, Tomo I, p. 542.

(17) México, (29 de enero de 1909).

(18) El Monitor... Op. Cit., (2 de mayo de 1891).

pas de la guarnición y también era llamada Plaza de Palacio, o Plaza Mayor. Se llamó Plaza de la Constitución desde 1813, por haberse en este amplio sitio jurado la Constitución de 1812. Diez años más tarde se proyectó la construcción de un grandioso monumento a la Independencia en el centro de la plaza, pero de este monumento no llegó a contruirse más que el zócalo, de donde le viene el nombre a este sitio.

En el período imperial de Maximiliano de Hapsburgo, el Alcalde Don Ignacio Trigueros, construyó el Paseo del Zócalo cuyos cimientos se deben a la pericia del arquitecto don Lorenzo de la Hidalga, se plantó el jardín y se colocaron en los ángulos cuatro hermoso candelabros de bronce, así como unas estatuas en las callecillas del jardín

En tal estado se encontraba en el año de 1877 sombreado por frondosos árboles, con las callejas apisonadas que brindaban al viandante el descanso acogedor y fresco de sus bancas de hierro.

La atracción principal de este paseo era la retreta de jueves y domingos, días en que las bandas de la guarnición reunían en torno del quiosco, heterogénea multitud deseosa de divertirse y escuchar la música que tanto gusta a nuestro pueblo. Posteriormente, "estas bandas tocaban en el Zócalo los lunes, miércoles y viernes en la noche y los domingos, en la mañana, en la tarde y en la noche" (1).

El programa de las piezas musicales que se iban a tocar, se daba a conocer con anticipación por medio de la prensa en una gacetilla intitulada: "Músicas para el Jueves", o para el día determinado, en la que anotaban el nombre de la banda a cuyo cargo estaba la audición, las piezas que iba a ejecutar, el nombre de la pieza y a continuación el género de ella, ya fuera, vals, ópera, mazurca, polka, shotis, marcha, etc., y al final de cada pieza el nombre de su autor.

(1) *El Siglo XIX, México*, (31 de marzo de 1877).

El Zócalo era el paseo de la gente humilde, de la sana burguesía, de la burocracia sin ambiciones que acudía gustosa para olvidarse de la dura tarea del día.

El artesano seguido de su familia iba buscando un lugar de recreo bajo el follaje protector, huyendo así del vicio y de la embriaguez.

La doncella laboriosa, la costurera, la aya, la ama de llaves, los empleados de las tiendas humildes, el empleado cuyo sueldo no era mayor de veinticinco pesos al mes, el cobrador de casas de barrio y en fin para toda esa clase de gente sencilla y honrada, era dicho paseo su diversión favorita.

La concurrencia al paseo era siempre numerosa, y concluía por lo general entre las 11 y las 12 de la noche, hora en que terminaba la audición musical.

La bandas militares eran objeto del aplauso de la concurrencia por la maestría con que tocaban las piezas escogidas, que mantenían viva y palpitante la animación, particularmente cuando venía a deleitarla la famosa banda de Rurales de Pachuca al mando del Capitán Payén.

Sin embargo, había una banda que no gozaba de la simpatía del público a causa del carácter irascible de su director, y al final de cada pieza, en vez de aplauso, recibía ensordecedora rechifla. En cierta ocasión, un grupo de estudiantes se propuso darle "un gregorito" a los músicos, y provistos de naranjas se pusieron a comerlas ostensiblemente frente a ellos, logrando lo que se proponían: "aguarles la música".

Cuando el director se dió cuenta de la travesura, se disgustó tanto que ordenó a los músicos desenvainar el espadín y perseguir a cintarazos a los causantes del desaguisado.

"Cuando en los conciertos tomaban parte 150 músicos, se les hacía gran propaganda, pues esto no sucedía a menudo, por lo

que entonces cobraban la entrada a \$ 1.00 por caballero, con todas las damas de que fuere acompañado" (2).

"Alguna veces se preparaban audiciones especiales para algún fin benéfico, como el que se llevó a cabo en noviembre de 1880 para auxiliar a los damnificados de las inundaciones de Matamoros, que fué organizado por la Comisión del Ayuntamiento y por la Junta Central de Socorros, y en el cual tomaron parte los jóvenes miembros de la Sociedad Filarmónica y Dramática Francesa, que cantaron bajo la dirección del Sr. Carlos Laugier un coro del "Viaje a China" de Bazin y otro de Monestier, intitulado "La Cidra". Para esa audición se abrió un abono para 7 noches cuyo precio fué de \$ 3.00, pagando solamente los caballeros" (3).

A este paseo también se le hicieron algunas mejoras después de reiteradas quejas al Ayuntamiento dadas a conocer en los periódicos, pues su arreglo estaba bastante descuidado; estas quejas eran constantes a principios del año de 1877, y a mediados del mismo se llevaron a cabo varias mejoras, siendo una de ellas el arreglo de los prados, en los que se sembraron semillas de flores escogidas (4).

La concurrencia entonces se componía solamente de "obreros de ingrata vestimenta, de vagos astrosos, de paladines de obscura plazuela; de los representantes todos del hampa, los que por estrechas avenidas paseaban; los que se amontonaban en derredor del quiosco, atentos a la música ligera, silbando, no se sabe si en señal de desaprobación o de aplauso" (5).

Para formarse una idea clara de la clase de gente que acudía, tomemos como ejemplo este diálogo sostenido entre dos paseantes de ambos sexos:

(2) *El Nacional México*, (4 de noviembre de 1888).

(3) *El Siglo XIX... Op. Cit.*, (10 de noviembre de 1880).

(4) *El Monitor... Op. Cit.*, (13 de junio de 1877).

(5) Carlos González Peña, "El Mundo Ilustrado", México, (3 de enero de 1909).

—Oiga asté, chula ¿quiere venir conmigo?

—Cálie-se, mi' alma, que más vale sola que mal acompañada.

—Pcs entonces váyase a... (aquí un adjetivo fuerte) que mujeres sobran y me trompiezo con ellas a cada paso...

—Ay, tú mira que pelado grosero...!" (6).

El paseo del zócalo fué abandonado por la gente de la clase media por varias causas, siendo una de ellas el que las bandas militares que antes tocaban hasta las 11 ó 12 de la noche, empezaron a dejar de tocar a las 10; otra causa fueron las serenatas, pues se notaba en ellas mucha irregularidad, cuando los músicos querían, tocaban, y cuando no, no lo hacían aunque estuviera anunciada la serenata, y por supuesto que no avisaban con anticipación que iban a suspenderla, ni daban la razón de por qué la suspendían, y cuando tocaban, el descanso entre una pieza y la otra, lo hacían demasiado largo, muchas veces hasta de 20 minutos, por lo que en una hora sólo alcanzaban a tocar 3 piezas (7).

Así que siendo las serenatas el único solaz honesto de la clase pobre, y como éstas ya no llenaban completamente su objeto, la gente decidió no acudir ya al paseo.

Pero además influyó mucho, y tal vez fué la causa principal de que el paseo del zócalo terminara completamente a principios de 1900, el que la policía no hizo absolutamente nada por desalojar, ni a los hombres ni a las mujeres, de la clase social más baja y prostituída de México, que lo había invadido totalmente.

"PASEO DE LA REFORMA"

La calzada de La Reforma está situada de Oriente a Poniente, comenzando en la estatua ecuestre de Carlos IV, y concluyendo en la puerta del bosque de Chapultepec.

(6) *Ibid.*

(7) *El Monitor...* Op. Cit., (3 de junio de 1890).

La calzada se construyó en el año de 1865, época de la intervención francesa, y fué trazada por orden de Maximiliano para tener un camino recto y más corto entre el Palacio Nacional y el de Chapultepec, realizando al mismo tiempo la belleza del Castillo.

"En un principio se le llamó Calzada del Emperador, y más tarde Calzada de la Reforma, nombre que lleva hasta nuestros días" (1).

Primitivamente el paseo de La Reforma era una calzada llena de polvo, con árboles raquíticos y con pestilentes acequias de uno y otro lado, pero una junta de mejoras a cuyo frente estaba José I. Limantour mandó cegar las zanjas, y después el Ayuntamiento invitó a los dueños de terrenos, con frente a la calzada, para que cuando edificaran sus casas, "dejaran al frente de ellas un jardín de 8 mts., por lo menos, ofreciéndoles que el Ayuntamiento suplicaría al poder Ejecutivo Federal que se exceptuara del pago de contribuciones por 5 años las fincas construídas con la condición dicha" (2).

Muchas familias principales de la época Porfirista, construyeron elegantes casas a lo largo de la calzada, de variados estilos arquitectónicos, aunque de no muy buen gusto, según Valadés, que dice al respecto lo siguiente: "no hay en estas construcciones nada de exquisito; sólo reina en ellas la vanagloria de los ricos. Estos empiezan a abandonar los viejos barrios no por comodidad; tampoco por expansión espiritual, sino para ponerse a la moda" (3).

Se arreglaban sus alrededores, pero la calzada en sí, no progresaba nada, a pesar de que en abril de 1877 se anunció en el periódico "La Patria" (4), que el paseo de la Reforma estaba

(1) José María Marroqui, "La Ciudad de México", México, 1903, T. III, p. 642.

(2) *Ibid.* p. 646.

(3) José C. Valadés, "El Crecimiento", México, 1948, T. II, p. 90.

(4) Citado por "El Siglo XIX", México, (5 de abril de 1877).

concluído, y por lo tanto ya podían transitar los carruajes que antes iban a Chapultepec por Bucareli.

Pero en el periódico "El Siglo XIX" (5), aparece un artículo desmintiendo esto, y haciendo ver que lejos de estar concluído el paseo, apenas se había comenzado; que sería una lástima que antes de que se encontrara en buenas condiciones, dejaran transitar por él a los carruajes y a las cabalgaduras, pues en el acto destruirían lo poco que se había hecho, y que primero merecía la pena que se terminara de arreglar bien el paseo, para después abrirlo al público.

Hacían ver estos inconvenientes al H. Ayuntamiento, y en particular al Sr. Riva Palacio, para que tomaran en cuenta esta opinión, y revocaran la orden de abrirlo al público antes de concluirlo. Pero el Ayuntamiento no hizo caso de estos razonamientos, y el paseo quedó abierto al tránsito público, cuando tenía apenas concluída una pequeña parte.

"El Correo de la Doce", a su vez, informaba que el paseo se encontraba en pésimas condiciones, "...pues cuando llueve, charcos; cuando no llueve, polvo; y en esta alternativa de malo o peor, los paseantes se abstienen de frecuentar aquellos desventurados sitios" (6).

Tan pocos paseos que había en la ciudad y éstos no valían gran cosa por el descuido en que se encontraban, y no era justo que el mayor de ellos se descuidara y no llamara ni poco ni mucho la atención del Ayuntamiento.

Tratando sobre el mismo asunto, "El Monitor Republicano" propone al Ayuntamiento: "cuidar que se nivelen las hondonadas que con las lluvias se convierten en lagunas, y, cuando no llueve, procurar que se riegue diariamente la calzada, de obrar así, el pueblo agradecido batirá palmas y quemará incienso en aras del Muy Ilustre" (7).

(5) (6 de abril de 1877.)

(6) Citado por *El Monitor Republicano*, México, (23 de mayo de 1883).

(7) *El Monitor... Op. Cit.*, (24 de mayo de 1883).

Por todo lo dicho, se comprenderá que era muy incómodo concurrir a este paseo, por el mal estado del pavimento, que hacía dar tumbos a los carruajes con las consabidas molestias para los que iban dentro, agregándose a esto las nubes de polvo que se levantaban y casi ahogaban a los paseantes que iban a respirar aire puro, y esto era lo que menos tenían.

En "El Siglo XIX" (8), aparece un artículo firmado por varios mexicanos en el que expresan que la calzada no merecía el nombre de "Paseo de la Reforma", pues éste retrocedía a los tiempos en que no se conocían las ventajas de la cultura.

Como de nada se hacía caso y las quejas continuas de toda la prensa no fueran escuchadas, sugerían que, cuando menos, se regara el paseo todas las tardes para evitar que los carruajes levantaran tanto polvo, que hubiera una buena banda de música, y que limpiaran los asientos de las glorietas y los de la calzada, que servían de descanso a las personas que iban a pie. Además, le proponían al regidor de paseos, que el agua que gastaban todas las tardes en regar el paseo de Bucareli, al cual ya nadie asistía, se aprovechara para regar la calzada de la Reforma, que era cada vez más transitada, haciéndole un gran beneficio a la escogida concurrencia que asistía (9).

Por fin, el Ayuntamiento hizo caso de tantas quejas y arregló el paseo, poniendo nuevo pavimento que era lo más urgente, con lo que mejoró muchísimo de aspecto, así como por las casas de tan variados estilos que se estaban construyendo a ambos lados de la calzada, contribuyó también a darle mejor apariencia y mayor lucimiento, unas pilastras sobre las que se pusieron unas estatuas y unos jarrones a lo largo de la calzada.

Las primeras estatuas que se colocaron fueron las del Gral. Leandro Valle y la de Ignacio Ramírez, que fueron donadas por el Distrito Federal, siendo inauguradas el 5 de febrero de 1889.

(8) 22 de junio de 1877.

(9) Ibid, 10 de febrero de 1879.

Poco tiempo después se instalaron las que donaron los Estados de la República: Michoacán obsequió las de Ignacio Ojeda Verduzco y José Ponce de León; Veracruz, la de Miguel Lerdo de Tejada y Rafael Lucio; Durango, las de Guadalupe Victoria y Francisco Zarco; Coahuila, las de Juan Antonio de la Fuente y Miguel Ramos Arizpe, etc., etc. (10).

En 1892 el paseo ya no llegaba solamente a la glorieta de Colón, sino que se extendió hasta la glorieta de Cuauhtémoc, que por estar en muy malas condiciones, urgía que se repusiera su pavimento, y se formara un jardín en torno del monumento, en vista de esto se pidió al regidor de paseos que se formara este jardín, "con algunos de los más hermosos cactus que posee nuestra flora, pues el lugar que nos ocupa es el punto de reunión del México distinguido y de numerosos extranjeros" (11).

A la Reforma se iba exclusivamente a pasear en carruaje, allí se lucía desde el aristocrático landau, hasta el sencillo tilbury, no faltando por supuesto apuestos jinetes, que paseaban orgullosos en briosos corceles.

A este paseo acudía todas las tardes la aristocracia de la Capital; los domingos y los días festivos había más animación, por lo que resultaba el paseo muy lucido pues era "un desfile magnífico de carruajes de todos los estilos".

"Los mejores atavíos pasan unos junto a otros, y un cordón de jinetes en el centro, guardan la procesión en línea, agregando mayor brillo a la escena" (12).

En el año de 1889 hubo un cambio en el paseo, pues se empezó a generalizar la costumbre de que las elegantes damas que iban a tomar el fresco tarde a tarde, descendían de sus carruajes para recorrer a pie la calzada y lucir al mismo tiempo "sus traje, sus sombreros y sus caras de tentación" (13).

(10) José María Marroqui, *Op. Cit.*, p. 650.

(11) *El Nacional*, México, (24 de mayo de 1892).

(12) Reau Campbell, *Complete Guide and Descriptive Book*, México, 1889, p. 92.

(13) *El Monitor*... *Op. Cit.*, (19 de mayo de 1889).

Esta nueva característica lo mejoró y animó muchísimo, pues antes parecía un cortejo fúnebre esa hilera interminable de carruajes desfilando paso a paso con austera regularidad.

El único inconveniente de esta innovación fué que entonces ya no se lucía el carruaje, ni el brioso tronco, ni las libreas de los cocheros, por lo que no se generalizó mucho esta nueva costumbre, Juvenal da la siguiente solución a este "gran problema" diciendo: "yo propongo que la etiqueta aristocrática ordene que se den dos vueltas al trotar de los frisonos, y en seguida, bajar a respirar las frescas brisas de la tarde. Así se luce el traje y el landó" (14).

Este consejo no fué tomado muy en cuenta, pues el paseo de la Reforma empezó a languidecer a partir de 1894, esto no quiere decir que haya sido completamente abandonado, no, sino que carecía de animación, pues las personas que tenían coche, no querían perder la oportunidad de lucirlo en el paseo, pero siempre en la misma forma monótona e insoportable de antes.

A partir de 1905 vuelve la animación a la hermosa calzada, pero con diferentes características, pues ya no se iba a pasear exclusivamente a la calzada, sino que más bien se tomaba como tránsito para ir a divertirse a los sitios elegantes de la Capital, que empezaban a instalarse cerca de la misma.

Así es que la concurrencia a este lugar volvió a ser numerosa, pero muy distinta de la anterior; a la que iba a pasear lentamente, gozando con el paisaje, y entreteniéndose en criticar los carruajes y a sus ocupantes; ahora la nueva concurrencia pasaba apresurada por la hermosa calzada, para ir a algún campo deportivo de los instalados en el trayecto por diversos clubs aristocráticos de la Capital, o a los baños Pane, que se abrieron al público en 1894, o bien al café Colón, situado frente al monumento del Descubridor, a charlar, cómodamente instalados, de los acontecimientos de moda.

(14) *Ibid.*, (19 de mayo de 1889).

"PASEO DE CHAPULTEPEC"

En 1899 el bosque de Chapultepec fué maravillosamente transformado, se hizo un círculo muy bien trazado destinado para la circulación de los carruajes, los prados se arreglaron con esmero, y se asearon sus estanques en donde el agua brotaba cristalina, y además se le prestó atención a la colección de animales que existía para entretenimiento de grandes y chicos; contribuyendo todo esto para que Chapultepec se convirtiera en el paseo de moda.

El alegre movimiento se notaba a partir de las cuatro de la tarde, terminando al obscurecer.

Era un paseo tanto para ricos que iban en sus carruajes descubiertos y que se dedicaban a circular por la calzada principal, en muy buen orden y en dos filas no interrumpidas, como para las clases menos favorecidas por la fortuna, que iban a gozar del paseo en un modesto simón, o para los que, careciendo de recursos, hacían el recorrido a pie.

"Lo mismo se veía a una Victoria airosa tirada por dos alazanes de pura sangre, que a un Coupé, que era el preferido de los enamorados; o a un Dog-cart, o a la Caleza, al Tilbury, y mezclándose con todos el modesto Simón" (1).

A las seis de la tarde el paseo llegaba a su apogeo, era un ir y venir constante de la concurrencia, haciendo contraste los vestidos de las señoritas aristocráticas, con los de las jóvenes que procedían de los pueblos cercanos, pues mientras las primeras lucían artísticas toilettes de paseo, las segundas paseaban airosas con vestidos de percal y portando el clásico rebozo mexicano, ceñido a la cintura y con las puntas sobre los hombros (2).

Años más tarde esta costumbre mexicana se generalizó, y no sólo ya las jóvenes de los pueblos eran las que lucían el rebo-

(1) Carlos González Peña, *El Mundo Ilustrado*, México, (3 de enero de 1909).

(2) *El Imparcial*, México, (3 de septiembre de 1900).

zo y el vestido de campo, sino que la aristocracia copió esta costumbre, y entonces la característica del paseo era ver a la concurrencia del sexo femenino paseándose muy garbosa, con ricos rebozos de seda (3).

"En el kiosko del parque, se colocaba una música militar para deleitar a la concurrencia con la ejecución de selectas piezas, que ya era una rapsodia, o en poutpourrit invocando la tristeza de Mimi, la cólera celosa de Otelo, o el amor sombrío de Gioconda" (4).

Muchas veces, en estos conciertos se daban a conocer piezas de música de autores que no eran muy conocidos, dándoseles así una oportunidad para que el público escuchara su música. "En septiembre de 1900 se estrenó del compositor queretano Carlos Siurab su Vals, "Boda Tapatía"; que fué escuchada por la concurrencia con sumo agrado" (5).

En todas las calzadas del bosque había mucha concurrencia, dos hileras de sillas se situaban en la calle principal y eran ocupada por señoritas que lucían toda su hermosura y elegancia, entre ellas, "la encantadora Catita Escandón, las elegantes Teresita y Carmen Iturbide, María y Laurita Garamendi, la primorosa Mercedes McGregor, la elegante Laurita Braniff y a tantas y tantas otras que son el encanto de nuestra sociedad" (6).

En el año de 1902 se inauguró un lago artificial, mandado construir para darle mayor atractivo al paseo.

Cuando fueron lanzados al agua elegantes y adornados, botes y lanchas la concurrencia que invadía los alrededores del lago prorrumpió en aplausos y hurras entusiastas.

Los botes eran dirigidos por elegantes y guapas señoritas vestidas graciosamente con trajes de verano, siendo muy ovacionadas por la concurrencia.

(3) *El Mundo*, México, 23 de octubre de 1905).

(4) Carlos González Peña, *Op. Cit.*, (3 de enero de 1909).

(5) *El Imparcial*... *Op. Cit.*, (3 de septiembre de 1900).

(6) Marquesa de Liralba,, *Arte y Letras*, México, (agosto de 1904).

El día de la inauguración, la banda del Cuerpo de Artillería y la del Séptimo Regimiento, fueron las encargadas de amenizar desde las orillas del lago el paseo imprescindible de los habitantes metropolitanos.

"Se veían numerosos grupos de personas que esperaban pacientemente que alguien desocupara una lanchita, pues eran muy escasas las que había al servicio del público, siendo esto el motivo de que numerosas familias no bogaran, como deseaban hacerlo, y se consolaban solamente con ver el alegre espectáculo que presentaban los que lo hacían" (7).

La hora de la animación del paseo variaba según la estación del año, pues en tiempo de lluvia acudía la mayoría de la gente al medio día, por el temor de llevarse un remojón si lo hacían por la tarde, notándose esto sobre todo en la concurrencia que iba a pie, pues los que paseaban en carruajes no se preocupaban mucho por estos incidentes.

En cambio, en la época de calores, el paseo se hacía por la tarde y se prolongaba un poco más que de costumbre, pues se sentía en el bosque un fresco muy agradable que invitaba a seguir paseando, platicando, criticando, o simplemente mirando.

A partir del año de 1909 se notó que la concurrencia que acudía a pie abandonaba el paseo, quedando exclusivamente y en su apogeo para los que acudían en coches o en automóviles, pues para entonces Chapultepec era el lugar de reunión de la aristocracia.

"PASEO DE LA VIGA Y DE SANTA ANITA"

El paseo de la Viga se creó por orden del Virrey Revillagigedo en el año de 1790. Este paseo comenzaba cerca de la pa-

(7) Gustavo Casasola, "Efemérides Ilustradas del México de Ayer", México, (9 de marzo de 1902), p. 214.

roquia de San Pablo, sobre la margen derecha de la Acequia Real, (*¹) y llegaba hasta la garita de la Viga (*²).

El paseo tenía cuatro hileras de árboles que bordeaban dos calzadas laterales para jinetes y una central más ancha, para los carruajes, quedando para los peatones la que corría a lo largo de la acequia.

Por la parte occidental del citado paseo se extendían verdes campiñas, distinguiéndose las arboledas de las calzadas de San Antonio Abad, Niño Perdido y La Piedad.

Por el lado opuesto se veían varias casas de campo con miradores para los paseantes que acudían a saborear el atole de leche y los tamales cernidos, y a divertirse observando el constante vaivén de los columpios, las rápidas vueltas del volantín, y el pausado movimiento del sube y baja, todos estos juegos estaban situados en el campo, entre los árboles, y no dejaban de estar en acción ni un momento.

Posteriormente, la concurrencia no se concretó, a pasearse en las calzadas, sino que invadió el canal de la Viga, que era el más extenso de los distintos que comunicaban en el Valle de México, unos lagos con otros.

Este canal nacía en Xochimilco y pasaba por San Francisco Mexicaltzingo, San Juanico, Iztacalco y Santa Anita, alimentaba las chinampas de estos pueblos indígenas sirviéndoles a la vez de medio de comunicación, y terminaba en las calles de Roldán, cerca de la Merced. (1).

El canal a menudo ofrecía, escenas muy animadas, pues multitud de canoas lo cruzaban constantemente, muchas de ellas llevando música y entusiastas bailadoras coronadas de flor de apio y de rosas, bailando al son de los aires nacionales, ejecutados en las arpas, flautas y guitarras de los improvisados músicos. Las

(*¹) Hoy calle de La Corregidora J. O. de Domínguez.

(*²) Entrada a la Calzada del mismo nombre.

(1) Luis Castillo Ledón, "El Paseo de la Viga y de Santa Anita", México, p. 4.

canoas eran ocupadas por familias enteras que gustaban de trasladarse al pueblo de Santa Anita "Para tomar la merienda de la tarde, rociada con correspondiente pulque". (2).

Los días que la gente del pueblo tenía escogido para ir a pasear a este lugar, eran los domingos y los lunes; los domingos, por ser fiesta de guardar, y los lunes porque la gente del pueblo era muy afecta a hacer "San Lunes", sobre todo los devotos del tlamapa.

Esta costumbre de hacer "San Lunes", es decir dedicar todo este día a pasear y emborracharse y darle fin con una o varias broncas, la tenían los mexicanos desde tiempo atrás, Manuel Payno en su novela costumbrista "Los Bandidos de Río Frio", tiene un capítulo dedicado al "San Lunes", en el cual dice cómo los artesanos mexicanos no tenían otra idea durante la semana que esperar ansiosos la llegada del lunes, y con ese fin toda la semana trabajaban, velaban y se fatigaban para poder entregar el trabajo terminado el sábado o a más tardar el domingo, porque eso sí, preferían trabajar parte o todo el domingo para cumplir con su tarea de la semana, pero no trabajar el lunes, "...el glorioso, el suspirado "San Lunes". (3).

La calzada de la Viga no se escapaba de ser criticada por lo mal atendida que estaba, pues a pesar de la abundante agua que había en sus orillas, "no se regaba ni se cubrían las hoquedades, que eran las pesadillas de los cocheros, pues las tenían que estar salvando milagrosamente". (4)

La época clásica del paseo abarcaba del primer domingo de cuaresma, hasta la Pascua del Espíritu Santo.

El lugar era muy concurrido y sobre todo, era el paseo preferido por la clase media y baja de la sociedad.

(2) Juvenal, *El Monitor Republicano*, México, (10 de abril de 1881).

(3) Manuel Payno, *Los Bandidos de Río Frio*, México-Barcelona, T. I, p. 249.

(4) *El Siglo XIX*, México, (10 de marzo de 1879).

En los primeros años del Porfiriato, el paseo sólo era frecuentado por gente desordenada, por lo que la característica del paseo eran las riñas que muy a menudo terminaban en escenas sangrientas.

"Influía mucho que la concurrencia no mejorara, que para ir a este lugar se tenía que atravesar calles sin empedrado ni banquetas, y las casas de los alrededores eran todas de aspecto ruinoso, pues el canal de la Viga quedaba en el rumbo de México que no había gozado de las mejoras que se hacían en otros sitios, sino que estaba totalmente desatendido". (5)

A fines del año de 1896 y principios del de 97, la policía empezó a vigilar asiduamente el paseo, cuidando que no hubiera escándalos ni riñas, y amonestando a los dueños de los puestos para que no vendieran mucho pulque, y así fué como las familias honradas y pacíficas empezaron a transitar libremente por aquellos lugares que antes eran tan peligrosos.

La concurrencia al paseo se distribuía así: los que acudían a pie ocupaban las calzadas laterales, los que iban en carruajes ocupaban la ancha calzada central, y en medio de esta calzada iban los jinetes, luciendo hermosos corceles con sus ricas aillas plateadas; y a los que les gustaba la navegación abordaban las típicas canoas adornadas de flores.

Los vendedores que improvisaban sus puestos en las calzadas, ofrecían constantemente sus mercancías a los paseantes que ya se sabían de memoria el "pasen a merendar, al buen pulque de piña y naranja; tomarán pato grande; aquí hay envueltos; aquí hay tamales mi alma, de chile, de dulce y de manteca; pastelitos calientes y empanadas; agua de limón fresca, etc., etc.". (6)

Las muchachas del barrio lucían sus vestidos vaporosos de percal, y la cabeza coronada de amapolas rojas y blancas. Los que llegaban de otros rumbos regresaban muy contentas y satisfechas, cargadas de rábanos, lechugas, apio y flores.

(5) Manuel Rivera Cambas, *México Pintoresco*, México, 1880-3, T. II, p. 184.

(6) *Ibid.*, p. 185.

En el embarcadero era inmenso el gentío, unos se embarcaban, otros desembarcaban, los "caoneros" ofrecían sus góndolas a "dos por medio a Santa Anita", y hombres, mujeres y niños, las ocupaban, gozando del contento general y manifestando el gozo según la clase y calidad de las personas.

Las canoas ocupadas por familias decentes, se veían más o menos desahogadas, todos sentados bajo el toldo curvo formado por petates sostenidos por arcos de madera; en cambio las canoas ocupadas por la gente del pueblo presentaban un aspecto muy distinto; unos se sentaban en los bordes de las canoas, contándose entre éstos a los músicos, y otros en la parte anterior y posterior de la embarcación, para que el centro de la embarcación quedara libre para la pareja o parejas de bailadores, que la formaban, ya fuera una china con su rebozo terciado y un charro de calzonera de paño, o bien una sirvienta de trenzas sueltas, enaguas de percal muy almidonadas y un pañuelo de seda prendido al cuello, zapateando el jarabe con un aguador que concurría a la fiesta sin desprenderse de sus arreos y casquete de cuero; o el leperito de calzón blanco y frazada al hombro, con la india de Santa Anita con su falda de lana azul rayada. En fin, se mezclaban todos los tipos del pueblo, "sin que faltase el inválido con una pata de palo, el brazo de cabestrillo o un ojo cubierto con parche de seda verde, quien a pesar de sus achaques y estado calamitoso, daba libre curso a su contento y también solía tomar participación en el fandango, pues tal es la fuerza de voluntad humana". (7)

Era un cuadro muy animado el que presentaba en general este lugar; por un lado las gentes que acudían al paseo, ya fuera a pie, a caballo, o en coche, por otro lado la "bulla" de las canoas, y a lo largo de la calzada multitud de indios con sus improvisados puestos de plátano, de coco, de naranjas y de tamales. (8)

En Santa Anita en los jacales situados en las orillas de las chinampas, había sus "bailitos" entre valedores y valedoras, los que a menudo se disgustaban, y a mitad del zapateado o del jara-

(7) Luis Castilla León, *Op. Cit.*, p. 7.

(8) Manuel Rivera Cambas, *Op. Cit.*, p. 185.

be, salían a relucir los cuchillos, terminando casi siempre estos fandangos en fuertes zafarranchos, y éstos abundaban los lunes en los que, como ya he dicho, era el día escogido por la gente de trueno para ir a pasear y a emborracharse, pues para dicha gente la fiesta no era completa si no lo hacía así.

Al caer la tarde, era muy curioso observar el regreso de toda esta gente, y Juvenal (9) lo refiere así: "vienen todos como Dios les da a entender, coronados de flores, cantando las coplas del palomo y del jarabe, después de haberse dado el atracón ache de jules y tamales".

A mucha gente le gustaba desembarcar en Santa Anita, para merendar en las chozas de ramas y zacate, el tradicional atole de leche con tamalitos cernidos, o enchiladas, o bien pato cocido que era la especialidad del lugar.

Los paseantes recreaban su vista en las bien cuidadas chinampas, que eran verdaderos jardines flotantes, en los que destacaban de un lado, las rojas amapolas, de otro las espuelas azules, más adelante la amarilla retama, los chícharos, y los alielies formaban una bonita mezcla de colores.

"A los remeros les gustaba organizar regatas, que muchas veces originaban riñas entre ellos, llevando los ocupantes de las canoas sus consiguientes sustos, que después eran recompensados con la risa que producía la caída al agua, de algún individuo que había dado buena cuenta del blanco licor. (10)

Era muy común, y sobre todo en el período de 1877-890, que para saber si el paseo de Santa Anita había estado animado, se sacaba la cuenta del número de heridos, contusos, golpeados, bañados y descalabrados, y si eran muchos, se llegaba a la conclusión de que el paseo había estado muy animado, lo cual sucedía con mucha frecuencia. Pero poco a poco la cifra de accidentados fué bajando, sin que por esto el paseo careciera de anima-

(9) *El Monitor...* Op. Cit., (8 de marzo de 1891).

(10) Luis Castillo Ledón, *Op. Cit.*, p. 7-8.

ción, sino más bien que "los excelentes mexicanos van ya acostumbrándose a divertirse sin romperse la crisma". (11)

"EL PASEO DE LAS FLORES"

El Paseo de las Flores se verificaba también en el Canal de la Viga, pero por celebrarse sólo una vez al año, y tener sus características propias, lo trato aparte del tema anterior.

El Paseo de las Flores tenía lugar el Viernes de Dolores, y se le daba este nombre porque la gente iba al Canal de la Viga a proveerse de flores, para adornar el tradicional Altar que se levantaba en la mayoría de los hogares mexicanos, a la Dolorosa.

Era curioso ver estos altares por lo típico y vistoso de ellos, pues su adorno consistía en numerosos vasos y garrafones de cristal llenos de aguas de colores, verde, amarillo, rojo, azul, etc., etc. alternando con tiestos de diferentes formas, en los que se habían sembrado chíá, lenteja o trigo, completando el adorno las naranjas y las limas que se colgaban del dosel de los altares, o se colocaban sobre copas o botellas llenas también de aguas de colores, e incrustadas con multitud de banderitas de oro volador, o de papel estaño. (1)

Pero el adorno principal lo constituían las flores, y a traerlas acudían muy de mañana las damas jóvenes y no jóvenes, solteras y casadas, al desembarcadero de la Viga, en cuya orilla esperaban las llegadas de las canoas cargadas de flores, pero eso sí, era casi una obligación madrugar y llegar al canal antes de que saliera el sol, y de inmediato surtirse de toda clase de flores para regresar apresuradamente al hogar y terminar el arreglo del altar con las recién cortadas flores.

(11) *El Monitor...* Op. Cit., (3 de mayo de 1896).

(1) Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*, México, 1932, p. 219.

Este fué el origen del llamado Paseo de las Flores, pues con el tiempo se acabó la tradición de levantar los altares en los domicilios particulares; pero la gente se quedó acostumbrada a acudir a la Viga en ese día y comprar las flores, aunque no ya por devoción, sino por gusto, y permanecían en la Viga paseando hasta las primeras horas de la tarde y muchas veces de la noche.

Para comodidad de la concurrencia el Ayuntamiento mandaba colocar en ese día una gran lona que cubría la calzada principal, calmando así los rigores del sol, y muy temprano una fagina de bomberos regaba las calzadas para evitar que se levantara polvo.

“El paseo era animado por tres bandas de música que se colocaban una en cada extremo del paseo y la tercera en medio del mismo, alternándose en la ejecución de las piezas para que todo el tiempo hubiera música”. (2)

El lugar presentaba un aspecto animadísimo, acudían a divertirse por igual la clase baja, media y aristocrática de México.

Era curioso observar cómo cada clase tenía su hora para acudir al paseo. Conforme avanzaba el día iba cambiando el carácter de la concurrencia.

Los primeros en llegar eran los obreros, las costureras y los operarios; todos ellos empleados de casas que abrían sus puertas a las primeras horas de la mañana, por esto eran también los primeros en retirarse para cumplir con sus obligaciones, este primer grupo se contentaba con poco, pues su gusto era únicamente ir a tomar el popular desayuno a Santa Anita, que consistía en tamales, atole, enchiladas y pato cocido, y no podían dejar de comprar apio, lechugas y la indispensable corona de amapolas, pues el no hacerlo así, lo consideraban como falta de patriotismo y un desacato a la vieja costumbre.

En seguida llegaban los oficinistas y empleados de cierta categoría, que entraban a sus trabajos un poco más tarde, y por último, llegaban los que por su posición económica más o menos

(2) “El Siglo XIX”, México, (3 de abril de 1904).

desahogada, se podían divertir a sus anchas. "En la tarde le tocaba su turno exclusivamente a la gente de trueno". (3)

El paseo comenzaba casi siempre a las tres de la mañana, hora en que llegaban los del primer turno, y que se reconcentraban en la ancha calzada a los bordes del canal.

En aquella temprana hora la animación era muy grande; en el canal, vistosamente empavesadas y alumbradas con farolillos venecianos de múltiples formas y colores, se deslizaban las canoas, ocupadas unas por estudiantinas formadas de gente alegre, y otras por familias de las clases populares.

Al rayar el alba la animación crecía, pues la calzada del centro se veía invadida por carruajes particulares que la recorrían en larga fila.

Las inditas ofrecían constantemente su mercancía en sus canoas cubiertas de toda clase de flores y de legumbres, vendían desde la humilde amapola, hasta la aristocrática camelia y la olorosa gardenia, vendidas a altos precios, pues las vendedoras se aprovechaban de la ocasión.

De un extremo a otro del canal, se formaban verdaderas batallas en las que los proyectiles eran cascarones, confeti y flores que lanzaban los que se habían propuesto divertirse a como diera lugar.

"Otros se divertían en grande, cantando al son de las guitarras y de las mandolinas, pero eso sí, toda esta concurrencia no armaba escándalos, pues sólo gustaba de divertirse sanamente". (4)

A los lados de la calzada se levantaban las indispensables barracas donde había, desde atole de leche y tamalitos cernidos, hasta las carnitas de dudosa procedencia, acompañadas del inseparable pulque, pregonado todo el día por el ronco pulquero con estas palabras: "Pase el amo a echarse una medidita. Pase la señorita, aquí hay de San Bartolo y Cuautenco". (5)

(3) "El Mundo Ilustrado", México, (3 de abril de 1904).

(4) "El Mundo", México, (22 de marzo de 1909).

(5) "El Siglo XIX, Op. Cit., (16 de marzo de 1894).

Se levantaban también otras barraquitas más chicas y más aseadas, en las que encontraba el cliente sillas de bejuco y espejos de alquiler, a las que se les daba el pomposo nombre de "cantinas".

En las casas de campo adyacentes al canal, que tenían columpios, volantines y ruedas de fortuna, se improvisaban fondas, y en ellas se veía a las no muy limpias ni muy peinadas sirvientas, desplumando guajolotes, pollos y gallinas, para preparar el sabroso mole que más tarde saborearían los paseantes.

De estas casas de campo las más famosas eran la Quinta Corona, la de Versalles y la Juárez, esta última estaba situada a la entrada del paseo, siendo su propietario el señor Ramón Barrera, que el día del popular paseo obsequiaba a sus amigos con un opiparo desayuno amenizado por una buena orquesta, asistían abogados, periodistas, industriales y muchas otras personas más que se divertían en simpática fraternidad. (6)

"En la Quinta Corona su propietario tenía una especie de museo en el cual se exhibían multitud de curiosidades, especialmente taurómacas y entre ellas la que llamaba mucho la atención de la concurrencia, era el traje azul y negro que llevara el afa-mado torero hispano, Bernardo Gaviño, al ser muerto por un toro en la plaza de toros de Texcoco el 30 de enero de 1886". (7)

Todas estas casas de campo, estaban situadas a lo largo del paseo, por lo que, casi toda la gente, principalmente la de la clase acomodada, las prefería para desayunar o comer, y desde los miradores de las mismas divertirse viendo el desfile de las clases populares que pasaban constantemente, ellas, con coronas de flores en la cabeza y en la garganta, y ellos, con los sombreros cubiertos de rojas amapolas y de chícharos de todos colores.

"Las canoas en este día, también lucían muy adornadas con follaje, amapolas, banderas y papel de diversos colores y el ca-

(6) "El Mundo..." Op. Cit., (6 de abril de 1897).

(7) Manuel Mañón, Op. Cit., p. 221.

noero se vestía de gala: su camisa y su calzón muy blancos y sarapito al hombro". (8)

"Los dueños de las barracas se esmeraban en el arreglo de éstas, pues cada quien quería que la suya fuera la mejor, por lo que no era raro ver alguna que por su curioso arreglo llamara la atención, se veían portadas muy bien hechas formadas con rábanos, lechugas, coles, manojos de apio, ramos de amapolas, y colgados entre las verduras y las flores, curiosas cazuelas y jarritos de barro." (9)

Como a las diez de la mañana empezaban a llegar los carruajes de la rica sociedad, pues las elegantes damas no dejaban el lecho muy temprano y además necesitaban tiempo para arreglarse, porque al paseo se presentaban elegantemente vestidas; las señoras luciendo sus riquezas y las jóvenes sus encantos.

A media mañana, el atole y los tamales se habían agotado, pero entonces se daba principio al almuerzo que consistía en barbacoa y mole de guajolote rociado con el nacional tlamapa, y a más de una pollita aristocrática que pasaba muy seria en su landó o en su carretela abierta, se le hacía agua la boca al ver en las barracas, grupos de costureras y de estudiantes dar buena cuenta de estos platillos nacionales.

Para las familias aristocráticas el paseo se concretaba a recorrer la calzada de la Viga en coche, sin atreverse a descender, para no mezclarse con las clases populares. Se paseaban orgullosas en "magníficos landeux y en carretelas de soberbios troncos frisonas, que piafaban con los hocicos espumeantes, tascando el freno, pendiente de las riendas sujetas por la férrea mano del varonil cochero, enfundado en fina levita de paño azul con botones dorados, y tocado con reluciente sorbete con escarapela, bajo el cual encuadradas en su inmutable cara de sajón, veíanse unas rubias patillas, que impresionaban a más de una gata de casa grande". (10)

(8) "El Siglo XIX... Op. Cit., (16 de marzo de 1894).

(9) "El Imparcial", México, (25 de marzo de 1899).

(10) Manuel Mañón, Op. Cit., p. 220.

Juvenal (11) describe así el paseo del mundo aristocrático "El mundo elegante iba en soberbios landós, con uno o dos tiros, en victorias, en dogcarts, en los vehículos más a la moda. Advertíase que las damas más chic iban en carruajes descubiertos y cada uno de ellos se antojaba búcaro de flores, los claros matices de los trajes, los tocados de bizarras formas, las colosales sombrillas y debajo de ellas las caras mignones de nuestras lindas compatriotas, todo ello formaba encantador conjunto.

Algunas preciosas pollas iban dirigiendo preciosos carruajillos, faeton, y sencillos attelages a la Daumont. Era esta una agradable novedad que mucho llamaba la atención".

La clase media que usaba como transporte el modesto simón o los trenes del ferrocarril urbano, se aglomeraban debajo de la fresca lona, las pollas luciendo sus sombreros de última moda y las respetables matronas sus sayas y sus mantillas, siendo aquí en donde los "terribles" tenorios de arrabal hacían de las suyas.

Por la mañana se organizaban en el Canal, entre Santa Anita e Ixtacalco, una serie de regatas; en 1902 se verificó un torneo para el cual se asignaron premios en metálico, y en una gran regata, se disputaron la propiedad de una lanchita bautizada con el nombre de "La Lágera", y que fué botada al agua en el momento en que José Marcos, un remero indígena de Mexicaltzingo, fué declarado vencedor de la regata.

"También los ciclistas que ponían la nota modernista en el paseo, organizaban concursos para premiar a las bicicletas mejor adornadas y series de carreras de primera y segunda fuerza, escogiéndose como pista una de las calzadas laterales de Santa Anita". (12)

El gran número de charros que concurrían, contribuía también a darle mayor animación al lugar, muchos de ellos lucían sus monturas recamadas de plata y llenas de grecas o de repullos.

(11) "El Monitor Republicano", México, (3 de abril de 1887).

(12) "El Imparcial", Op. Cit., (22 de marzo de 1902):

"No faltaban, por supuesto, graciosas jinetas que sobre briosos corceles se mezclaban entre los grupos de charros; algunas llevaban anchos sombreros de palma, otras dejaban flotar al viento los velos de sus sombreros altos y los pliegues de sus correctas amazonas". (13)

Entre las doce y la una, esta concurrencia se retiraba, pues el paseo empezaba a ser invadido por gente de no muy buenas costumbres, ni educación; entonces la decoración del paseo cambiaba por completo, pues los nuevos paseantes se introducían de inmediato en los jacales de mala muerte en los que se expendía el pulque curado de apio, o de piña en grandes cantidades, de los que salían envalentonados y provocando riñas por quitame de allí esas pajas; la tarde era exclusiva para las pendencias, y se regresaba solamente a la cárcel o al hospital.

Algunos, ya con el licor subido a la cabeza, se embarcaban en las canoas y como no podían guardar bien el equilibrio, recibían un desagradable baño en las no muy limpias aguas del canal, entre risas y chistes del resto de los paseantes.

"Más entrada la tarde, a la sombra de los árboles se organizaban bailes en los que la orquesta la formaban una flauta, un bandolón y un organillo de mano, que eran más que suficientes para llevar el compás que ya no era muy exacto, debido a las anteriores libaciones". (14)

Las bandas que amenizan el paseo, se sentían contagiadas por la grande animación que reinaba, y se retaban musicalmente a ver cuál de las tres bandas tocaba mejor, esto naturalmente era acogido por el público con mucho entusiasmo, pues ya sabían que iban a oír en esa ocasión buena música ejecutada con esmero". (15)

En las canoas todo mundo se divertía, en unas se bailaba al son de guitarra y flautas, el popular jarabe, el palomo o alguna otra pieza nacional, que coreaba alegremente el resto de la tripu-

(13) "El Monitor", Op. Cit., (3 de abril de 1887).

(14) "El Mundo", Op. Cit., (26 de marzo de 1904).

(15) "El Monitor", Op. Cit., (21 de marzo de 1877).

lación; en otras, alegres estudiantinas tocaban barcarolas y entonaban canciones, y las lanchitas ocupadas por familias completas procuraban acercarse a las que llevaban música y así participar del contento general. (16)

En 1884 el Ayuntamiento de la Capital, de acuerdo con el C. Gobernador del Distrito, dispuso que el Paseo de las Flores se verificara en la Alameda; esta disposición no fué del agrado de la gente de pueblo, pues deseaban que sus costumbres no se perdieran sino que al contrario se acentuaran más cada día.

Pero el Ayuntamiento tenía razones poderosas para dar esta disposición, pues en aquel rumbo de la ciudad se había desarrollado la epidemia del tifo, y además el canal se encontraba muy sucio; y sus aguas despedían venenosas emanaciones muy peligrosas para la salud de los que asistían a dicho lugar.

Con tiempo fué dado a conocer el programa según el cual se iba a desarrollar el Paseo de las Flores en la Alameda y decía así:

- I.—Los días 4, 5 y 6 del actual, se situarán en ese lugar desde las 6 de la mañana varias músicas que tocarán piezas escogidas hasta la una de la tarde.
- II.—Se establecerá en la rotonda principal un local cubierto para las personas que concurran al paseo.
- III.—En las demás glorietas centrales se establecerán los comerciantes en flores y los expendedores de aguas frescas colocándose en los locales que se les designen.
- VI.—Queda prohibido en aquel lugar la venta de licores, desayunos, y el establecimiento de figones.

Lo que se pone en conocimiento del público para sus efectos; México, abril 2, 1884. La Comisión de Paseos. (17)

(16) "El Mundo", Op. Cit., (3 de abril de 1903).

(17) El Siglo... Op. Cit., (3 de abril de 1884).

Este reglamento no fué del agrado de la gente del pueblo, pues precisamente lo que le gustaba era ir a desayunarse a las barracas, haciéndoles también falta la animación del canal, el ir y venir de las canoas cargadas de flores y de verduras, y de las de alquiler para darse un buen paseo, y sobre todo lo que más falta les hacía era el pulque; todo esto se perdía en la Alameda, que estaría muy elegante, todo en perfecto orden, pero como decía Guillermo Prieto, "muy de nuestro progreso, pero esos son otros López. Este paseo será también de flores, pero es ad-hoc".

(18)

En cambio la aristocracia ganó con esta disposición, le gustó más este sitio que el de la Viga, por lo que las familias más aristócratas de la capital se daban cita en la Alameda el Viernes de Dolores, allí no podían lucir sus carruajes como en la Viga, pues los tenían que dejar en las calles cercanas a la Alameda, pero en cambio lucían sus elegantes trajes y sus sombreros de última moda.

Para que resultara más lucido el paseo, adornaron la Alameda con mástiles tricolores, gallardetes, bandas de colores colgadas de algunos árboles, y una lona que medio cubría la glorieta principal que lucían sencilla pero elegantemente adornada, con sus bordes cubiertos de musgo artísticamente dispuesto sobre un curioso tejido de tules verdes; macetones llenos de flores y juegos de agua rodeando el cuerpo principal, en el que se combinaban todos los adornos a que las flores se prestan. En torno de esta fuente, establecieron los mercaderes de sillas triple hilera de asientos, en donde se aglomeraban los paseantes, que no estaban cubiertos de polvo como en la Viga, ni sentían mucho calor, tenían bastante espacio para pasear y circular, y se deleitaban con las músicas militares que situadas en las glorietas principales amenizaban el paseo.

En las calles que daban acceso a la gran glorieta, estaban las vendedoras de golosinas y las floristas con grandes manojos

(18) *Ibid.*, (23 de marzo de 1888).

de rojas amapolas, olorosos chícharos, espuelitas azules, y con grandes bouquets de las flores más finas y de moda.

Los niños se divertían corriendo y brincando en el parque, mientras los grandes se miraban y se admiraban.

Hasta las doce, el paseo estaba muy concurrido, era un desfile constante desde las calles de Plateros y San Francisco,* era un torbellino de gentes y de carruajes que empezaba a deshacerse entre la una y la una y media, hora en que los concurrentes empezaban a abandonar la Alameda, regresando las lindas pollas a sus casas con preciosos bouquets como recuerdo del memorable paseo: (19)

La supresión del paseo de la Viga fué únicamente en el año de 1884, pues en los subsiguientes se celebró tanto en la Viga como en la Alameda. A partir de entonces, al que concurría más gente era al de la Viga, que ya presentaba mejor aspecto con el canal limpio y sus calzadas bien regadas y barridas, pero no por esto se vió la Alameda desairada, pues sobre todo a la clase media, le agradó más este lugar para pasear el Viernes de Dolores.

Para asistir a la Alameda y tomar parte en la poética fiesta, no se requerían carruajes, ni trotones, ni calandrias, allí se paseaba alegremente por las callecillas, conformándose las muchachas solamente con llevar, ya fuera propio o prestado, un sombrerito de moda, sintiéndose con esto seguras y dignas de figurar en la floral verbena. (20)

El paseo de las flores celebrado año por año, empezó a decaer al final de la época porfirista, alarmándose por esto los cronistas, pues decían que era una o la única de las tradiciones que habían logrado sobrevivir y que se estaba muriendo poco a poco, pues la rápida evolución de las costumbres trajo consigo la decadencia de esta popular festividad.

Por el estilo del siguiente artículo, aparecieron varios en las revistas y en los periódicos de la época, pero en todos se lamentaban la pérdida del tradicional paseo. En "El Mundo", (21) Amado Nervo escribió al respecto: "Ya no se ostentan las mo-

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(19) *El Nacional*, México, (21 de marzo de 1891).

(20) Juvenal, *Op. Cit.*, (18 de marzo de 1894).

(21) (26 de marzo de 1899).

renas cabelleras plebeyas coronadas de amapolas. Pasa el landau mostrando la inutilidad pomposa del burgués y la bicicleta lleva su nota de exotismo moderno a las márgenes polvosas del canal. Dormitan con modorra las barcas antes empavesadas alegremente de flámulas vivas. Y el turista yerra desencantado, buscando una reminiscencia, una nota característica, un tipo romántico que no se encuentra. Todo eso ha quedado para las ediciones dominicales de los periódicos, en los cuales se recuerda lo que fué México a la generación actual que ya lo ha olvidado".

Al transcurrir de los años el paseo decayó completamente, la clase aristocrática y media se ausentó; sólo la gente de trueno concurría a armar escándalos a la polvosa calzada y al cenagoso canal; el jarabe y el palomo también desaparecieron, tomando su lugar el vals y la polka de punta y talón, y las chinas que se solían ver, eran de polizón y de botas que ni siquiera sabía pespuntear el jarabe.

En "El Imparcial", (22) al respecto se leía esto: "los bailes populares han muerto, lo mismo que los típicos arpistas de sombrero ancho y pantalonera de cuero, la china poblana y el charro galanteador. Ya no se admiran los jardines flotantes, ni las vendimias coquetas con sus indias de alba camisa bordada de estambres. Y hasta la buena sociedad ha prescindido de su paseo en carruajes a través de la Calzada de la Viga".

Entre las causas principales por las que el paseo degeneró y decayó en esa forma, debemos tomar en cuenta las disposiciones tendientes a evitar la embriaguez que era el fruto obligado de este paseo, y además la frecuencia de las riñas y los escándalos, alejaron a los que tenían tiempo y dinero para ir a pasar un rato agradable en los pueblecillos ribereños.

Con el Paseo de las Flores pasó lo que pronosticó "El Imparcial" en 1907, diciendo que sólo quedaría como recuerdo del paseo esta definición en un diccionario enciclopédico: "Santa Anita.—Geog. Pueblo de indígenas de la Municipalidad de México, D. F., México; 600 habits., sit. 4 Kms. al S. de México, y a 12 de Ixtacalco en medio de sus floridas chinampas". (23)

(22) 26 de marzo de 1904.

(23) 24 de febrero.

II.—FIESTAS RELIGIOSAS

VIGILIA DE SAN JUAN

El 24 de junio, día de San Juan, era celebrado rumbosamente en la ciudad de México.

El Bautista era el Santo Patrón del Sagrario Metropolitano, y con este motivo la parroquia anexa a la Catedral celebraba con solemnes cultos al Precursor de Cristo.

En honor del Bautista, México se lava... México se limpia... México se purifica..., hasta los empedernidos enemigos del agua, abjuran de su error en ese día. Cuando menos unas diez mil personas cuyo lema era el aforismo aquel: "De bañadas y cenadas, están las sepulturas llenas", y que lo guardaban al pie de la letra, sin embargo, ese día ¡se bañaban! "Si la Santa Madre Iglesia acordara la celebración de diez días de San Juan por lo menos, en el año, otro gallo nos cantara". (1)

Estaba muy generalizada la costumbre, sobre todo entre la clase popular y particularmente entre las jóvenes, que la que se bañaba en ese día y después se cortaba el pelo, el Bautista la premiaría haciendo que le saliera el pelo abundante y sedoso, siendo esto lo que más deseaban las muchachas de esa época, pues la moda así lo exigía.

Con este motivo, empezaba el numeroso desfile a las Albercas de la Capital, desde las 3 de la mañana, no escaseando los que se pasaban la noche en las puertas de las albercas, para ser los primeros en bañarse.

(1) *El Mundo*, México, (27 de junio de 1897).

Había en la ciudad más o menos 40 baños, de los cuales 10 eran de primera, siendo éstos los que se veían más concurridos.

En los baños del Factor se encontraban el buen gusto y la elegancia en sus adornos, así como la comodidad en el servicio, y sus propietarios, que estaban en eterna competencia con los demás dueños de baños, alquilaban una magnífica orquesta para atraer mayor concurrencia.

"Le seguían en categoría los de San Felipe de Jesús, la Alberca Pane, la Osorio, los baños Blasio, la Corona, Pajaritos, el de Madrid, y el del Peñón". (2)

Todos estos establecimientos balnearios eran adornados con flores, banderitas de papel de china, farolitos venecianos, etc., etc., y las albercas se cubrían completamente con flores que las indias de Tizapán, San Angel y Mixcoac, se encargaban de traer en gran cantidad para venderlas en las diferentes albercas.

En todas ellas, sobre todo por la competencia que existía, se obsequiaba a los concurrentes; en unas, con olorosos jabones que afectaban la forma, ya fuera de una rana, de un sapo, de una culebra, o de alguna flor, acompañados de sus respectivos zacates, también cortados de diferentes formas, y completaban el regalo un frasco de perfume y fruta de la época, principalmente las famosas peras de San Juan. "La fruta era obsequiada a la salida del baño en bonitas chalupitas hechas de carrizo, y cubiertas de azucenas y rosas de castilla, o simplemente amarradas a una rama adornada con hojas". (3)

En las albercas más elegantes se obsequiaban a las damas con preciosos bouquets de flores, adornados con vistosos listones de colores.

En muchas de las albercas se elaboraban programas que hacían circular con anticipación, tal y como el de la alberca Pane en 1891, que dice lo siguiente:

(2) *El Siglo XIX*, México, (25 de junio de 1895).

(3) *Ibid.*, (25 de junio de 1895).

- 1.—José Zarala se arrojará desde los palcos que miran al Poniente con dos graciosas palomas, adornadas con listones y monedas, soltándolas al sumergirse en el estanque.
 - 2.—Manuel Aguilar se arrojará desde la azotea llevando dos banderas, dando el doble salto mortal.
 - 3.—Antonio R. Irigoy, será arrojado metido en un saco atado de pies y manos, saliendo a flote en traje de carácter.
 - 4.—Juan Galván se arrojará desde la azotea con un bonito juego de listones de colores.
 - 5.—Miguel Montes de Oca se arrojará de la misma altura con dos hermosos ramos de flores, con monedas de oro, dando el salto mortal para adelante.
 - 7.—Adolfo Peña dará el salto mortal para atrás desde la azotea, ejecutando en el agua diversos juegos en compañía de los demás jóvenes nadadores.
- Y por último obsequiarán a las señoritas con vistosos ramos y bonitos cromos. (4)

En otros balnearios el atractivo para los bañistas era una cucaña o palo encebado colocado en el centro de la alberca, en el remate del palo se ponía un muñeco lleno de ropa y de monedas para aquel que lograra subir a lo alto. Casi nunca se llevaban estos premios, pues costaba mucho trabajo escalarlo, sobre todo con la ropa mojada como la tenían los bañistas, y el que lograba, tenía que pasar por lo menos tres horas de faena fatigadísima para poseer los objetos.

Otro premio para los arriesgados, consistía en una bolsita llena de monedas de plata colocada en medio de unas enredadas

(4) *El Nacional*, México, (26 de junio de 1891).

raíces puestas para el efecto en el fondo de la alberca, y varios que trataban de sacar el premio, les salía sangre por nariz y oídos por mantenerse mucho tiempo bajo el agua.

“Una diversión en la alberca Pane que a la gente le gustaba mucho, era el salto que atrevidos bañistas realizaban desde el reloj de la alberca, pero ésta fué prohibida en 1900, pues cinco años antes se mató un joven que trataba de hacer la pirueta”. (5)

En Pane, además de los números anunciados, se presentaban otros de sorpresa; a media mañana, cuando nadie lo esperaba, aparecía en la azotea una pareja de novios con sus trajes muy almidonados, y se arrojaban a la alberca desde esa altura en medio de atronadores aplausos, o bien, se anunciaba a una notable nadadora conocida como la “Gloria de Chihuahua”. La gente se agolpaba, se magullaba para estar en primera fila a fin de ver a la bañista que resultaba ser cualquier hijo de Adán con faldas, que divertía extraordinariamente a la concurrencia.

En los baños del Factor se representaba una pantomima acuática de Bell y Pirimplín, ensayada con anterioridad, siendo también muy aplaudida. (6)

Para que nada faltara en los balnearios, y no decayera la animación ni un momento, por lo menos dos orquestas tocaban y se esmeraban por dejar complacida a la concurrencia, que gustaba de nadar al compás de una mazurca o de una danza.

Después de nadar toda la mañana, la gente salía de las albercas y se iba a comer en las afueras de los baños, en donde se formaban verdaderas verbenas, siendo la de más fama la que tenía lugar en la plazoleta que estaba frente a la alberca Pane, y que era muy concurrida.

Gran número de barracas se situaba allí formando doble calle, “en ellas que se vendían enchiladas, mole de guajolote, pozole, atole, barbacoa, cabezas al horno, chiles rellenos, chicharrones,

(5) *Ibid.*, (25 de junio de 1900).

(6) *El siglo XIX*, Op. Cit., (26 de junio de 1894).

hojitas con aguardiente, chabacanos, capulines, peras y manzanas que eran la fruta de la estación". (7)

Muy temprano se veía a las chinas vendimeras muy ocupadas preparando los desayunos y los apetitosos almuerzos, y a sus compañeros curando el pulque con tuna roja, el que colocaban en grandes muestras de cristal adornado con figuras hechas con plátano y piña.

La música del Cuarto Batallón era la encargada de amenizar la verbena, desde un tablado que se colocaba en el centro de la plazoleta.

La clase popular se daba gusto en esta verbena comiendo y bebiendo hasta reventar, por lo que en la tarde no escaseaban las riñas, y no era raro ver al otro día en los periódicos titulados como este: "Saldo de la fiesta del Bautista: dos ahogados, tres asesinados y diez y nueve contusos". (8)

La gente de la clase media acomodada, asistía a los baños más elegantes que eran, el del Factor, y a las albercas Pane y Osorio. Después de bañarse, pasaban momentos agradables en sus jardines en donde había boliches, columpios y cómodos miradores, desde los cuales gozaban con el espectáculo general. (9)

La mayoría de la gente hacía provisión de alimentos en las barracas, y después emprendían la marcha a los llanos de los alrededores, en donde hacían verdaderos días de campo, comiendo y bebiendo sobre la fresca yerba, al compás de la melancólica música de una vihuela que alguno de los comensales tocaba.

Otros comían en las barracas que entre las doce y la una estaban repletas de gente. Las barracas eran unos puestos improvisados con el techo de manta adornado con banderas, a un lado del puesto estaban los braceros con las enormes cazuelas de mole, y al otro, las mesas y los parroquianos, "engullendo sendas pe-

(7) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1900, p. 62.

(8) *El Nacional*, Op. Cit., (26 de junio de 1884).

(9) *Ibid.*, (25 de junio de 1900).

chugas o piernas muy gordas, o las alas del rey de nuestras fiestas, el infeliz guajolote, que es el que paga el pato cuando repicamos recio los excelentes mexicanos". (10)

Pero no eran estas, todas las diversiones del día de San Juan; había una especial para niños que gozaban este día vistiéndose de militares.

A lo largo del portal de Mercaderes y en el jardín del Zócalo, se improvisaban puestos en los que se encontraban todos los elementos necesarios para que los niños se transformaran rápidamente desde soldados rasos, hasta generales, que era la ilusión de los niños de todas las clases sociales, por lo que esperaban el 24 de junio con natural ansiedad, para verse transformados en apuestos militares.

Inútil es decir que se veía desde el lujoso uniforme de coracero francés, comprado a gran costo en tienda aristocrática hasta el simple shacó de cartón y la espada de hoja de lata, pero el gusto y la dignidad de los que vestían el uniforme, era el mismo en todas las clases sociales.

En la larga fila de puestos instalados a la orilla del portal, se veían todos los ornamentos y pertrechos de guerra, "allí las relucientes espadadas de hoja de lata, los kepís y los shakos de cartón, las carabinas winchester de palo, las lanzas de tejamanil, las armaduras de estaño, los caballos de carrizo, allí las barbas de gastador y los enormes bigotes, las cartucheras de hule y los tahalíes de trapo". (11)

Durante todo el día se veía en las calles grupos de aguerridos militares de 2, 3, 5 y 6 años, muy bien equipados, algunos airoosamente montados en sus caballos de carrizo, con enormes bigotes, con patillas y hasta con piocha, que se sentían capaces de enfrentarse sin temblar al ejército de Napoleón.

En años anteriores a 1877, los pequeños militares jugaban a la guerra, organizaban verdaderas batallas con piedras y palos.

(10) Juvenal, *El Monitor Republicano*, México, (28 de junio de 1891)

(11) Juvenal, *Op. Cit.*, (27 de junio de 1886).

Estas guerras fueron prohibidas porque los niños se posesionaban en tal forma de su papel, que resultaban muchas veces con heridas graves y en alguna ocasión hasta muertos, siendo por lo tanto esta sangrienta diversión prohibida, conformándose los niños a partir de entonces, únicamente con portar el uniforme. (12)

“VERBENA DEL CARMEN”

El 16 de julio, San Angel se vestía de tiros largos para celebrar con toda pompa, la verbena dedicada a la Virgen del Carmen, que era la imagen venerada en el templo parroquial.

Como acontecía en casi todas las verbenas, también en esta se mezclaba lo profano con lo religioso.

El acto con el que daba principio la fiesta, era una solemne ceremonia religiosa en el templo parroquial, terminaba con una procesión dentro del mismo, en la que tomaban parte numerosas personas sobre las cuales, al terminar la procesión, caía una lluvia de flores lanzadas por los demás fieles. Esta ceremonia se veía muy concurrida, y a ella asistían no sólo personas de San Angel, sino de muchos pueblos de los alrededores.

Cuando terminaba el acto religioso, la gente del pueblo se trasladaba a la plazuela inmediata a la iglesia, en donde se verificaba la verbena popular, en la que abundaban los puestos de comidas y bebidas.

Por la noche y en este lugar, se organizaba un paseo de antorchas, en el que tomaban parte cerca de mil personas, que eran acompañadas por músicas y carros alegóricos; la luminosa procesión recorría las principales calles de la población, y se detenía

(12) *El Mundo Ilustrado*, México, (3 de julio de 1904).

en la plaza del Carmen, "en donde se quemaban vistosos fuegos artificiales que la gente del pueblo contemplaba con sumo agrado". (1)

Esta verbena se diferenciaba de las demás, en que tomaban parte en los regocijos todas las clases sociales, pues en la plazuela del Carmen, como ya hice notar, se celebraba la verbena popular, pero en la plaza de San Jacinto organizaban una feria o *kermesse*, personas de la aristocracia.

El jardín de San Jacinto se adornaba con sumo gusto; en la parte central se levantaba una carpa destinada a proteger de la lluvia a la concurrencia y alrededor de la carpa, se establecían los puestos de dulces, helados, refrescos, confetti y flores los que eran atendidos por "distinguidas señoritas, que eran como un atractivo más a las personas que las veían con embeleso". (2)

Desde las 10 de la mañana, hasta las primeras horas de la noche, el jardín se veía invadido de paseantes. La animación era grande y no decrecía ni un momento, sino por el contrario, las calles se llenaban cada vez más de un público selecto, ansioso de pasar unas horas de solaz agradable.

Se organizaban reñidos combates de confetti, se bailaba y se charlaba, siendo la banda de Artillería la encargada de deleitar a la concurrencia, durante toda la tarde, con las mejores piezas de su repertorio.

El baile era de invitación y se efectuaba en el Palacio Municipal, pero se prescindía de toda etiqueta; allí era de verse a las guapísimas pollas con bonitos vestidos de muselina o de fino percal, en tonos suaves, bailar, bailar y bailar hasta la madrugada.

Una cosa curiosa que pasaba en San Angel era que a pesar de la "estrecha vigilancia" de las autoridades para que no se establecieran juegos no permitidos por la ley, se establecían, y se jugaba a las cartas, a los dados y a la ruleta.

(1) *El Mundo*, México, (7 de julio de 1898).

(2) *Artes y Letras*, México, (7 de agosto de 1910).

Una diferencia de esta verbena sobre las demás era que como en San Angel vivía mucha gente de dinero o iban a pasar "temporadas" o fines de semana a las fincas de campo que tenían en este lugar, eran asiduos concurrentes a los diversos juegos, en los que apostaban grandes cantidades.

A la aristocracia en esta "diversión", no le preocupaba mucho mezclarse con gente de todas clases, pues por ejemplo en 1882 estuvo de moda en San Angel "...que el demimonde vaya a jugar. La aristocracia de las hijas del vicio, provistas de buenas y relucientes onzas de oro y de flamantes billetes de banco, se sientan en torno de la mesa de la verde carpetta, vestidas lujosamente, y apuestan grandes cantidades con una sangre fría que causa miedo a los banqueros". (3)

Otro atractivo más para la fiesta del Carmen, era el certamen de flores, plantas y frutas cultivadas en el Sur del Distrito Federal, por los hortelanos y floricultores, que acudían con sus mejores productos a disputarse los primeros premios de dicho certamen.

La exposición de estos productos se verificaba en el Portal del Palacio Municipal, donde se admiraba el ingenio para combinar los colores de los pétalos, con los matices de las hojas del tallo, pues todas las flores y también las frutas, se exhibían en caprichosas combinaciones.

La exposición se clausuraba el 31 de julio, día en que se distribuían los premios entre los expositores que se habían hecho acreedores a preciados galardones.

La feria popular se prolongaba toda la semana, y para que la animación no decayera, durante esos ocho días se desarrollaban números de programas preparados para el efecto que consistían en vistosas "globadas", o sean ascensiones aerostáticas, que tanto llamaban la atención y eran aplaudidas por los numerosos invitados que ocupaban los balcones del Palacio Municipal. También se organizaban funciones acrobáticas, y se colocaban en medio

(3) *El Monitor Republicano*, México, (23 de julio de 1882).

de la plaza cucañas con regalos, para los que con perseverancia lograban alcanzarlos; se daban también funciones de teatro y se establecían los juegos permitidos por la ley, como eran las loterías y el tiro al blanco.

Además, se organizaban coleaderos y carreras de caballos, estas últimas con "valiosos" premios para los que ocuparan los cuatro primeros lugares. Los premios que otorgaran a los vencedores en 1894: para el que llegará en primer lugar, unas "magníficas Chaparreras; al que llegará en segundo, unas espuelas de Amozoc, y a los que ocuparan el tercero y cuarto lugar \$10.00 en efectivo". (4)

La verbena del Carmen, era de las verbenas a la que mayor número de personas de la aristocracia asistía, y esto se debía a que San Angel era el pueblo preferido por esta clase de la sociedad para ir a veranear y a descansar "alejados" de la ciudad, días, semanas y algunas familias hasta meses; la época de veranear en San Angel coincidía con la verbena, por lo que todas las familias asistían gustosas a ella.

Ir a San Angel en esta época era una gran aventura, pues de vez en cuando asaltaban tranvías, sobre todo por el rumbo de la Barranca del Muerto que por su gran extensión y por su situación topográfica se prestaba a ser el refugio de los malhechores.

En el año de 1880, en esta Barranca situada entre Mixcoac y San Angel, fué asaltado un tranvía, siendo el saldo de este asalto varios heridos contándose entre ellos a un español que murió poco después. (5)

Los asaltantes se apoderaron de todo lo de valor que llevaban los pasajeros. Más tarde cayeron en manos de la justicia que los declaró inocentes, a pesar de estar confesos; la Prensa no hizo

(4) El Siglo XIX, México, (23 de julio de 1894).

(5) Francisco Fernández del Castillo, *Historia de San Angel*, México, 1913, p. 234.

ningún comentario al respecto por estar de huésped el general Ulises S. Grant, figura prominente de Estados Unidos.

Los saltadores celebraron su hazaña componiendo unos versos que empezaban así:

"El día 16 de enero,
Me acuerdo que fué muy cierto,
que robamos los vagones,
En la Barranca del Muerto,
Allí murió un gachupín,
Por causa de su defensa,
Por el maldito dinero,
Me he metido a sinvergüenza". (6)

Con estos incidentes nada agradables que pasaban, las familias hacían el "largo viaje" no sin cierto temor, pero los deseos de descansar sobrepasaban al miedo, y San Angel se vestía de gala con su numerosa y distinguida concurrencia.

La verbena del Carmen, era de las mejores organizadas, pues sus atractivos eran numerosos y variados, contribuyendo en gran parte esto para que el pintoresco pueblo de San Angel se viera tan concurrido en los días de su verbena.

"LA VERBENA DE LOS ANGELES"

El 2 de agosto se celebraba en honor de la Virgen de los Angeles, una verbena popular en la plazuela situada frente al templo en el cual se venera a esta Imagen.

(6) Ibid., p. 235.

Muy temprano, apenas amanecía, las calles de Santa Isabel (*¹), San Andrés (*²), el Puente de la Mariscal (*³), La Estampa de San Andrés (*⁴), las Rejas de la Concepción (*⁵), las calles de San Lorenzo (*⁶), las cales de Santa María y las de Soto y de Magnolia, "se veían invadidas por un ejército de peregrinos cargados de cestos en los que llevaban comida y bebida" (1).

La Virgen de los Angeles era la Patrona de los pobres; por tanto, los que iban al templo ese día, y después a la verbena, eran obreros, artesanos, y los desocupados, pero todos, o la mayoría, acompañados de sus mujeres e hijos.

Acudían también al templo este día, damas de la aristocracia, pero iban más o menos temprano para rezar devotamente delante de la Virgen algunas oraciones, y enseguida se subían a sus carruajes, porque el espectáculo de la verbena era demasiado popular para ellas.

Todo el barrio donde se hallaba ubicado el templo, se engalanaba con múltiples banderitas y multicolores guirnaldas de papel de china picado, que se tendían de fachada a fachada de las casas, y en todo lo largo de la calle.

Al frente de las casas se colocaban guías de follaje; en las ventanas se ponían las mejores cortinas de gancho de que se disponía, y un sinnúmero de esferitas de cristal, y en el lugar más visible una imagen de la Virgen de los Angeles.

De las verbenas populares en la que más desórdenes había, era la de los Angeles, pues de la clase de gente que acudía no podía esperarse otra cosa. El año en que no se armaba un zafarrancho y en el que resultaban heridos y hasta muertos, la verbena

(*¹) Hoy calles de Tacuba.

(*²) Hoy calles de Tacuba.

(*³) Frente al edificio Central de Correos.

(*⁴) Hoy calle de Angela Peralta.

(*⁵) Hoy Aquiles Serdán.

(*⁶) Hoy Belisario Domínguez.

(1) Adalberto Esteva, *México Pintoresco*, México, p. 79.

no servía, perdía algo de su carácter, por eso no era raro escuchar conversaciones como esta:

—¿Fuiste a la fiesta?

—Sí, ha estado muy buena.

—¿Y te emborrachaste?

—No.

—¿Y no te golpearon?

—Tampoco.

—¿Y no diste o recibiste ni siquiera un triste garrotazo?

—Tampoco hombre, tampoco.

—¿Y así te atreves a decir que aquella fiesta estuvo muy buena? . . . pero al menos habría una que otra puñalada, 8 o 10 matados, en fin algo que indicara la fiesta de los Angeles.

—Yo no ví nada de eso.

—¡Pero bárbaro!, como entonces blasfemas diciendo que ha estado aquello bueno". (2)

La gente no podía concebir que la verbena hubiera estado animada, sin que a alguien le hubieran roto por lo menos dos costillas; en fin, este era el modo de pensar de la gente del pueblo.

La atracción principal de la verbena eran las "luces", que se quemaban a las doce del día, siendo esta una costumbre exclusiva de tal verbena, pues en las demás, las "luces" se quemaban en la noche, hora en que lucían más los castillos y demás juegos pirrotécnicos.

Pero en esta verbena, a las doce del día, cuando el sol estaba más fuerte, era la hora escogida para quemar los castillos, la plaza plétorica, ya no podía dar cabida a más gente que esperaba

(2) Juvenal, *El Monitor Republicano*, México, (10 de agosto de 1879).

ansiosa el estallido de las bombas, de las chinampinas, de las palomas y de los cohetes corredizos. A todo este alboroto se unía el repique de las campanas del templo.

"En la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, se corría el vernáculo torito encohetado que llevaba a cuestas algún valiente peladito, para ser capoteado con sarapes, camisas, o a cuerpo limpio, por sus compañeros, hasta que lograban derribarlo en tierra, sufriendo una que otra quemadura de no mucha importancia". (3)

En las puertas de las pulquerías, que abundaban en ese barrio, se aglomeraban grandes y chicos, mujeres y niños, para beber el pulque en los llamados "tornillos", que eran unos vasos de medida especial (medio litro) que costaban un centavo, pasando ese mismo vaso de boca en boca entre los miembros de la familia y de los amigos de ésta.

En un templete que se levantaba en medio de la plaza, se colocaba la música, de la que sale sobrando explicar, que era de muy mala calidad.

"Los puestos se instalaban en los bordes de las banquetas vendiéndose en unos pulque, en otros golosinas, en otros carnitas, enchiladas y mole, alternando entre estos, los montones de fruta y en particular los cerros de cacahuete, fruta clásica del día, que era ofrecida al público con el grito de: "al ruido de uñas, vengáanse al ruido de uñas". (4)

Algunos vendedores ambulantes se paseaban por la plaza con manojos de sombrillas de papel de variados colores, que eran la ilusión de los niños.

La verbena no sólo tenía lugar el 2 de agosto, sino que se prolongaba por ocho días más, pero los asiduos concurrentes que eran: "los calaverones, los malditos, los conquistadores, los irresistibles, los espumosos, los lagartijos, todos los clubs de la media goma, y hasta del engrudo, después el pueblo que regre-

(3) José María Álvarez, *Añoranzas*, México, 1948, p. 343.

(4) *El Mundo*, México, (8 de agosto de 1897).

saba de los toros y después las hijas del vicio", (5) seguían acudiendo a la plazuela para continuar su orgías.

El templo en el cual se celebraba una función religiosa muy solemne a las que asistían no sólo los fieles de los Angeles, sino varias sociedades católicas y colegios de niñas y niños, estaban en muy malas condiciones, por lo que se empezó a reparar en el año de 1885, y en 1891 quedó reconstruído, siendo este un motivo para que la fiesta fuera más rumbosa que las de los años anteriores.

Hacia tiempo que los devotos de la Virgen de los Angeles no celebraban tan ruidosamente a su Patrona, se quemaron castillos a docenas y toritos a cientos y cohetes corridizos sin fin; se podía asegurar que la plaza de los Angeles "parecía, mala la comparación, el Valle de Josafat, el día del Juicio Final". (6)

Todo el pueblo de México acudió y bebió pulque, comió mole y consumió fruta, hasta la exageración, era aquel, un día de fiesta al estilo del país.

En las casas cercanas a la plaza, los valedores y sus comarditas organizaban fandanguitos de arpa y jarana, que terminaban, la mayoría de ellos, en pleitos en los que tenían que intervenir la policía llevándose a la carcel a los escandalosos, siendo esto el acostumbrado fin de fiesta.

La verbena terminaba alrededor de las nueve de la noche y no por gusto, sino porque la lluvia apagaba las luces y fogatas que prendían los puesteros para alumbrar su mercancía, teniendo éstos que levantar sus puestos, y a los fiesteros no les quedaba más remedio que retirarse a sus casas, calados hasta los huesos por la lluvia, pero muy contentos y deseando que pronto se llegara el 2 de agosto del siguiente año.

(5) *El Monitor*, Op. Cit., (7 de agosto de 1887).

(6) Juvenal, *Ibid.*, (9 de agosto de 1891).

“VERBENA DE SANTA MARÍA”

El 15 de agosto la Iglesia Católica celebra la Asunción de la Virgen María, y con tal motivo, en la Catedral Metropolitana, de la que la Virgen de la Asunción es la Santa Patrona, se celebraba una solemne función religiosa; y también en la Parroquia de Santa María la Redonda se festejaba el día, con una solemne ceremonia y en el jardín contiguo de Santa María, con una verbena al estilo del país.

La Catedral vestía sus mejores galas para dar entrada a la concurrencia, lucida, elegante y perfumada.

La Misa la oficiaba en esta ocasión el Sr. Arzobispo, y una magnífica orquesta tocaba durante la soberbia función, a la que asistían los escogidos de la sociedad que llenaban las naves del templo; las damas con sus vestidos nuevos, “pues todavía en algunas familias de cristianos viejos, perdura la tradición de estrenar vestimenta el día de la Asunción de María Santísima”. (1)

En el barrio de Santa María, tenía lugar la fiesta realmente popular, que era considerada como la continuación de la de los Angeles, pues los hijos de Baco se quedaban saboreando de las primera saturnal, y a los 15 días la repetían punto por punto, por el mismo rumbo, bajo los mismos auspicios, con los mismos pretextos, y bajo idénticas condiciones.

Había una cosa en la que se diferenciaban estas verbenas y era que, en la de Santa María, para divertirse no hacía falta que hubiera heridos ni muertos para que la gente gozara en la fiesta; y hay que hacer notar que en la verbena de Santa María, “era en donde más pulque se consumía, pero por lo visto eran bebedores pacíficos y comprendían que no era lo mismo comer que tirarse con los platos.” (2)

El barrio de Santa María era totalmente engalanado; en las accesorias, en los balcones, en las puertas y en los comercios, se

(1) “El Monitor Republicano”, México, (19 de agosto de 1894).

(2) Juvenal, *Ibid.*, (20 de agosto de 1882).

colgaban coronas, cuadros, banderas, tiras de papel de china, farolitos, etc., etc.

En la plazuela la gente de trueno se ahogaba en los toneles de pulque colorado (pulque curado de tuna roja), toda la calle principal la invadían los vendedores ambulantes con sus puestos de fritangas, de molc, de frutas, sobresaliendo las jugosas tunas de Alfajayucan que era la fruta principal de la verbena.

A esta fiesta, las mujeres asistían con el popular vestido de china, pero se entiende que era más bien un reflejo del auténtico, pues la camisa bordada de chaquira, el castor con lentejuelas y el rebozo de seda, no eran lujosos, ni cosa que se les pareciera.

Los calaverones asistían con sombrero galoneado y calzonera de rica botonadura, sentándoles el traje, "como la sotana a un indio, y que lo lucen con el mismo desenfado que Napoleón su grande uniforme". (3)

Todos los fiesteros que eran muchos, se pasaban alegremente el día, comiendo mole, quemando cohetes, oyendo música y bebiendo pulque, y cuando acababan con comestibles y bebestibles se retiraban a descansar de las fatigas del día.

"LA VERBENA DE GUADALUPE"

El día 12 de diciembre en la Villa de Guadalupe de ordinario con sus calles solitarias y silenciosas, cobraba un aspecto de animación y de alegría que difícilmente se encontraba en otra parte, y esto sucedía por ser el día consagrado a la Virgen de Guadalupe, venerada en la Basílica y patrona de la raza indígena que en gran número acudía a la Villa, dándole inusitado aspecto de animación.

(3) Juvenal, *Ibid.*, (16 de agosto de 1885).

De todas partes de la República miles de peregrinos llegaban con anticipación a la Villa, en cuyos alrededores se efectuaban grandes romerías, especialmente de gente humilde, que pasaba días enteros comiendo y durmiendo en las afueras del templo, sin importarles el frío de la noche, ni el calor del medio día.

“Los pobres, los lisiados, los ciegos, todos se congregaban en las afueras del templo, así como los sanos y vigorosos que cargaban con sus petates, vasijas, cacharros, y todas las cosas necesarias para la ocasión”. (1)

En tal día, acudían todas las clases sociales a la Villa, “allí estaban todas las razas de la antigua Colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud en México”. (2)

Nadie se distinguía, pues se mezclaban por igual la dama encopetada con la indita de los pueblos de los alrededores, y el elegante joven de Plateros con el barbudo arriero de Ixmiquilpan.

Los indígenas se reunían por familias e improvisaban alguna sombra con ramas o bien, al aire libre hacían las tortillas, el atole y el chile molido que era lo que tomaban de alimento y para calmar la sed acudían a la capilla del Pocito a proveerse de agua, la que extraían con los vasos de cobre asegurados con cadenas que para el efecto estaban en el pozo, y la vaciaban en botellas o en cántaros que llevaban con ese objeto.

En la plaza de la Villa desde el día 11 por la noche, o el 12 muy temprano, levantaban los indígenas centenares de barracas en las que había rifas de varios objetos principalmente de loza, que los indios traían de sus pueblos, mientras otros vivales instalaban juegos de lotería, ruleta, tres cartas, en fin, todas las formas habidas para desplumar al prójimo, puestos con cera labrada,

(1) Fanny Chambers Gooch, *Face to Face with the Mexicans*, New York, s. a., p. 258.

(2) Ignacio Altamirano, *Paisajes y Leyendas, Tradiciones y Costumbres de México*, México, 1884, p. 207.

estampas de la Virgen, medallas, velas y veladoras, objetos de alfarería, loza de Cuautitlán, y entre todos éstos, los puestos de comida en los que había birria y chito, que eran los platillos preferidos de los indios así como frutas de todas clases, con particularidad las famosas cañas de castilla, "y por último lo que no podía faltar en la Villa, las clásicas gorditas hechas con maíz y dulce que recién salidas del comal, eran depositadas en chiquihuites y cubiertas con servilletas de embutido muy limpias". (3)

Más o menos a las tres de la tarde, todo lo que era comida y bebida se agotaba, no quedaba nada que llevarse a la boca, pues los cien mil individuos que concurrían a la verbena, desde muy temprano daban cuenta de todo, y eso que no eran pocos los incautos que, creían ir a la Villa por lana y salían trasquilados, pues todo el dinero que llevaban para gastar en la verbena, "lo jugaban en la ruleta, o en los albures muy seguros de ganar, pues se les hacía imposible que una misma sota saliera tres veces seguidas, o se confiaban a que tenían muy buena vista y podían sorprender al de las tres cartillas y decir con certeza en donde estaba el rey de oros, pero como es de suponerse nada de esto sucedía y se volvían a sus casas mohinos y llevando en el estómago por todo lastre, una tacita de mal champurrado o de agua de naranjo, té o conatos de café". (4)

Desde 1882, varias personas se reunieron y formaron el "centro Guadalupano-Patriótico", el cual organizaría la fiesta Guadalupana dándole un carácter patriótico.

"Estas personas eran las encargadas de conseguir que por todos los rumbos de la Ciudad, se adornaran las fachadas de las casas, y si era posible las casas comerciales también pusieran adornos, y principalmente las que estaban situadas en los portales, en la primera calle de Plateros, Empedradillo y Escalerillas,* por ser éstos lugares visibles y céntricos; los adornos deberían de ser de

(3) *El Mundo Ilustrado*, México, (9 de diciembre de 1894).

(4) *El Nacional*, México, (14 de diciembre de 1889).

(*) Hoy calles de Fco. I. Madero, Monte de Piedad y Guatemala respectivamente.

tiras de papel tricolor a lo largo de las fachadas, y en medio una Imagen de la Virgen de Guadalupe. (5)

"El Centro Guadalupano-Patriótico cumplía bien su cometido y el día 12 amanecía la Ciudad hecha una ascua de oro, la iluminación era casi general, los balcones con cortinas, faroles y algunos hasta con altares; las casas de los mimados de la fortuna se distinguían por el fausto de sus adornos, grandes avenidas como la de Peralvillo y Santa Ana* hasta Santo Domingo, eran totalmente iluminadas, se colocaban a lo largo de ellas, templetes, castillos y puestos de golosinas, otras avenidas como la de Plateros hasta Guardiola adornadas con millares de globos de colores, en las calles de 5 de Mayo se levantaban templetes para las músicas militares que hendían los aires con alegres y melodiosas notas." (6)

En la Basílica de Guadalupe apenas amanecía eran lanzados al aire incontables cohetes y luces de todas clases, que iluminaban a los inmensos montones de indios dormidos en el suelo del Atrio, tan quitados de la pena como si estuvieran sobre un blando y mullido colchón.

Por dentro, la Basílica lucía radiante, con todas sus lámparas encendidas, resaltaba más su crujiá de plata, sus inmensas paredes blanco y oro, sus altares de mármol y sus ricos paramentos.

Oleadas de gente entraban constantemente a la Iglesia, con cirios en las manos, confundiéndose el rumor de sus oraciones con el alboroto que hacían afuera los vendedores, el ir y venir de la gente, los cohetes, los castillos derramando chorros de fuego y las campanas de la Iglesia echadas a vuelo.

A las 12 se celebraba la misa de función con acompañamiento de orquesta, con asistencia de los canónigos de la Colegiata y el Abad venerado de Guadalupe, durante esta misa, bai-

(5) J. J. Terrazas, "El Nacional", Op. Cit., (16 de diciembre de 1886).

(*) Hoy también Peralvillo.

(6) El Monitor, (18 de diciembre de 1887).

laban en el centro de la Iglesia sus danzas los indígenas con curiosos atavios de la época antigua.

“Los hombres, los adultos y los niños, con inmensos penachos de variados colores que se elevan a gran altura; sus vestidos curiosamente labrados, con los colores nacionales fuertemente marcados, las mujeres y las niñas coronadas con inmensas trenzas cubiertas de plumas de todas clases entremezcladas con centellantes lentejuelas, con sus vestidos de diversos colores muy parecidos a las faldillas de los hombres. Para bailar formaban círculos, los hombres en el círculo extremo y las mujeres en el interior, y por otra parte los jóvenes de ambos sexos formaban sus círculos, y todos danzaban al son de jaranas, chirimias, violines y cascabeles durante horas y horas, los de un círculo en una dirección y los del otro en dirección contraria”. (7)

Estas danzas eran las ofrendas de los naturales a la Virgen de Guadalupe; muchas veces venían a bailar desde lugares lejanos, pues así lo habían prometido, y no eran pocos los que hacían el recorrido a pie, pero no les importaba pues era grande su fé.

La verbena, por ser la principal de la Ciudad de México, era muy animada, pues los barrios de la Ciudad se quedaban solos, todos sus habitantes se iban a la Villa; también acudían gran número de fuereños, siendo la mayoría víctimas de los habitantes de los barrios bajos, pero no por eso dejaban de divertirse y pasar todo muy alegres el día 12.

“Al día siguiente todo era paz y tranquilidad en la Villa, nada presentaba de notable el lugar más que el inmenso basurreo en que la dejaban convertida la devoción de los fieles mexicanos.” (8)

(7) Fanny Chambers Gooch, *Face to Face with the Mexicans*, New York, s. a., p. 259.

(8) Altamirano, *Op. Cit.*, p. 210.

"LA CANDELARIA"

El 2 de febrero se celebraba en Tacubaya una feria popular, con el pretexto de festejar a la Virgen de la Candelaria, que era la Patrona de la Iglesia Parroquial de ese pueblo.

"En la parroquia se celebraba una función religiosa solemnísimas, la misa era precedida de la terea y seguida del Tedéum. Después de estas ceremonias bendecían los padres las velas que eran usadas en todo el año, en enfermedades graves, en caso de muerte, en los temblores y en las tempestades". (1)

También los labradores acudían con las semillas destinadas a la próxima siembra, para que una vez bendecidas, dieran una muy buena y abundante cosecha.

La parte profana de la fiesta, a la que se le daba el nombre de feria, tenía lugar en la avenida principal llamada de Juárez que terminaba en la plaza de Cartagena, "la cual se interceptaba, obstruyendo el tráfico, pues era el cruzamiento de todas las avenidas de la población, que eran las de Santa Fé, Mixcoac y San Angel, provocando esto muchas riñas pues los conductores de carruajes, caballos, carretones, acémilas y burros, tenían que buscar el paso por estrechos callejones, no siendo pocos los que se estrellaban en las esquinas y algunos que se desbarrancaban". (2)

A lo que se iba a Tacubaya era a jugar, y el nombre de feria que se le daba, era sólo un pretexto para que los tahures instalaran comodamente sus improvisados garitos.

La avenida principal y la plaza de Cartagena eran invadidas por pequeñas tiendas de campaña, perfecta y vistosamente arregladas, algunas, con banderas de papel o de tela ondeando al aire. Estas tiendas durante el día y la noche eran invadidas por heterogénea concurrencia que se codeaba y apretujaba, para po-

(1) Fanny Chambers Gooch, *Face to Face with the Mexican*, New York, p. 272.

(2) Guillermo Prieto, "El Nacional", México, 3 de marzo de 1886.

der tomar parte ya fuera en la ruleta, en los dados, en el cubilete, en la lotería, etc., etc.

Este era el imán que atraía a tanta gente a la famosa feria allí se olvidaban las clases sociales, se veía por igual a señores de sorbete y de sombrero de petate, de levita y de chaqueta, pero todos apiñados ante el tapete verde, para apostar su dinero.

En revuelta confusión se agitaban humildes artesanos, dependientes de las casas comerciales, elegantes caballeros, señoras, señoritas, niños, niñas, amos y criados. A estos últimos, cuando se les agotaba su dinero, apostaban con el del mandado y también lo perdían, regresando a su trabajo sin "mandado" y sin dinero.

Los padres de familia tenían necesidad de llevar a los niños a la escuela, para que no tomaran parte en los juegos, pues estos les llamaban mucho la atención y cuando no se les vigilaba no se despegaban de la ruleta, o de la lotería, o de cualquiera de las diversiones ya enumeradas. La asistencia en las escuelas llegaba a bajar hasta un 50%.

Los rancheros eran estafados bien y bonito, con las famosas tres cartas mágicas que el tahir hacía volar sobre sus dedos diciendo: ¿a dónde?, ¿a dónde esta el rey?; la gente se agolpaba, y para que se arriesgaran a jugar, el montero fingía dejarse sorprender por un palero, que disfrazado de criado con su canasta en el brazo, apostaba y ganaba, con lo que la gente se sentía más segura, y los rancheros que tenían algunos ahorros los apostaban hasta quedarse sin quinto.

Esta feria ocasionaba que mucha gente se quedara sin empleo en vista de que la mayoría apostaban dinero que no era suyo y lo perdían, y al no poder reponerlo, los cesaban de sus empleos "siendo esto muy común sobre todo en los empleados del ferrocarril que jugaban el producto de la venta de los boletos". (3)

En las tardes se organizaban por los aficionados, peleas de gallos con muy buenas apuestas.

(3) "El Nacional, Op. Cit., (22 de febrero de 1887).

Había en la plaza de Cartagena un gran centro de reunión llamado el Tivoli de Cartagena, en el que se jugaban cantidades fuertes; "sus jardines con la entrada franca, invitaban a los incautos a dejar parte o toda su fortuna. Las únicas diversiones inocentes que había en la feria eran una cabalgata y una rueda de la fortuna, que tenía gran demanda de grandes y chicos." (4)

Entre las tiendas de los juegos, se colocaban puestos con frutas, dulces, enchiladas, tamales y pulque, que eran consumidos rápidamente por la concurrencia.

Año por año se hacía gran campaña en la prensa contra de esta feria; se le suplicaba a la autoridad que se fijara en los males que ocasionaba a la sociedad, pues la llamada feria no era más que un inmenso garito en el que perdían dinero por igual, personas notables de la sociedad y gente humilde, que se quedaba muchas veces sin el dinero para sus gastos indispensables. Además los pacíficos habitantes de Tacubaya sufrían con la famosa feria pues no tenían ninguna seguridad al salir a la calle porque los borrachos y las riñas abundaban al por mayor.

Pero la autoridad se hacía sorda a estas súplicas y no hacía nada por remediar este mal.

En los hogares, y de una manera muy distinta, se celebraba la Calendaria, pues era una costumbre popular que a raíz de las posadas, se invitaba a una amiguita de la familia para que fuera la madrina del Niño Dios; la joven escogida precisamente el día de la Candelaria tenía que levantar al Niño, al que con anterioridad ya le había hecho su ropita.

Con tiempo, la madrina engordaba un guajolote, que moría la víspera del 2 de febrero, pues tenía que obsequiar a los invitados con un bien preparado mole y con una bailecito más o menos formal, en la noche.

"Estas fiestas sólo se llevaban a cabo en las vecindades de segundo y terceros patios, pues la aristocracia las había decla-

(4) Op. cit., (8 de febrero de 1900).

rado ¡cursis!, por lo que no se dignaban tomar parte en ellas".
(5)

A partir de 1900 la feria de la Candelaria decayó por dos razones principales, siendo la primera que el Ayuntamiento, teniendo en cuenta el "rápido movimiento" de los tranvías eléctricos que llegaban hasta la plaza de Cartagena, podía ocasionar alguna desgracia por la aglomeración de gente en la plaza, dispuso que las improvisadas casas de juego y las barracas, se situaran detrás de la estación, lugar conocido como la Ermita; y como toda innovación esta prudente medida fué acogida con frialdad.

La segunda razón fué que el mismo Ayuntamiento les impuso a los tahures fuertes contribuciones por el lugar que ocupaban, "no dejándoles entonces el juego ni para pagar estos impuestos; por lo que se fueron retirando poco a poco, quedando sólo en su sitio privilegiado el Tívoli de Cartagena". (6)

"CARNAVAL"

El Carnaval en la época Porfirista estaba en completa decadencia; año tras año se hacían grandes esfuerzos para que saliera de esa etapa agonizante en la que estaba sumido, pero éstos eran inútiles, y a medida que pasaba el tiempo, se notaba la desaparición de la costumbre de celebrar en México las fiestas del carnaval, esas fiestas que en otros tiempos animaban tanto la ciudad.

Lo poco que quedaba de las fiestas del carnaval en este tiempo eran los paseos y los bailes de disfraces.

(5) Juvenal, *El Monitor Republicano*, México, (8 de febrero de 1891).

(6) *El Nacional*, Op. Cit., (8 de febrero de 1900).

Los paseos se verificaban principalmente en las avenidas de Plateros (*¹) San Francisco (**), el costado Sur de la Alameda y el más concurrido que era el de la Calzada de la Reforma en donde una interminable fila de elegantes "landeaux", de ligeras "victorias" y de carretas y hasta carretones, todos ellos muy bien adornados con cintas, ramas y flores, circulaban llenos de risueñas máscaras con vestimentas de todos colores, entablado combates de flores, cascarones y dulces, ya fuera de un carro a otro, o de los que iban en los carros a los que de pie gozaban del paseo, que eran en su mayoría gente del pueblo. (1)

Multitud de figuras fantásticas recorrían a pie las calles más céntricas de la ciudad; pasaban dándose bromas unos a otros pájaros, momias, liebres, cisnes, gatos, monos, etc., etc., "distrayendo con esto al público, y por desgracia cometiendo también abusos y desórdenes que muchas veces ocasionaban serios disgustos". (2)

Como la afluencia de carruajes que concurrían a la Reforma ocasionaba muchos trastornos en el tránsito, fué necesario expedir un reglamento para comodidad y seguridad de las personas que a él concurrían.

El citado reglamento publicado en 1882 por el Secretario de Paseos Don Joaquín Díaz decía lo siguiente:

"Las personas que concurren al paseo en los días de Carnaval, y que vayan a caballo o en carruaje se dirigirán por las calles de S. Francisco y Av. Juárez, a la calzada de la Reforma. Los carruajes llevarán en su marcha la derecha de su frente. La retirada se verificará por la esquina de las calles de Revillagigedo y Nueva.

Se prohíbe que entren a la Alameda los carruajes y personas a caballo". (3)

(*¹) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(**²) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(1) José María Álvarez, *Añoranzas*, México, 1948, tomo I, p. 545.

(2) "El Siglo XIX", México, (3 de febrero de 1887).

(3) *Ibid.*, (20 de febrero de 1882).

Gracias a las medidas que dictaba este reglamento, el paseo se llevaba a cabo en perfecto orden, por lo que era muy concurrido; algunas veces la línea de carruajes se extendía desde la esquina de la calle de Corpus Christi (*¹), inmediata a la del Puente de San Francisco (*²), hasta más adelante del monumento a Cristóbal Colón.

La calle exterior de la Alameda, así como las comprendidas en toda la línea, eran invadidas por cantidad de peatones, entre los que figuraban muchas familias principales. En cuanto a carruajes y a cabalgaduras, estos eran incontables, notándose entre los primeros, algunos muy elegantes, "y de lo más modernos". (4)

Innumerables pedestres que iban con el ánimo dispuesto para divertirse con las máscaras, inundaban las calles que limitaban la calzada de la Reforma; algunas veces quedaba satisfecho su deseo, contentándose con ver aunque fuera uno o dos carros con varios individuos, disfrazados casi siempre de dominós.

Las máscaras que acudían a los paseos a pie se ausentaron más pronto del carnaval, que los que iban en carruajes, por la sencilla razón de que, apenas aparecían, una multitud de muchachos les seguían "y les lanzaban, éstos y los espectadores tal cantidad de silbidos y de frases picantes, que quedaban escarmentados para no volverse a disfrazar en los días de su vida". (5)

El martes de Carnaval era el más concurrido del paseo de la Reforma, y por la misma afluencia de personas, la calzada Sur de la Alameda se transformaba en una especie de salón al aire libre, al cual concurrían lindas muchachas y apuestos y no apuestos caballeros. Toda la gente que no tenía medios para alquilar carruajes, permanecían todo el tiempo en la Alameda o recorriendo la Calzada de la Reforma, y los que tenían para alquilar ca-

(*¹) Hoy Avenida Juárez (frente al Hemiciclo).

(*²) Hoy Avenida Juárez (frente al Palacio de Bellas Artes).

(4) *Ibid.*, (10 de marzo de 1886).

(5) "El Nacional", México, (3 de marzo de 1892).

rruajes "...pasaban a escape como gigantes entre las hormigas". (6)

Poco a poco se fué notando en todos los paseos la ausencia casi absoluta de máscaras; entre la gente del pueblo se observaba todavía un poco la costumbre de disfrazarse, pero la juventud que no pertenecía a esta clase, iba perdiendo cada vez más este hábito.

Ni un "gomoso" se veía en los paseos, estos eran los que divertían con sus bromas más o menos ingeniosas a la concurrencia; tampoco se veían a los jóvenes que usurpaban al bello sexo sus atavíos paseándose muy airosos en carretelas en victorias o en landós. "La juventud bien vestida y con tendencias a establecer entre nosotros distinciones de clases, como las hay en Europa, se pasean a pie, en coche o a caballo, con su traje habitual, y no puede reunirse una docena de pollos, bastante intrépidos y decididos que contribuyan a resucitar esa costumbre que se va". (7)

En 1900 los diversos clubs de ciclistas que había en la ciudad, con la esperanza de reanimar al muerto carnaval, organizaron un desfile en el que tomaron parte todos los socios; llevaban encendidos los focos de las bicicletas, presentando así un bonito espectáculo. Concurrieron al desfile más de 600 de ellos y muchos llegaron hasta Tacubaya, en donde había gran animación por verlos llegar.

Grupos de jóvenes también hacían todo lo posible para animar las fiestas de Carnaval, y con ese objeto formaban "estudiantinas" que recorrían el domingo, el lunes y el martes de carnes-tolendas los paseos públicos, dándoles así mayor animación. "Era famosa la estudiantina española que estaba formada por algunos jóvenes del comercio español y que en estos días, concurrían al kiosko del zócalo, en donde a partir de las once, ejecutaban algunas piezas de canto que por su originalidad y desempeño agrar-

(6) Juvenal, "El Monitor Republicano", (México, 19 de febrero de 1888).

(7) "El Nacional", Op. Cit., (3 de marzo de 1892).

daban mucho a la concurrencia, por lo que eran muy aplaudidos". (8)

En algunas ocasiones llamaban la atención algunos carros de los que se presentaban al paseo vistosamente adornados, como sucedió en 1893 con el tren de la propiedad del "Club de los Amigos Leales", que recorrió la Calzada de la Reforma, adornado con mucha originalidad y con varias personas disfrazadas dentro, siendo uno de ellos el presidente del club..." que llevaba tras las orejas una enorme pluma. A su derecha otro de los principales miembros con colosal sombrero, era el conductor. En el fondo se veía una vieja con gorro, abanicándose con un soplador de cocina, charlatana y decidora. Rodeaban a la anciana un payaso, un diplomático, un dominó y un yankeé, todos muy bien vestidos y jugando la carta con mucha chispa". (9)

En 1904 otra estudiantina que gustó mucho, fué la formada por varios alumnos del conservatorio y estudiantes de otras escuelas, tomando parte también en ella, un grupo grande del elemento comercial, sumando en total 30 miembros, todos vestidos con el "clásico manteo y la charolada zapatilla, tocaron piezas españolas y mexicanas, y el martes de Carnaval que es el día de más animación la estudiantina recorrió la Calzada de la Reforma hasta el bosque de Chapultepec, permaneciendo allí casi toda la tarde ejecutando bonitas y escogidas piezas". (10)

En la Alameda, en el Paseo de la Reforma, en el jardín de Guardiola y en el Zócalo, se colocaban bandas de música los tres días de Carnaval para animar con sus audiciones el paseo. "Las máscaras que pasaban por esos lugares, arrojaban desde sus coche y carretelas, con estrepitosa algarabía, serpentinas de colores, y cascarones que tenían ya fuera aserrín, ya agua florida y a veces no muy florida, o de los precursores del confetti, que eran trozos menuditos de papel de china de todos colores". (11)

La estudiantina mexicana no se quedaba atrás, y también el

(8) "El Siglo, Op. Cit., (21 de febrero de 1885).

(9) Loc. cit.

(10) "El Mundo", México, (4 de febrero de 1904).

(11) Op. Cit., p. 544.

martes de Carnaval se dirigían al paseo de la Reforma, el que recorría, "al sonar de sus bandurrias y panderos". (12)

"Por la noche a las 10, partía de la calle Ancha, siguiendo por las calles Nueva, hasta Corpus Christi, Av. San Francisco y Plateros,* deteniéndose en el kiosco del Zócalo en donde daban una corta serenata. Esta comparsa de estudiantes recorría las calles con vistosos y elegantes trajes". (13)

En la plaza de la Constitución se formaba lo que pudiéramos llamar "la feria del Carnaval", al instalarse numerosos puestos en los que se vendían toda clase de chucherías usadas en éste tiempo; en unos había caretas de cartón, en otros cucuruchos de papel, más adelante narices de trapo, en otros cascarones para estrellarlos en la cabeza del prójimo, y no faltaban las trompetas que eran la delicia de los chicos y la maldición de los grandes". (14)

Los que no disponían de dinero y no se querían quedar con las ganas de desfigurarse, "acudían a las peluquerías en donde adquirían trajes de fantasía: dominós negros, blancos o rojos, barbas y bigotes postizos, pelucas, y en fin, todo lo necesario para disfrazarse perfectamente a un precio módico, naturalmente que también tenían todos estos artículos para venderlos a los que tenían posibilidades de comprarlos". (15)

Por lo que respecta a los paseos, esta era la forma en que se celebraban, ahora vamos a ver como se llevaba a cabo los bailes del Carnaval.

Los principales bailes se celebraban en el Teatro Nacional y en el Arbeu; en los cuales, los empresarios, hacían todo lo posible para darles la mejor organización a los mismos.

Los empresarios del Nacional, invitaban a su baile a la

(12) Juvenal, "El Monitor... Op. Cit., (12 de febrero de 1888).

(*) Hoy calles de Luis Moya, Revillagigedo, Avenida Juárez y Avenida Francisco I. Madero respectivamente.

(13) *Ibid.*

(14) *Ibid.*, (23 de febrero de 1896).

(15) Alvarez José María, Op. Cit., p. 544.

sociedad elegante y escogida, anunciando que la fiesta sería amenizada por la orquesta de Santa Cecilia, la cual ejecutaba valeses, mazurcas, polkas, schotis, así como las danzas habaneras más de moda.

El teatro exterior e interiormente era brillantemente iluminado la noche del baile, y había suficientes bastoneros para implantar el orden. En el café anexo encontraban los que asistían, alimentos, refrescos y licores de todas clases, y en el corredor del patio había una sala destinada para venta de caretas y de guantes, y también se alquilaban magníficos disfraces.

"Los precios de las localidades para cada baile eran las siguientes: Plateas y Palcos con 8 entradas \$16.00, entrada general \$ 2.00 idem a galería \$ 0.50": (16)

Como un atractivo más para la fiesta, contrataban a varias comparsas, a la estudiantina española, a la mexicana, "un coro de conspiradores de la Hija de Madame Angot, y unos merolicos para que la gente gozara con sus chistes y parodias". (17)

Con la intensa propaganda que hacían los empresarios del Nacional, conseguían que su local la noche o noche del baile, se llenara a reventar.

En el Arheu se organizaban asimismo bailes, pero éstos eran más bien para gente de la clase media, pues había buena diferencia en los precios de entrada; en el Arheu las plateas y los palcos con seis entradas costaban \$ 6.00, la entrada general \$1.00 y la entrada a galería \$0.25 "estos bailes también se veían muy concurridos pero no eran tan ordenados como los del Nacional". (18)

No sólo en estos teatros se celebraban bailes de carnaval, también en el del Invierno, en el Hidalgo, en el Teatro Circo Orrin, y en otros de mala muerte en los que se llevaba a cabo verdaderas orgias.

(16) "El Siglo", Op. Cit., (5 de marzo de 1878).

(17) Op. cit., (9 de febrero de 1880).

(18) Op. cit., (17 de febrero de 1890).

Los socios del Club Francés organizaban a su vez un animado baile de Carnaval en los salones del "Círculo Francés", y naturalmente que en ellos se daban cita las familias más distinguidas de la colonia francesa que asistían en su mayor parte "con trajes de fantasía, resultando por lo tanto la fiesta muy animada, alegre y bastante concurrida". (19)

En el "Skating Rink", el martes de Carnaval se celebraba también un bonito baile en el salón al que, sólo asistían disfrazados los señores, algunos de los cuales portaban graciosos y originales disfraces; había de todo, cocineros, dominós, provincianos, aldeanos, cargadores, jockeys, cucufates, mosqueteros, arlequines, polichinelas, etc., eic., los que con semejantes trajes, patinaban al mismo tiempo que se dirigían finas sátiras causando la hilaridad de los asistentes, aumentando ésta por los porrazos que eran más frecuentes debido a los trajes de fantasía. "Concurrían a este baile, principalmente familias de la sociedad como las Castillo, Reyes Retana, Ramírez, Velasco, Dufóo, Garfias, Lozano, Pritchard, etc., eic." (20)

Los bailes de Carnaval que se celebraban en los teatros, solo en los primeros años de la época porfirista, fueron ordenados, y a ellos asistían familias de la buena sociedad, pero después, fueron invadidos por gente completamente prostituida, llevándose entonces a cabo, en lugar de reuniones ordenadas verdaderas orgías, por lo que se fueron ausentando poco a poco las familias decentes.

A partir más o menos de 1880, año por año, eran las mismas críticas en los periódicos, sobre todo para el Teatro Nacional, pues censuraban, que siendo el primer Coliseo de la República, se permitieran esas escandalosas bacanales en tiempo de Carnaval, pero como sucedía con todo, no se puso remedio y es de suponerse que si en el primer Coliseo pasaba esto, en los teatros de menor categoría ni que hablar

(19) "El Nacional, Op. cit., (1º de marzo de 1892).

(20) "El Siglo", Op. cit., 18 de febrero de 1893.

José María Alvarez, (21) dice que los bailes de Carnaval sufrieron esta transformación debido a la Intervención Francesa, pues entonces estos bailes eran muy ordenados, y asistían a ellos las damas más distinguidas y los caballeros de la alta sociedad, pero la Intervención transformó estas fiestas de Carnaval sanas y alegres en escándalos y orgías. . . "los bailes del Teatro Nacional, que eran punto de reunión de damas y caballeros, trocáronse en asilo de parranderos y cortesanas. A la ingeniosa broma y la fina sátira la sustituyeron el insulto y la Procacidad. Antes se iba a divertirse, a gozar, a bailar; después se fué a embriagar, a escandalizar, a prostituirse. Por eso vino decayendo en México el Carnaval hasta desaparecer".

Algunas personas de buenas costumbres no se hacían el ánimo de que el Carnaval se encontrara en tal estado de decadencia y acudían a los bailes con la esperanza de encontrar un verdadero baile de Carnaval, y no una asquerosa orgía, pero apenas penetraban en los teatros donde se celebraban los bailes sus esperanzas quedaban desvanecidas rápidamente pues. . ." al encontrarse en medio de una innoble marejada, sienten asquerosas náuseas, y apartándose del infecto grupo, miran con lástima y tristeza esa horrible caricatura de lo que en otro tiempo fuera un torneo de buen gusto y de elegancia" (22).

Por todas estas causas el Carnaval se fué acabando poco a poco en la Ciudad de México, hasta desaparecer, pues con dos o tres máscaras que paseaban cabizbajas el martes de Carnaval, y con la clase de gente que asistía a las orgías de los teatros, no se puede decir que dicha fiesta se celebraba dignamente.

JUEVES Y VIERNES SANTO.—SABADO DE GLORIA

El Jueves Santo, todo México sin distinción de clases desfilara por las iglesias para hacer la visita de las "siete casas".

(21) Op. Cit., p., 545.

(22) Ivan, *El Mundo Ilustrado*, México, (28 de marzo de 1909).

Pasaban por las calles en interminable procesión, grupos de artesanos vistiendo sus modestas ropas que estrenaban ese día, pues no celebraba dignamente el Jueves Santo el que no estrenaba vestuario completo, o si no podían darse ese lujo, estrenaban aunque fuera los zapatos o el sombrero, pero era de obligación ponerse algo nuevo. Se mezclaban a estos grupos los burgueses, vestidos con negras levitas, acompañadas del indispensable sombrero alto de seda, que pasaban orgullosos llevando del brazo a elegantes damas ataviadas ricamente", con lujosos ropajes de negro moaré y cubiertas con la clásica mantilla" (1).

Los aristócratas, que no prescindían de esta popular costumbre, portaban lujosísimos trajes negros, ellos impecablemente vestidos de levita cruzada y sombrero alto; ellas, con la clásica mantilla o sombrero de la última moda, nada más que esta clase mimada de la sociedad, no hacía el recorrido a pie, "pues se trasladaban de un templo a otro en sus lujosos carruajes tirados por dos hermosos caballos y con su cochero uniformado al igual que el lacayo que les abría la portezuela" (2).

Tanto en la mañana como en la noche, los templos se veían concurridísimos y como a las 12, las avenidas de Plateros y San Francisco, (*) se veía frecuentada por las familias más distinguidas de la sociedad.

Los templos, en este día se esmeraban en el arreglo de sus monumentos, sobresaliendo por el lujo de la decoración: la Catedral, San Francisco y la Profesa, "que año por año eran los que gustaban más a la numerosa concurrencia que los visitaba" (3).

El Zócalo presentaba el Jueves Santo un aspecto pintoresco, pues en el lado Sur de la plaza se establecía el mercado de las aguas frescas.

(1) Manuel Mañón, *Historia del Teatro Principal*, México, 1932, p. 221.

(2) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1901, p. 118.

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(3) "El Imparcial", México, (8 de abril de 1898).

Toda la calle se veía invadida por limpias barracas de lienzo, en las que se expendían aguas frescas de tamarindo, de jamaica, de piña, de chíá y de horchata, que eran la delicia de los transeúntes, que después de haber visitado las iglesias acudían a los frescos puestos a saborear su agua fresca.

Estos puestos eran vistosamente adornados, en su frente se colocaban flores y ramas verdes de las que colgaban juguetitos de barro y farolitos de hoja de lata.

Al frente de los puestos colocaban grandes vasijas de barro muy adornadas con guirnaldas de amapola y ramas de oloroso pino, descansando sobre montículos de fresca arena, y que contenían las aguas de chíá de tamarindo, de jamaica, de horchata, de melón, etc., etc.

"La vendedora del agua con su blusa blanca bordada de sedas y chaquiras multicolores, siempre estaba muy sonriente ofreciendo su mercancía a los acalorados paseantes" (4).

Ya para esta época "la chiera" (5) había cambiado muchísimo, y su vestuario apenas si era un remedo del que había sido en años anteriores.

Por la siguiente transcripción de un escrito de Guillermo Prieto, nos podemos dar perfecta cuenta de cómo era el vestuario completo de la "chiera" antes de 1877:

"...su compostura en esos días es extremada; enagua de muselina con maneras de listón y olán encarrujado y como el ampo de la nieve; sus pulseras y gargantilla de corales, su rosario y su relicario con cera de agnus, y en fin todas las medallas y amuletos que puede desde San Jorge contra los animales, hasta el Señor del Sacro Monte, las puntas de costumbre y el zapatillo ajustado, realzando el apiñonado cutis" (6).

(4) Mañón, *Op. Cit.*, p. 221.

(5) Nombre que se le daba a la vendedora de las aguas frescas.

(6) Guillermo Prieto, "Un puesto de chíá en Semana Santa", en el *Museo Mexicano*, México, III, p. 429.

Manuel Gutiérrez Nájera, veía con pena la transformación de la chiera y de sus puestos, y afirmaba que había llegado a tal estado dicha transformación, que los puestos que más bien parecían, "...cafés de encrucijada, con su pequeñas mesas, más o menos limpias, sus canapés desvencijados, sus vasos de cristal y sus meseras" (7).

Las personas de edad renegaban en contra de la nueva moda de celebrar el Jueves Santo, pues cuando la gente acudía a visitar las 7 casas en lugar de que se fuera a la iglesia con devoción y humildad, acudían la gente como si fueran a los toros o al teatro; las damas se emperifollaban hasta más no poder, y los largatijos, vagos, conquistadores, etc., etc., se dedicaban a florear a las muchachas. Todo queda reducido, decían las viejecitas, a un paseo "en que las jóvenes van hacer gestos al diablo y los jóvenes, esos hijos de Satán que ahora llaman espumosos, a ganar su pasaporte para los profundos infiernos" (8).

Otro de los lugares bastantes concurridos en este día, era la Alameda, sobre todo por la noche, pues se obsequiaba a la concurrencia con un concierto.

En este paseo se saludaba la aparición de las modas de verano... "de los frescos, de los vaporosos sombreros que la moda parisiense envía a nuestras bellas compatriotas para festejar el arribo de la Primavera" (9).

Después de acudir al concierto de la Alameda, regresaba la gente a sus casas a descansar, para poder acudir el Viernes Santo a todas las ceremonias.

El Viernes Santo, la aristocracia acudía a la ceremonia de las Siete Palabras, que era celebrada en todas las Iglesias, pero la gente se aglomeraba en la Profesa, pues era de fama la admirable ejecución que hacía "la orquesta dirigida por el maestro Camacho, de las "Siete Palabras" de Mercadante, que era a la vez

(7) "El Mundo Ilustrado", México, (11 de abril de 1897).

(8) Juvenal, "El Monitor Republicano", (7 de abril de 1889).

(9) Loc. cit.

cantada por las mejores voces existentes entonces en México” (10).

Por la tarde, las damas elegantes ataviadas con vestidos negros, acudían a la iglesia de su predilección, para dar el pésame a la Virgen, regresando en seguida a sus casas para no salir hasta el día siguiente cuando se abría la gloria.

En cambio, la mayoría de la clase media y todo el México bajo, acudían a la representación de las Tres Caídas, ya fuera a Tacuba, Coyoacán, Ixtapalapa, Ixtacaloc o Azcapotzalco, pues en los cementerios, o en los atrios de dichas iglesias se llevaba a cabo dicha ceremonia, la que, por ignorancia, y falta de cultura de los que la representaban, resultaba más bien una pantomima... “los indígenas, disfrazados de sayones, las mujeres piadosas disfrazadas con trajes que provocan risa, y cada una de las escenas que se producen, despiertan la hilaridad de las gentes” (11).

Naturalmente que una representación con esas características, no podía ser un acto piadoso, ni las gentes que lo observaban podían presumir de ser piadosos.

El aspecto que presentaban los mencionados pueblos en este día, era el mismo que tenían durante los días en que se celebraba alguna feria, pues “...las oleadas de gente se movían en todas direcciones, los comerciantes voceaban sus mercancías, el pulquero ofreciendo su curado en grandes vasijas, los jugadores invitando a la concurrencia a que apostaran en los albuces, en la ruleta o en la lotería” (12).

En fin, era un alboroto general que invitaba a todo menos a la devoción con que debería verse el drama de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, pues con las continuas libaciones que de toda clase de curados había hecho la mayoría de los asistentes, armaban bronca con todo el que se les paraba enfrente.

(10) Mañón, Op. Cit., p. 221.

(11) “El Mundo”, México, (18 de abril de 1897).

(12) “El Imparcial”, México, 8 de abril de 1898.

En todos los pueblos, la representación era más o menos la misma, y como para muestra basta un botón, voy a transcribir cómo se llevaba a cabo en Tacuba, siendo esto suficiente para formarse una idea más o menos completa de la representación en los demás lugares, pues como ya dije eran casi iguales.

Entre las noticias del periódico "El Mundo" del día 9 de abril de 1898 está la siguiente:

"Las Tres Caídas en Tacuba. — Concurridísimo se vió ayer el pueblo de Tacuba desde las 10 de la mañana hasta la caída de la tarde.

El cementerio del pueblo parroquial estuvo henchido de gente, al grado que para evitar mayor aglomeración, se cerraron las puertas.

Se paseaban con aire de triunfo, luciendo sus abigarrados trajes, los indígenas judíos. Algunos traían el rostro, pintado y todos cubrían sus cabezas con enormes cascos de cartón forrados de papel plateado.

El centurión Cornelio iba y venía en todas direcciones comunicando a sus secuaces las órdenes, abriéndose paso por entre la multitud a empujones y a puñetazos, lo que provocaba las burlas, los gritos y las injurias.

En uno de los ángulos se levantaba el palacio de Pilatos, representando a este personaje un hombre trigueño, grueso y de voz robusta, vestía una larga túnica desteñida.

La nota cómica de todo es el apuntador, que oculto entre unas cortinas indica a cada quién lo que tiene que decir y a lo mejor resulta que Pilatos habla por Malco y éste por Barrabás.

No faltó en las escenas la figura de Judas que sale con su bolsillo de monedas y viste una especie de sotana.

Después de que se ha leído la sentencia de muerte, se introduce la escultura al templo, seguida de la turba judía, más bien dicho de los indígenas disfrazados, y entonces comienza el sermón.

Las palabras del sacerdote se pierden en medio de la algarazada de la muchedumbre que pugna por salir, y formar tumulto, como lo había hecho al entrar al atrio.

Hubo algunas riñas y no pocos robos rateros, por lo que la policía tuvo mucho que hacer.

La presentación de las "Tres Caídas" dura tres horas por lo general.

La gente se dispersa, y una gran parte va en busca de descanso, a las calzadas, comiendo ahí alegremente debajo de los árboles".

Todos estos actos eran severamente reprobados por la gente culta, pues se preguntaban cómo el clero aprobaba estas burdas y ridículas representaciones, que daban lugar a que la gente cometiera irreverencias a la religión católica, pero año con año sucedía lo mismo, y no se ponía ningún remedio.

Al siguiente día que era Sábado de Gloria, había gran entusiasmo en la ciudad para quemar al traidor Judas.

Esta tradicional costumbre se llevaba al cabo a las 10 de la mañana, hora en que se abría la gloria y que eran echadas a vuelo todas las campanas de las iglesias, y los chicos hacían un ruido ensordecedor con las matracas.

Desde el día anterior, y a primera hora del sábado, los "juderos" andaban por las calles ofreciendo su mercancía, que los niños compraban con gran entusiasmo y los grandes también, para luego colgarlos, ya fuera en los balcones de sus casas, en los postes de las calles o a la mitad de la calle valiéndose de un cordón que cogía de cera a cera de los balcones, o de los techos de las casas (13).

Casi todos los años, algunas casas comerciales situadas en las calles principales, o en barrios populares de la ciudad, colgaban uno o varios judas frente a su establecimiento poniendo a algunos muñecos comestibles y dulces que la multitud trataba de arrebatar cuando el judas hacía explosión.

(13) Fanny Gooch, *Face to Face with the Mexicans*, New York, 1887, p. 274.

Las figuras que representaban los judas eran de lo más variado, pues unos remedaban "... acicalados catrines, otros monstruos con cabeza de elefante, caras de perico, de orangután, peladillo con cobija terciada al hombro y la indispensable botella de licor en la mano, charros con traje amarillo, enanos, lagartijos de sombrero alto, etc., etc., toda una variedad de tipos" (14).

En algunas ocasiones tenían lugar escenas chuscas, particularmente cuando tronaban los muñecos, por ejemplo, en una tocinería colgaban el judas frente al establecimiento, representando a un vendedor de manteca con su batea sobre la cabeza, "cuando tronó el mantequero, la manteca cayó sobre la multitud en grandes copos, que recogían los peladillos en su sombrero, pero no la conservaban ni cinco minutos, pues unos a otros se la arrebataban para embadurnarse la cara y la ropa" (15).

Otra escena parecida se registró frente a una dulcería, en la que también había colgado su judas, y que al explotar los cohetes de éste, desde la azotea de la dulcería, arrojaron dulces a la chiquillería, que esperaba ansiosa que tronara el judas para descuartizarlo.

"Cuando les arrojaron los dulces se avalanzaron sobre ellos y hubo pleitos y bofetones para poder coger algunos; los que se pusieron más listos y fueran los primeros en cogerlos rápidamente se los llevaban a la boca y al poco rato era de verlos con la lengua de fuera, y con grandes lágrimas, pues los dulces estaban rellenos de chiles piquines" (16).

Algunas veces los judas solían representar personas que por algún motivo el pueblo traía entre ojos, pero esta costumbre poco a poco fué desapareciendo, pues daba lugar a serios disgustos" (17).

Los dueños de algunas casas comerciales a veces se ponían espléndidos y colgaban al judas monedas que al explotar el mu-

(14) "El Mundo", Op. Cit., (18 de abril de 1897).

(15) Loc. Cit.

(16) "El Mundo", Op. Cit., (18 de abril de 1897).

(17) "El Mundo Ilustrado", Op. Cit., (19 de abril de 1903).

ñeco eran lanzadas al aire. "Otras veces, si el judas era colgado en una bizcochería le colgaban al cuello un rosario de piezas de pan, si de una zapatería, uno o dos pares de zapatos, con lo que bastaba pra que una verdadera multitud formada en su mayoría por peladillos, rodearan desde temprano al grotesco muñeco, esperando con ansia su fin" (18).

Cuando el judas explotaba, todos los que no estaban rodeándolo se asomaban a los balcones de sus casas, las señoras corrían de un lado para otro gritándoles a las sirvientas... "metan las pájaros porque se mueren con la pólvora" (19).

"Luego que estallaba el muñeco la multitud esperaba ansiosa que lo bajaran un poco para poder cogerlo y destrozarlo para demostrar así su odio al traidor, todo mundo quiere un pedazo del muñeco, la gritería unida a los ladridos de los perros que también formaban bola, era atroz. Cuando ya no quedaba más rastro del muñeco que el hilo en que había sido colgado, la multitud se dispersaba muy contenta de haber castigado al que por 30 monedas vendió al Divino Maestro" (20).

El gusto y el deleite con el que los niños hacían explotar al judas, era, para Federick Ober (21), sólo comparable con el que tienen los niños de Estados Unidos el 4 de julio.

El aristocrático Jockey Club (*) también quemaba su judas, distinguiéndose casi siempre por lo vistoso y bien hecho, este judas dejaba caer al tronar una lluvia de monedas "... sobre el pueblo plebeyo, que armó la gran gorda para celebrar aquella jura fenomenal" (22).

"Año por año las calles que tenían fama por las quemas de los judas eran las de Tacuba, Sta. Clara (actualmente también

(18) "El Nacional", México, (29 de marzo de 1891).

(19) Ibid.

(20) Fanny Coch, Op. Cit., (18 de abril de 1898).

(21) *Travels in México and Life Among the Mexicans*, Boston, 1887, p. 293.

(*) Actualmente Sanborn's.

(22) Juvenal, Op. Cit., (17 de abril de 1892).

Tacuba), Sto. Domingo, Guerrero, el Carmen, Sta. María y San Jerónimo" (23).

Pasada la hora de la quema la Ciudad poco a poco iba tomando su aspecto habitual, pues muchísimos comercios cerraban desde el jueves Santo y abrían precisamente el Sábado de Gloria a las 10, así que la animación volvía a reinar en todas las calles de México, pues "...había comenzado la Pascua florida en la que, como dice el Dr. Fausto en el poema de Goethe, parece que cada hombre celebra su propia resurrección" (24).

"EL CORPUS"

La fiesta del Corpus, uno de los tres jueves más importantes para la Iglesia, en la época porfirista, ya había perdido todo su esplendor de antaño, pues ya no se celebraba la tradicional procesión por las calles de México, bajo el brillante sol de junio, y el repique de las campanas de catedral.

Desde la Epoca Colonial, el Corpus era celebrado con gran solemnidad y el clero desplagaba jubiloso toda su pompa, esta fiesta sobre el fondo de su significación religiosa, tenía caracteres de fiesta profana y oficial. El pueblo se desbordaba jubiloso y las autoridades municipales se encargaban de colocar la lona que había de defender, a la procesión de los rayos solares, en lo largo del trayecto.

El pueblo admiraba a la vez los ricos ornamentos de la alta clerecía, y los vistosos y brillantes uniforme de las tropas que marchaban rindiendo culto al Sacramento.

(23) "El Mundo", *Op. Cit.*, (14 de abril de 1906).

(24) Gustavo Baz, *Un año en México*, México, 1887, p. 8.

“Relampagueaban al sol los zafiros de las mitras, los amatistas de los pastorales, las bayonetas de los soldados, y rompía el aire el acompasado y seco redoble de los tambores, y las gentes asomadas a los balcones arrojaban un sin fin de flores” (1).

Las calles por donde pasaba la procesión eran vistosamente adornadas, y el palio de seda que resguardaba la Custodia era sostenido por los vecinos más conspicuos, vestidos de rigurosa etiqueta.

Más tarde, la fiesta religiosa quedó reducida al interior de los templos, siendo la principal la celebrada en Catedral; la profana, quedó limitada a una especie de verbena celebrada en las afueras de la Catedral.

La Catedral era adornada magníficamente, con lujosos paramentos e incontables cirios que le daban el aspecto de una ascua de oro.

“Una multitud la invadía, y en sus espaciosas naves se llevaba a cabo la procesión, en las que alumbraban las cofradías, las hermandades, las asociaciones católicas, los representantes del Alto Clero y numerosas damas distinguidas que iban vestidas con negras toilettes y con elegantes mantillas” (2).

La Catedral era insuficiente para dar cabido al mundo de gente que asistía, por lo que, a la hora de la procesión, se formaba un tumulto espantoso. Los fieles se echaban materialmente sobre el Arzobispo y sus acompañantes, se empujaban, gritaban, decían groserías, las señoras pedían por piedad que no las estrujaran, los sacerdotes exhortaban a la gente para que se condujeran con más moderación en aquel respetable lugar, pero no hacían caso, hasta que intervenía para pacificar a los tumultuosos los miembros de la cofradía que hacían retroceder a los fieles a base de pescozones.

A la Catedral asistía tanto el México elegante como el México plebeyo, y a todos se les veía vela en mano, alumbrando detrás del palio.

(1) “El Mundo Ilustrado, México, (12 de junio de 1904).

(2) “El Monitor Republicano”, México, (21 de junio de 1889).

Las asociaciones religiosas portaban sus estandartes, y las damas y los caballeros sus escapularios bordados.

Era obligación para todos, ricos y pobres, estrenar vestidos, pues de no hacerlo así, no festejaban el Corpus debidamente; por eso la moda se veía representada en su totalidad, así "se veía por igual, faldas lisas, plegadas, bullonadas; sombreros altos, bajos, y deprimidos; plumas y lazos, es decir todo lo que entra en las confecciones de las damas" (3).

La fiesta profana, la llamada verbena del Corpus, se verificaba en las afueras de la Catedral, en donde se colocaban vendedores ambulantes, con sus puestos cargados de chucherías y golosinas que recorrían gustosos los niños, llevados de la mano del papá o de la nana.

Desde el Atrio de la Catedral, hasta el Zócalo estaba invadido por los puestos de fruta, de dulces y de juguetes.

Al Mercado de las Flores acudían las señoras, para comprar las flores y alfombrar con ellas el paso del Divinísimo, o también compraban hermosos ramilletes para obsequiar a los Manueles y Manuelitas, que en tal fecha celebraban su Santo.

La fruta especial de este día eran los dátiles, viéndose en todas partes cerros de éstos, pero también abundaban los aromáticos melones, las sandías, los mameyes, los mangos y los chava-caños.

En los puestos de juguetes se vendían las mulitas, hechas con hojas secas de plátano, y cargadas con huacalitos cuadrados o piramidales, llenos de fruta y adornados con flores, que eran el encanto de los chiquillos.

"También formaban parte de los típicos juguetes de este día, las famosas tarascas, nombre que se les daba a unas horribles máscaras hechas de cera, de madera, de papel o de barro, colocadas sobre un pedestal de tosca madera pintada generalmente

(3) "El Nacional", México, (8 de junio de 1890).

de verde, abriendo una boca enorme de monstruo, y enseñando unos filosos dientes" (4).

Junto a estos juguetes se veían curiosos rellenitos de cazuelas de barro y jarritos de diversos tamaños, curiosidades que se colgaban a los huacalitos que llevaban los niños en la espalda, pues a éstos se les llevaba a Catedral vestidos de inditos, con camisa y pantalón de manta, sombrero de palma, huaraches, su huacalito sobre la espalda lleno de fruta de la estación y adornado de flores y con curiosidades de barro, llevando algunos de ellos pajaritos o pollitos adentro de los huacales.

Los niños se paseaban orgullosos, sintiéndose muy hombres con sus enormes bigotes y patillas, pintadas con carbón.

A las niñas las vestían de inditas, colgándoles en el cuello todos los collares que tenían a la mano las mamás, en la cabeza un huipil y en las manos llevaban una jícara llena de frutas y de flores.

No faltaban en la popular fiesta los puestos de comestibles, consistentes en enchiladas y tacos de carnitas, y los de bebestibles como el agua fresca y el pulque curado.

Alrededor de todos los puestos se apiñaba la multitud ávida de llevarse a casa una mulita, o una tarasca como recuerdo del Corpus, o bien para saciar el hambre y la sed, y así volver a casa muy contentos de haber participado en la feria del Corpus.

La gente que asistía a la feria era la clase media y baja de la sociedad, pues la aristocracia, después de la ceremonia de la Catedral, subía a sus carruajes, daba una vuelta por las calles de Plateros,* y regresaban a su casa comentando los desórdenes de la procesión.

En Ixtacalco también se celebraba el Corpus con una solemne función religiosa, y en las plazas y en las calles tenían igualmente su verbena.

(4) *Loc. cit.*

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

“La gente acudía a este pueblo generalmente después de las tres de la tarde, paseaban a pie por las calzadas, o en canoa por las chinampas, haciendo el viaje varias familias para que les saliera más barato el paseo, pues de este modo nada más pagaban medio real por persona” (5).

Para darle más animación a la fiesta del Corpus, los canoeros organizaban regatas en las que no faltaba una nota de buen humor, o alguna pantomima con la que se daba fin a las regatas, por ejemplo, una chalupa era guiada por una indígena con su traje usual, y la otra era guiada por una india disfrazada de niña cursi, siendo la competencia muy reñida para obtener el primer lugar. En otras ocasiones los que se disfrazaban eran los indios, uno con su vestido de diario y otro con una levita raída y viejo sombrero alto; con estas diversiones los paseantes gozaban mucho.

“Al regreso no escaseaban los pleitos, todos querían regresar al mismo tiempo y los trenes eran insuficientes para tanta gente, no faltando además uno que otro iluminado que tomaba su baño de agua fresca y olorosa” (6).

En esta forma se celebraba el Corpus en el Porfirismo, extrañándole a Ignacio Altamirano (7) que la gente no añorara mucho la pompa y la procesión solemnisima del Corpus de antaño, llegando a la conclusión después de una larga reflexión, que el motivo de esta desaprensión de la gente, era la proximidad de la fiesta profana del 5 de mayo, a la cual le concedían quizá más importancia.

Esta explicación que se daba Altamirano, no puede tomarse muy en cuenta, pues hay que recordar que el Corpus es una fiesta variable la cual puede caer antes del 5 de Mayo, o bien después; yo creo que más bien lo que sucedía era que como la pro-

(5) Manuel Rivera Cambas, *México Pintoresco*, México, T. II, p. 495.

(6) “*El Nacional*”, *Op. Cit.*, (19 de agosto de 1890).

(7) *Paisajes y Leyendas, Tradiciones y Costumbres*. México, 1884. p.

cesión ya no se hacía en la calle con toda la solemnidad acostumbrada, poco a poco la gente fué perdiendo el interés de asistir a la procesión, que por más que se hiciera no igualaba el lujo, la solemnidad ni la animación de la de épocas pasadas.

"TODOS SANTOS Y MUERTOS"

Los días de Todos Santos y de Muertos, eran de fiesta para los habitantes de la Ciudad de México; era de obligación estrenar vestido y divertirse en grande a costillas de los muertos.

El día de Todos Santos, empezaba la diversión con un paseo por las Calles de Plateros (*) a donde se iba a lucir los trajes, después a medio día se paseaba en el Zócalo y por la noche en la Alameda.

La Plaza Mayor, al medio día, se veía muy concurrida, sobre todo por niños acompañados de sus papás que iban a los puestos de dulces y juguetes hechos exclusivamente para el caso, a comprar un recuerdo del día de muertos.

Los juguetes eran muy fúnebres, pero los niños gozaban con ellos como si se tratara de los juguetes más finos y bonitos que hubieran tenido.

"Toda la Plaza Mayor se veía invadida por multitud de puestos en los que se vendían toda clase de juguetes que representaban a la muerte en todos sus aspectos; en unos había curiosos ataúdes con su esqueleto adentro que al jalar de un hilo saltaba fuera de la tumba" (1).

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(1) Humbert Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz*, San Francisco California, 1887, p. 157.

Otro juguete y a la vez golosina de este día eran las calaveras de azúcar de todos tamaños y precios.

"En otros puestos había piras, tumbas de tejamanil pintadas a la cola y curiosos entierros, en los que desfilaban entre dos campanarios, con sólo dar vuelta a una manivela muchos frailes de cuerpo cónico y cabeza de garbanzo" (2).

Abundaban también en otros puestos símbolos de la muerte de color blanco, como calaveras, canillas, etc., etc., y muertos formados de papel encalado y garbanzos, parados sobre tejamaniles y unidos con goznes de mecate para figurar que avanzaban en dos filas y luego regresaban a su lugar, había también esqueletos de barro cuya cabeza, piernas y brazos, estaban sujetos por alambre en espiral que al moverse semejaban que bailaban una danza macabra.

Acompañaban a estos juguetes, los dulces de azúcar que en las barraquillas voceaban así: "calaveras y animitas a 4 y 8 las piecitas" (3), además había borreguitos y perros de alfeñique, figuritas de jalea y punche (dulce hecho con maíz azul y leche), y el famoso pan de muerto, calabaza en tacha, muéganos, gran variedad de frutas y toda clase de velas para poner las ofrendas o altares, "que mucho gente, sobre todo de la clase popular, acostumbra levantar para que los muertos, por la noche, saboreen tanta golosina, acompañadas de mole y pulque hechos en su honor" (4).

Para completar el alegre programa, por la noche en el Zócalo el Ayuntamiento obsequiaba a la concurrencia con un concierto y con ese motivo el jardín de la Plaza Mayor era adornado con globos de colores, y todo el México elegante se daba cita allí, las calles y principalmente las glorietas circundadas de sillas, eran verdaderos salones en donde desfilaban elegantes damas y hermosas pollas.

(2) José María Alvarez, *Añoranzas*, México, 1948, T. I. p. 430.

(3) "El Nacional", México, 5 de noviembre de 1890.

(4) *Loc. cit.*

En un salón se servían exquisitos vinos, cervezas, helados, café, chocolate y carnes frías.

El paseo se reducía a dar "vueltas y vueltas, miradas y re-mitidas, crítica por lo bajo, y también por lo alto, una pieza de música cada dos horas; y a las once como con campana, todo aquel mundo que se divertía en silencio, emigraba de allí para llenar los cafés y restaurantes de la moda" (5).

Los conciertos, por regla general se daban, además de primero y dos de noviembre, otros dos o tres días más, "y para asistir a todos, se vendían abonos que costaban \$ 3.00 por un caballero acompañado de las damas que quisiera, y la entrada eventual también por un caballero con varias damas costaba \$ 1.00" (6).

Había otro salón de conciertos en la Alameda instalado elegantemente, y por lo tanto era el preferido de la aristocracia para divertirse en las noches del primero y dos de noviembre.

La entrada a este salón se verificaba por el Pabellón Morisco, decorado primorosamente con plantas y flores; el paseo que unía a éste con la glorieta principal; estaba adornado con infinidad de espejos y arbustos que le daban magnífico aspecto. El salón más bien parecía una exposición de floricultura, por la cantidad de plantas y flores que eran colocadas allí.

La rotonda era formada en la glorieta principal, alrededor de la gran fuente, que era cubierta de heno, sobre el que lucía multitud de farolillos de diversos colores.

"Así que el salón de la Alameda se convirtió en el "rendez vous del high life en México" (7).

Era de rigor durante esta temporada el establecimiento de jacalones de titeres en la Alameda, a los que, los niños y las personas mayores no dejaban de asistir.

(5) Juvenal, "El Monitor Republicano", México, (4 de noviembre de 1877).

(6) "El Siglo XIX", México, (31 de octubre de 1884).

(7) "El Nacional", Op. Cit., (1º de noviembre de 1887).

En el lado Norte de la misma Alameda, se establecía uno de los jacalones, en el que se ofrecía al público tandas, en las que los títeres cantaban, bailaban y hacían mil cosas más. En otro, instalado en el antiguo atrio de la iglesia de Santa Clara,* pomposamente llamado "teatro", se cantaban óperas en miniatura, para que las que contrataban a cantantes "no tan de lo peor" (8).

Cada año era mayor la concurrencia a la Alameda, mañana, tarde y noche estaba llena de "paseadores y paseadoras"; en las mañanas de once a una, en las tarde de cuatro a seis y en las noches de nueve a doce. En todo este tiempo la animación no decaía ni un momento pues la música no cesaba de tocar. Por las noches, en lo que toca al alumbrado, no se podía pedir más, pues además de las luces de gas, se instalaban de 8 a 10 focos de luz eléctrica", que para entonces era excesivo lujo (9).

En 1890 el paseo de la Alameda no tuvo el éxito de otros años, y esto se debió a que la entrada fué gratis, lo cual a la aristocracia no le gustó, pues le parecía de mal tono codearse con la "cursilería", que tampoco asistió, pues a ésta le mortificaba alternar con la alta sociedad. En conclusión, la falta de concurrencia a este paseo se debió a que la entrada fué gratuita, "porque así somos los heroicos mexicanos así, como Dios nos ha hecho; cuando las diversiones cuestan rublos, no acudimos a ellas porque son caras, cuando son gratis, brillamos por nuestra ausencia porque es de mal tono ir a lo de balde" (10).

A partir de esta fecha los conciertos de la Alameda ya no volvieron a tener el éxito de antes, a pesar de que el arreglo del salón cada vez era más bonito, la fuente era decorada primorosamente, en el centro colocaban un ramillete de 5 mts. de altura, en el que las hojas eran figuradas con flores agrupadas caprichosamente; en torno de este bouquet se colocaban otros más chicos; esto unido a los juegos de agua que formaban los surtidores, pre-

(*) Actualmente Biblioteca del Congreso.

(8) Juvenal, "El Monitor", Op. Cit., (31 de octubre de 1886).

(9) *Ibid.*, (2 de noviembre de 1889).

(10) Juvenal, *Ibid.*, (19 de noviembre de 1890).

sentaba un aspecto magnífico. Pero ni con esto lograron los empresarios del salón que acudiera mucha gente (11).

La misma apatía se empezó a notar en los conciertos del Zócalo, por más luchas que hacía el Ayuntamiento para que no decayera, no lo consiguió, pues la gente no respondía; el salón se veía casi solo, reinando un ambiente monótono, frío; los pocos concurrentes que iban permanecían todo el tiempo sentados y callados, apenas si se miraban unos a otros, "cualquiera creería que iban a petrificarse, que eran personas fósiles o estatuas que simbolizaban el mutismo" (12).

Estas eran las diversiones del día primero de noviembre, ahora pasemos a las del día dos.

Este día la gente se dedicaba en la mañana y en la tarde a visitar los panteones, para dejar alguna ofrenda a un ser querido, o simplemente para ir a pasar el rato, pues la clase baja convertía este acto que debería ser solemne, en alegre día de campo.

Los principales cementerios con que contaba la Ciudad de México entonces, eran: "el Francés, el de la Piedad, el de Dolores, dos que había por el rumbo de la Villa de Guadalupe, el de San Fernando (cerrado ya para los nuevos pobladores), el Campo Florido, el Americano y el de los Angeles" (13).

La Calzada de la Piedad era una de las más concurridas en este día, pues conducía a dos panteones, el Francés y al de la Piedad; era curioso observar a la gente caminando a uno y otro lado de la carretera y de la vía, bajo la sombra de los chopos y de los álamos, con el gozo pintado en el rostro, y formando grupos más o menos numerosos.

Las familias llevaban cirios, crespones, ramos de flores, coronas de siemprevivas o de ciprés, cestas con comida y fruta y

(11) *Ibid.*, 6 de noviembre de 1892.

(12) *Ibid.*, (19 de noviembre de 1893).

(13) Ignacio Altamirano, *Paisajes y Leyendas, Tradiciones y Costumbres*, México, 1884, p. 178.

grandes garrafones de pulque, "todos contentos, como unas pascuas, más, ¡oh mucho más, que si fueran a las tandas!..." (14).

El blanco licor se veía por donde quiera, ya fuera en el lomo de un burro o una mula, o a veces un cargador lo llevaba en una gran castaña; (especie de barril de madera con asa de metal) "y a las mujeres, a los niños y a los ancianos por más pobremente que fueran vestidos no les faltaba su jarro de pulque". (15)

Todos caminaban formando gran algaraza, cantando y silbando, interrumpiendo de vez en cuando el paseo, para comprar tripitas, guacamole, enchiladas, etc., etc., que gran número de indias vendían en improvisados puestos a lo largo de la calzada.

Los trenes que transitaban por la misma iban atestados de gente, en los coches de primera clase, iban las damas correctamente vestidas de negro con el libro de oraciones y el rosario entre las enguantadas manos y con cierto tinte de melancolía en el rostro.

"En los coches de segunda clase viajaba la muchedumbre abigarrada, que fuma, come naranjas, bebe pulque, se pelea por el asiento armando una zambra infernal en el tranvía" (16).

Estas escenas eran idénticas en la Calzada de Guadalupe que conducía también a dos panteones, lo mismo que en la calzada que conducía al panteón de Dolores.

En el interior del panteón de la Piedad, se efectuaba una verdadera feria en la que tomaban parte multitud de personas sin cultura y sin moral.

Abundaban los desórdenes, sobre todo en los camposantos de las clases pobres; allí iban a parar cirios, flores, comida y pulque.

Al medio día, cuando los deudos empezaban a sentir hambre, tendían los manteles sobre los sepulcros, o si carecían de ellos, la yerba sepulcral los substituía perfectamente, y ya con la mesa lista, comían y bebían hasta saciarse.

Cuando el pulque empezaba a hacer sus efectos, se formaba una orgía general, se hablaba recio, se sollozaba, se maldecía,

(14) Juvenal, "El Monitor", Op. Cit., (9 de noviembre de 1890).

(15) Altamirano, Op. Cit., p. 180.

(16) "El Nacional, Op. Cit., (4 de noviembre de 1894).

se juraba y se desesperaba. A la hora que el sol se ponía, era preciso abandonar el panteón y la muchedumbre comenzaba a salir . . . "pero no como sale una muchedumbre abatida y llorosa, sino como se desencadenaban las turbas de la antigua Roma. Los grupos de mujeres desmelenadas aturdían con sus cantares y espantaban con sus gestos; los hombres se agitaban con violencia, reñían o se daban de puñaladas o bambalearon hasta caer. La calzada de la Piedad era un inmenso pandemonium y las primeras sombras del crepúsculo envolvían los últimos sacrificios del dolor" (17).

En el panteón de Dolores había de todo, gente moral y reverente y masas encanalladas que se ocupaban, unos en burlarse de los epitafios, otros de la ornamentación modesta usando un lenguaje que no era precisamente pulcro, y todos como si estuvieran en una feria reían y escandalizaban.

Los demás panteones eran más repetidos: "al del Tepeyac acudía poca gente, pero distinguida. El Francés, que era el preferido por la aristocracia, se distinguía por el buen gusto en las ofrendas florales que depositaban los deudos en las tumbas. En el Español y en el Americano reinaba el orden y el arte en el arreglo de los mausoleos" (18).

La última diversión que daba fin al día de muertos, era la representación del drama de Zorrilla, "Don Juan Tenorio", y para que esta pieza tuviera éxito, era de ordenanza que se representara precisamente el día de muertos.

En tal día era una obligación para el padre de familia el dar su "calavera, su muerto y su tlaco vuelto", y llevándoles a todos, inclusive a los criados, a presenciar las hazañas del Tenorio. "y aquella apreciable concurrencia va al teatro a su negocio, a llorar, a sentir, a creerse transportada a los tiempos que finge la leyenda, no a criticarse unos a otros como suele acontecer en nuestros grandes espectáculos" (19).

(17) Altamirano, *Op. Cit.*, p. 185-6.

(18) "El Siglo XIX, *Op. Cit.*, (3 de noviembre de 1892).

(19) Juvenal, "El Monitor", *Op. Cit.*, (9 de noviembre de 1890).

El Teatro Nacional, el Arbeu y el Hidalgo, se llenaban de espectadores entusiastas que gozaban con las hazañas del novio de Doña Inés; y no sólo en estos teatros que eran los principales de la Ciudad se llevaba a cabo la representación de este drama, sino en toda clase de teatros existentes, contándose entre ellos los de mala muerte, en los que es de suponerse": salía el Don Juan Tenorio destrozado y maltrecho" (20).

Asistir a la representación del Don Juan Tenorio, era el obligado a fin de fiesta, con el que los vivos celebraban a los muertos.

POSADAS, NAVIDAD Y REYES

Unos días antes del 16 de diciembre, se empezaban a establecer en la Alameda Central y en lado Sur de la Plaza Mayor, los puestos para las posadas y la Navidad.

En estos puestos pintorescos y atractivos se vendían las piñatas perfectamete adornadas, de variados colores y de diferentes estilos y dimensiones, había gran cantidad de juguetes, desde los de barro hasta los de fina porcelana que iban a parar a las casas de los ricos, también abundaban las figuras para poner los nacimientos, "algunas muy bien hechas y otras que no se sabía si eran mulitas o gatos soñolientos" (1).

Abundaban también las velitas de colores muy chillones para cantar la letanía, "luces de bengala para animar la "piñata y toda clase de fruta de la estación en gran cantidad" (2).

(20) *Ibid.*, (18 de noviembre de 1888).

(1) Juvenal, *El Monitor Republicano*, México, (18 de diciembre de 1892).

(2) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1900, p. 93.

Cada barraca de tela blanca ostentaba; ya los farolitos de colores que colgaban entre las hileras de velas y sobre los grupos de casitas, ya los montones de heno y lama, sobre los cuales brillaban los hilos plateados de escarcha. La animación de los "puestos" se comunicaba a todas las calles próximas a la Alameda, notándose por todas partes "la alegría, el alboroto de estas noches encantadoras, exclusivamente mexicanas, en que se celebran las posadas" (3).

La calle de Plateros (*1) en tiempo de pasadas presentaba mayor animación que de costumbre, y como a las seis y media de la tarde todos los que iban y venían a la Plaza de Navidad buscando todo lo necesario para las posadas, se juntaban con los que a esa hora terminaban su trabajo, y todos formaban grupos delante de los aparadores de los establecimientos mercantiles de esa calle, "que mostraban al público cerros de almendras cubiertas, montañas de turrón, dulces, caramelos y frutas de almíbar, que hacían que a más de una persona se le hiciera agua la boca" (4).

Tanto en la Alameda como en el Zócalo era un constante ir y venir de carruajes particulares o de alquiler, de los cuales descendían encopetadas damas de los primeros, y gente de la clase media de los segundos, pero todos con la mira de hacer una buena provisión de todo lo necesario para las posadas y la Navidad.

El mercado del Volador (*2) era otro sitio en el que abundaba todo lo necesario para una posada, y todas las tardes a partir del 16, acudía una multitud, en las que estaban representadas todas las clases sociales, a comprar ya fuera juguetes, colación, velitas, fruta, piñatas, etc.

El amplio local del mercado quedaba casi obstruído; los que acudían a comprar, estaban casi unos sobre otros, "y era un incitante salir de familias acompañadas de uno o dos mozos cargando grandes canastos llenos de toda clase de chucherías" (5).

(3) *El Mundo Ilustrado*, México, (24 de diciembre de 1905).

(*1) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(*2) Sitio que actualmente ocupa el edificio de la Suprema Corte de

(4) "*El Nacional*", México, (20 de diciembre de 1888).

Justicia.

(5) *Ibid.*

Las posadas eran esperadas con gran entusiasmo, y con anticipación se reunían varias familias para sortearse los días en que les iba a tocar "su posada", pues era una costumbre que las primeras ocho posadas se repartían cada una a distintas familias, y la novena la costaban entre todos, siendo de este modo la fiesta más variada y más económica (6).

Las familias a las cuales les tocaba cada día de posada, se comprometían a que en ellas iba a reinar la sencillez y la ostentación; pero este compromiso sólo se sostenía en la primera velada, y en ésta había sencillez en los trajes y en el decorado. Los juguetes de aguinaldo que se obsequiaban, eran bonitos pero de poco precio, ya que costaban un peso la docena, y los llenaban con colación de 0.50 cts. la libra. Después de que se rompía la piñata, se obsequiaba a los invitados con pastelitos de \$ 1.00 el ciento, con helados y vino generoso. La orquesta era buena, aunque muy reducida.

En la segunda posadas las cosas cambiaban por completo, pues ya se empezaba a notar un poco de lujo, tanto en los trajes de los asistentes como en lo que se obsequiaba a los invitados. Y así, en las noches siguiente, poco a poco iba aumentando el lujo y a los que les tocaban las tres últimas posadas, "tenían que hacer esfuerzos sobrehumanos para eclipsar a sus antecesores y salir del paso de una manera no muy desairada, consiguiendo esto, naturalmente, a fuerza de dinero". (7).

Las posadas, al transcurrir el tiempo, fueron sufriendo varias modificaciones, pues la gente grande y las personas serias encontraron que, después de cantar la letanía, no había motivo que se opusiera a que bailaran, y así, según la clase social de los invitados, después de que se rezaba y se cantaba la letanía, bailaban, ya fuera al son de una modesta guitarra y un bandolón, al del aristocrático piano, o bien con una música de cuerda, "y en vez

(6) Anacreonte, *El Siglo XIX*, (27 de diciembre de 1890).

(7) *Loc., Cit.*

de desparramar sobre los concurrentes el contenido de una olla repleta de confites duros como piedras y canelones corrientes, se reparían juguetes más o menos caprichosos, llenos de dulces finos y se obsequiaba con ponches y copitas de jerez" (8).

Posteriormente, en algunos hogares se suprimió el rezo, la letanía, y hasta el "nacimiento", quedando sólo el baile, ¡nueve noches de bailar continuo! "Pero el pueblo humilde no se contagió, ellos siguieron con su tradición, sobre todo los que vivían en casas de vecindad y en barrios apartados, continuaron poniendo su modesto nacimiento y haciendo sus posadas, según la primitiva forma". (9)

Juvenal, (10) dividió a las posadas en cinco categorías, que son las siguientes:

"1.—LAS POSADAS DE REZO.—La abuela con sus gafas, o la tía más tía de la familia, llaman en torno suyo a todos los habitantes de la casa, rezan la letanía, la novena, el rosario y a dormir los niños después de haber besado la mano de Papá. Los que asisten a estas posadas no perciben ni el olor de los confites.

2.—LAS POSADAS DE MUCHACHOS. — Se canta la letanía, se rompen una o dos ollas de cántaros, se comen confites y canelones, se charla un poco, y abrigarse, que las noches están frías.

3.—LAS POSADAS DE CONFIANZA.—Una especie de bailitos en donde se brinca al son del piano, una que otra noche acompaña la clave, un rascatripas, así se pasa la velada, no hay colación, agua fría y terrones de azúcar para la tos.

(8) Gustavo Baz, *Un año en México*, México, p. 215.

(9) *Ibid.*, p. 217.

(10) "El Monitor, Op. Cit., (26 de diciembre de 1886).

4.—LAS POSADAS FORMALES. — Bailes a escote, en que más paga el menos listo, bailes de candil, de cristal se entiende, con música de cuerda, juguetes finos, ponches y vinos calientes.

5.—LAS POSADAS DE RUMBO, que están pasando a la leyenda”.

Como puede verse, en la anterior división, cabían todas las clases de posadas, y la diferencia entre unas y otras podemos decir que se debía más bien a las distintas esferas sociales en que vivían los organizadores, y algunas veces también a sus creencias que no les permitían mezclar las posadas con el baile, o sea, lo sagrado con lo profano.

Las posadas más elegantes y que más éxito tenían, eran las que organizaba la colonia francesa, en las cuales el baile era de reglamento. A las 9 de la noche, el salón en el que se llevaba a efecto la posada, ya se encontraba lleno de una selecta concurrencia a la que se le daba unos cuadernitos con la letanía y los versos para pedir y dar la posada, y además se repartían las velitas de colores; ya todo preparado, empezaba el paseo en el salón, los peregrinos iban por delante seguidos de las pollas, “las cuales a su vez eran seguidas por los pollos”. Los papás que no iban en la procesión, la veían pasar, riendo de las ocurrencias con que de cuando en cuando era sustituido el ora pronobis.

Al terminar el canto y una vez concedida la posada, se procedía a romper la piñata y cuando alguien le daba el garrotazo final, tomaban los señores unas grandes charolas atestadas de juguetes muy bonitos, para repartirlos entre los asistentes, “y todos ya con su colación y muy contentos daban principio al baile, en el cual reinaba una gran animación y el mayor orden, repitiéndose esto las nueve noches seguidas para contento de los asistentes”. (11)

(11) “El Nacional”, Op. Cit., (27 de diciembre de 1890).

En la hacienda de la Castañeda también se organizaban bonitas posadas. La animación empezaba desde la Plaza Mayor, a las 7.30 p. m., hora en que salían los wagones que conducían a la Hacienda.

En medio de una gran alegría se organizaba el viaje, en el primer coche se instalaba la música, y los demás wagones iban repletos de gente entusiasta que partía en medio de los aplausos de los espectadores.

Parvadas de muchachos seguían al tren, algunos viajeros tiraban cohetes, y de vez en cuando se dejaba oír el canto de la letanía.

Cuando llegaba la comitiva a la puerta de la Hacienda, se bajaba y la música empezaba a tocar la letanía, la que todo el mundo cantaba recorriendo la gran calle del jardín. De la azotea de la hacienda salían multitud de cohetes, la prolongada procesión avanzaba entre hachones y globos de colores. Cuando se daba fin a todo esto, se subía a los salones de baile, que ya preparados y con todas sus luces encendidas, daban buena acogida a los asistentes.

La concurrencia a estas posadas era muy agradable y distinguida, pues las familias más conocidas de la buena sociedad llenaban el gran salón.

"Los hombres de edad, a los que ya no les gustaba el baile, se instalaban cómodamente en los salones de juego, en donde el ajedrez, el dominó y el ecarte, les hacían pasar agradablemente la velada". (12)

También Tacubaya tenía fama por sus elegantes y divertidas posadas, las cuales eran organizadas por las familias de la mejor sociedad, y a las que también asistía parte de la distinguida sociedad de México. (13)

Más o menos, por el año de 1890, se notó que la aristocracia empezaba a desdeñar las posadas, pues acordó celebrar sola-

(12) Juvenal, "El Monitor," Op. Cit., (21 de diciembre de 1894).

(13) Loc. cit.

mente la Noche Buena, dándole el calificativo de "cursi" a las posadas; "algún joven chic hasta la punta de las uñas, objetó, atusándose los bigotes, que esta es una diversión de cursis; que eso de la piñata y de la colación y de la procesión ¡puf! ¡que prosa!..." (14)

Pudiera ser que la razón de este desdén de la aristocracia hacia las posadas, se debió a que el Arzobispo de México prohibió a las familias católicas que mezclaran el baile con el rezo; entonces la clase media optó por suprimir completamente el rezo y se dedicó exclusivamente a bailar nueve noches seguidas, y la aristocracia mejor las suprimió por completo en sus hogares. (15)

A partir de entonces, la aristocracia se dedicó a asistir a las posadas de las iglesias de tono, y todos los días, más o menos a eso de las seis de la tarde, una escogida y distinguida concurrencia llenaba las iglesias de Santa Brigida *¹ y Santa Clara *² iglesias ambas en las cuales se celebraban las mejores posadas religiosas. "Multitud de carruajes se estacionaban en las puertas de los templos de la moda; las ceremonias terminaban a las ocho o después, y todas las lindas devotas vuelven a sus hogares, sin que siquiera les pase como mal pensamiento el baile de las jornadas. Así pasa sus posadas la elegancia mexicana". (16)

El broche de oro con el cual se cerraban las posadas era con la cena de Navidad. La noche del 24 de diciembre la ciudad entera se divertía, cada quien a su manera, pero todos celebraban la Navidad.

Los ricos la festejaban con bailes de gran etiqueta y banquetes opíparos, los menos afortunados con baile de vihuela y con modestas meriendas, pero todos bailaban y gozaban que era un gusto.

(14) Juvenal, Op. Cit., (17 de diciembre de 1893).

(15) Op. Cit., (23 de diciembre de 1894).

(*¹) Esta iglesia fué derrumbada, se encontraba en la avenida de San Juan de Letrán.

(*²) Edificio que actualmente ocupa la biblioteca del Congreso en las calles de Tacuba.

(16) Juvenal, Op. Cit., (8 de diciembre de 1895).

"La gente del pueblo completamente humilde, al llegar la Noche Buena, como no tenía mesas cubiertas con ricos mantos a donde ir a sentarse, se dedicaba primero, a quemar cohetes, pues todo el dinero de que disponía que era muy poco, lo gastaban en cohetes y se daban gusto lanzándolos al aire; cuando se les terminaban se iban a la misa de gallo, y al salir se encaminaban al Zócalo o a cualquiera otra parte, cantando, no muy entonados, al son de alguna guitarra". (17)

"Las familias de la alta sociedad también acostumbraban ir a misa de gallo, pero iban a las iglesias de moda, como eran: la Santa Veracruz, a la cual se entraba sólo con boleto, a Santa Brígida, o San Bernardo". (18)

A las 12 de la noche del día 24, los repiques de los templos, los cohetes, los cantos en los hogares y en la calle, anunciaban que los habitantes de la Ciudad de México, se divertían y celebraban con alegría la Natividad del Señor.

Esta alegre fiesta de la Navidad era seguida por la del 6 de enero, que era la fiesta de la Epifanía o de los Tres Reyes, la cual era considerada como un interesante evento social.

Esta fiesta consistía en una merienda que daba determinada familia a sus amistades, y en la cual se tenía que partir una rosca que contenía en sus profundidades una "haba".

Una vez que la rosca se colocaba en el centro de la mesa se procedía a partirla y a repartirla.

Aquel al que le tocara encontrar en su pedazo de rosca la haba, era llamado "rey" si era hombre y "reina" si era mujer. En seguida tenían que depositar la haba dentro de un vaso de una persona que ellos escogieran y de diferente sexo al suyo, quedando así escogida la pareja del rey o de la reina.

Designada la pareja "real", se tenían que dar un abrazo, pues desde ese momento eran compadres.

(17) Gustavo Baz, *Op. Cit.*, p. 217.

(18) Juvenal, "El Monitor", *Op. Cit.* (28 de diciembre de 1890).

El "rey" le tenía que hacer a la "reina" un regalo y además tenía que dar un baile, llamado baile de los compadres, (19) dentro del mes de enero; en este baile, los nombres de todas las damas se ponían en un papelito que se depositaba dentro de un sombrero, y los caballeros tenían que sacarlos "...el nombre de la dama que sacaba el caballero era su "compadre" por esa noche, a esto siguen muchos matrimonios". (20)

Así era celebrada la fiesta de la Epifanía o de los Tres Reyes en muchos hogares de la ciudad de México, con fiestas sencillas, en las cuales todos pasaban un rato agradable.

(19) Gustavo Baz, *Op. Cit.*, p. 17.

(20) Fanny Chambers Gooch, *Face to Face with the Mexicans*, New York, s. a., p. 272.

III—FIESTAS PATRIÓTICAS

"5 DE FEBRERO"

El 5 de febrero, aniversario de la promulgación de la Constitución de 1857, se llevaba a cabo una fiesta patriótica en la que tomaban parte principalmente, los estudiantes y los obreros.

Estas fiestas cívicas se desarrollaban según el programa que elaboraba la Comisión de Festejos.

Este programa era más o menos igual todos los años, las ceremonias empezaban a las 8 de la mañana, . . . "hora en que se reunían en la glorieta principal de la Alameda los diferentes clubes y las Asociaciones Mutualistas de los obreros y los estudiantes de las escuelas Nacionales, asistiendo también comisiones foráneas de estudiantes, una vez que la comitiva se organizaba recorría las siguientes calles: Av. Juárez, Puente de San Francisco, *¹ primera, segunda y tercera del mismo nombre, *² primera y segunda de Plateros, *³ Portal de Mercaderes, *⁴ frente de la Diputación, *⁵ Palacio Nacional y Catedral, Empedradillo, *⁶ Tacuba, Santa Clara, *⁷ San Andrés *⁸ y Av. de los Hombres Ilustres *⁹ hasta el Panteón de San Fernando". (1)

Quando toda la comitiva había llegado al Panteón de San Fernando, se daba principio a la ceremonia propiamente dicha, pues delante de la tumba de Benito Juárez, se leían discursos y poesías en su honor, ya fuera por los representantes de las Aso-

(*¹) Hoy Avenida Juárez (frente al Palacio de Bellas Artes).

(*²) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(*³) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(*⁴) En el Zócalo.

(*⁵) Hoy edificio del Departamento del Distrito Federal.

(*⁶) Hoy calle del Monte de Piedad.

(*⁷) Hoy Tacuba.

(*⁸) Hoy Tacuba.

(*⁹) Hoy Avenida Hidalgo.

(1) "El Siglo XIX", México, (5 de febrero de 1885).

ciaciones Obreras o de los estudiantes, y alguien también que representaba a los Constituyentes del 57. La ceremonia terminaba con la colocación de una corona "en el mausoleo del Benemérito de las Américas, tocando en ese momento las bandas el Himno Nacional, después de lo cual la comitiva se disolvía". (2)

Con frecuencia el "Club Constitución de 57" y la "Sociedad de Propaganda Democrática", organizaban alguna ceremonia para este día que también culminaba en el Panteón de San Fernando. (3)

Todas las calles por donde pasaba la comitiva eran adornadas, y a su paso, las gentes se asomaban a los balcones, "y no faltaba alguien que sintiéndose muy emocionado o emocionada, pronunciara desde el balcón algún patriótico discurso". (4)

En algunas ocasiones tomaban parte en los desfiles carros alegóricos, llamando mucho la atención uno en 1894, por la alegoría que representaba... "a la joven América coronando de laurel la cabeza del inmortal Juárez. Delante del busto de este eminente ciudadano se veía un libro abierto en el que se leía: CONSTITUCION DE 57". (5)

La noche del 5 de febrero, el centro de la ciudad se veía muy alegre, pues todos los edificios públicos y muchas casas particulares, presentaban sus fachadas profusamente iluminadas.

Mucha gente salía por la noche para ver la iluminación, "dirigiéndose después al centro de reunión que era la plaza de Armas, en donde una música de la guarnición daba bonitas serenatas hasta las 11 de la noche". (6)

(2) Ibid.

(3) "El Nacional", México, (7 de febrero de 1885).

(4) "El Monitor Republicano", México, (6 de febrero de 1885).

(5) "El Siglo", Op. Cit., (6 de febrero de 1885).

(6) "El Siglo XIX", Op. Cit., (6 de febrero de 1894).

Muchas veces, con motivo del aniversario de la Constitución de 1857, se inauguraban, ya fuera por el Primer Mandatario de la República, o por los presidentes de los Ayuntamientos, varias mejoras que se hacían por diferentes sitios de la ciudad.

En 1888 en Guadalupe Hidalgo se inauguraron, ... "tres escuelas públicas, una nueva Colonia llamada Carmen, unos magníficos lavaderos de mampostería con techumbre de lámina y tirantes de hierro, capaces para 80 lavanderas". (7)

También en el hermoso paseo del bosque de Chapultepec, se estrenó una nueva calzada "llena de fresnos y de flores, con amplia glorieta central, y artística fuente de cantería". (8)

En 1900 el Gobernador del Distrito Federal, Lic. Rafael Rebollar, inauguró la estatua de la Corregidora de Querétaro en el jardín de Santo Domingo.

La significativa ceremonia se inició con una obertura musical, continuando después con ... "las brillantes piezas oratorias de los señores Antonio de la Peña y Reyes, Idelfonso Estrada Zenea, Manuel Gutiérrez Nájera y los hermosos versos del poeta Juan de Dios Peza". (9)

En general así era recordado el aniversario de la Constitución de 1857, por los habitantes de la ciudad de México.

"2 DE ABRIL"

Con motivo del aniversario del asalto de la ciudad de Puebla, el 2 de abril de 1867 por las tropas republicanas al mando del jefe del Ejército de Oriente, Gral. Porfirio Díaz, se llevaban a cabo varias ceremonias en su honor.

(7) *Ibid.*, (11 de febrero de 1888).

(8) *Ibid.*

(9) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1900, p. 24.

En tal día, la principal consistía en una entusiasta manifestación que organizaban los integrantes del "Círculo Nacional Porfirista", y en la que tomaban parte las escuelas primarias y profesionales, comerciantes, agricultores, obreros de las fábricas de la capital y las diferentes sociedades mutualistas. (1)

La comitiva se reunía en el Paseo de la Reforma, en cuyo lugar se separaban por secciones, llevando cada agrupación sus banderas, y una vez organizados, se dirigían al Palacio Nacional donde los esperaba el Sr. Presidente. Cuando la comitiva llegaba al Zócalo, las campanas de Catedral eran echadas a vuelo.

Una vez frente al Palacio, se desprendía de la comitiva el grupo de oradores encargados de ofrecer al Sr. Díaz la manifestación; penetraban al salón de Embajadores donde estaba el héroe del 2 de Abril, el que, después de escuchar las elocuentes palabras que le dirigían, las contestaba agradecido y emocionado.

Al finalizar este acto, el Gral. Díaz salía al balcón central de Palacio, y en ese momento los manifestantes prorrumpían en vivas y aplausos al jefe del Ejecutivo, "él que, desde allí, presenciaba junto con el Cuerpo Diplomático el desfile ofrecido en su honor. (2)

Otra ceremonia que también se levaba a cabo año por año, era el simulacro de guerra que se hacía en el Hipódromo de Peralvillo, en Anzures, o en San Lázaro, nada más que ésta se efectuaba casi siempre, unos o dos días después del 2 de Abril, seguramente porque casi toda la mañana, de ese día el Presidente estaba ocupado en otras ceremonias.

Para asistir al Simulacro, el Gral. Díaz salía de su casa situada en la calle de la Cadena, * montando a caballo, acompañado de los generales del ejército y de los miembros del Estado Mayor.

"Al llegar al sitio del Simulacro pasaba revista a las tropas,

(1) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1903, p. 308.

(2) "El Mundo Ilustrado", México, (12 de abril de 1903).

(*) Hoy calle de Venustiano Carranza.

después de lo cual tomaba su sitio de honor en la tribuna oficial". (3)

Una tribuna, ya fuera en el Hipódromo, o en los otros sitios en donde tenía lugar el simulacro, era reservada para los miembros del Jockey Club, destinándose también varias sillas para las damas "... más cultas de la sociedad mexicana, anotándose entre ellas a doña Carmen Romero Rubio de Díaz, doña Amada Díaz de la Torre, doña Elisa Lynch de Camacho, doña Dolores Barrón de Rincón Gallardo, Sras. de Pearson, Kinmel, Osio de Landa, de Pablo Escandón, etc., etc. (4)

El Simulacro de Guerra consistía en las maniobras militares que hacían las tropas de las tres armas, con toda precisión y firmeza.

El Ministro de Guerra, y Marina, era el que dirigía las maniobras.

Con este acto se demostraba al Presidente, y a todos los que lo presenciaban, los últimos adelantos obtenidos en la instrucción del ejército.

Al terminar las maniobras, el Ministro se dirigía al Presidente para darle cuenta de los resultados obtenidos, "éste felicitaba al Ministro de la Guerra por su acertada dirección en las maniobras". (5)

Algunas veces el Gral. Díaz tomaba parte activa en los simulacros, siendo naturalmente, calurosamente ovacionado.

Mientras que terminaba el acto de condecorar a los señores jefes, oficiales e individuos de tropa, el Presidente del Ayuntamiento, suplicaba a las señoras pasaran a los improvisados salones en donde se les obsequiaba con un lunch; cuando las señoras

(3) Casasola, Pp. Cit., 1900, p. 37.

(4) "El Nacional", México, (4 de abril de 1895).

(5) *Ibid.*, (2 de abril de 1900).

terminaban, pasaban los caballeros a saborear los exquisitos manjares con que eran obsequiados. (6)

Estas eran las ceremonias, pudiera decirse oficiales, que anualmente se llevaban a cabo, pero en algunas ocasiones se celebraban ceremonias especiales, como sucedió en 1895, año en que se le impuso al Gral. Díaz la condecoración del 2 de Abril.

La condecoración le fué impuesta en un solemne acto que tuvo lugar en la Cámara de Diputados, siendo el encargado de imponérsela el Gral. Mariano Escobedo, después de haberle dirigido "...una breve y feliz alocución, haciendo notar la significación de aquella fiesta, en la que estaban representadas todas las clases sociales, calificó como se le merece, el heroico asalto del 2 de Abril". (7)

Terminado este acto, el Gral. Díaz tomó el mando de una compañía de honor que condujo las banderas desde el Congreso, hasta la Ciudadela. La comitiva presentaba un aspecto muy vistoso, pues todos los generales llevaban uniforme de gala, y todas las calles por donde tenían que pasar, estaban formando valla los soldados, y en la Ciudadela se encontraban los alumnos del Colegio Militar.

"Cuando el Gral. Díaz llegó, todos presentaron armas y los porta-banderas, fueron a depositarlas a su lugar, dando así fin al acto. (8)

En la noche del 2 de Abril se acostumbraba, darle una serenata al Gral. Díaz, la cual era amenizada por la música de alguno de los batallones. A esta serenata asistía muchísima gente.

Cuando daban las 10 de la noche se encendían bonitos castillos, y también grandes portadas en las que se leía, al encenderse, la fecha del 2 de Abril de 1867, o alguna frase en honor de Díaz. En seguida desde las torres de Catedral, se desprendían caprichosas lluvias de luces que producían bonitos efectos.

(6) "El Nacional", Op. Cit., (4 de abril de 1895).

(7) *Ibid.*, (3 de abril de 1895).

(8) *Ibid.*

Todos los balcones de Palacio se veían ocupados por distinguidas familias que iban a presenciar los fuegos artificiales de los que quedaban bastante satisfechos.

"A las once todo mundo se iba a sus casas, pues se acababan los fuegos y la serenata". (9)

En ocasiones, las juntas locales que tenía el "Círculo Nacional Porfirista", también agasajaban al Gral. Díaz, y así, en 1900, la de Tacubaya desarrolló un bonito programa cuyo primer número consistió en participar en la manifestación preparada por el "Círculo", en la mañana del día 2, y para la tarde de ese mismo día organizaron fiestas populares como circo, palo encebado, etc., etc., y por la noche dieron una bonita serenata y quemaron vistosos fuegos artificiales.

Además, se hacía una invitación general para que todos los habitantes de Tacubaya "adornaran sus fachadas, ventanas y balcones y por la noche los iluminaran". (10)

La Junta Local de la Villa de Guadalupe Hidalgo, a su vez, organizó unas fiestas "que consistieron en carreras de caballos, de bicicletas, y en sacos, maromas, fuegos artificiales, serenata y gran iluminación en los edificios públicos, particulares y en la plaza principal de la Villa". (11)

El 2 de abril, acudía muchísima gente a felicitar al Gral. Díaz, tanto funcionarios superiores como empleados de las oficinas, así como "los representantes de ambas Cámaras, los de la Colonia Oaxaqueña, y además recibía numerosas felicitaciones de particulares". (12)

Así, con todos estos actos, solemnes unos, populares otros, era festejado por todas las clases sociales el héroe del 2 de Abril.

(9) "El Siglo XIX", México, (3 de abril de 1895).

(10) "El Mundo", México, (13 de marzo de 1900).

(11) *Ibid.*

(12) "El Mundo Ilustrado", México, (9 de abril de 1905).

5 DE MAYO

El aniversario del triunfo del ejército mexicano sobre el francés, en la mañana del 5 de Mayo de 1862, era solemnizado en la ciudad de México con ceremonias oficiales y diversos actos populares, llevados a cabo en distintas partes de la misma.

El gobierno todos los años publicaba un programa oficial, para poner en conocimiento del público los actos con que se iba a conmemorar ese día, y así, pudieran asistir los que quisieran.

El primer número de este programa (1) consistía en izar el pabellón a las 5 de la mañana, el segundo consistía en una ceremonia en el Panteón de San Fernando en honor del Gral. Ignacio Zaragoza, héroe de la batalla del 5 de Mayo. A esta ceremonia asistía el Gral. Díaz, el Gobernador del Distrito, los representantes del Ayuntamiento, todos los empleados oficiales y los representantes de las diversas asociaciones obreras. Cuando todos estaban reunidos frente a la tumba de Zaragoza, el encargado de hacerlo pronunciaba un discurso en honor del héroe de la batalla.

En seguida, y este era el tercer número del programa, se dirigía toda la comitiva a la Plaza de la Constitución, en donde se efectuaba la lectura oficial de la descripción de la batalla del 5 de Mayo, terminada la cual, se pronunciaban discursos análogos y al dar fin a esta ceremonia desfilaban las tropas de la guarnición en columna de honor frente al Palacio Nacional.

El cuarto número tenía lugar a las 4 de la tarde en las plazuelas del Carmen, Tecpam y San Juan, y consistía en funciones acrobáticas. Además en la Alameda, y en otros paseos de la ciudad, se situaban también a partir de las 4, músicas que tocaban hasta las 6 de la tarde.

El quinto número del programa, anunciaba la iluminación de la Plaza de la Constitución y del Palacio Municipal, y tam-

(1) "El Siglo XIX", (4 de mayo de 1877).

bién "... espléndidos fuegos artificiales que se quemarían en el Zócalo a las 7.30 y que iluminaría con golpe de fuego la fachada del Palacio Nacional y las torres de Catedral". (2)

El último número del programa eran las funciones de obsequio en el Teatro Nacional, en el Nuevo México y en el Hidalgo:

Todos los años el programa oficial era más o menos el mismo, sólo presentaba en algunas ocasiones pequeñas variantes de escasa importancia, como era el cambio de hora o de lugar de alguno de los festejos, como el acto cívico que se llevaba a cabo en el Zócalo, el que años más tarde se efectuaba en la rotonda monumental de Chapultepec. Las funciones de obsequio de los teatros sufrieron modificaciones en su horario, pues en lugar de ser en la noche, las cambiaron para la tarde, con el fin de organizar en la noche, en esos mismos teatros, bailes populares. (3)

En los años siguientes a 1877, aumentó el número de teatros que daban funciones de obsequio, pues aparte del Nacional, del Nuevo México y del Hidalgo, las había en el Principal, en el Arbeu, en el Alarcón, en el Merced Morales, en el Novedades, en el Morelos y en el Salón de Zarzuela, también daban en esa fecha espectáculos de obsequio por la tarde, y organizaban bailes populares por la noche.

El 5 de Mayo, desde muy temprano, las calles de la ciudad se notaban sumamente concurridas, "... desde las preciosas pollas a la moda hasta las niñas de Necatitlán, Tepito y callejón del Monstruo, todas transitaban por nuestros boulevards (léase calle de Plateros *) mostrando sus encantos, sembrando sonrisas, recogiendo amores". (4)

El 5 de Mayo de 1881, se derrumbó la primera casa de la Alcaicería para abrir paso a la amplia y hermosa avenida que sirvió para prolongar la del 5 de Mayo, y así lo anuncia Juvenal di-

(2) Ibid.

(3) "El Nacional", México, (5 de mayo de 1882).

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(4) "El Monitor Republicano", México, (13 de mayo de 1877).

ciendo: "...la obra ha dado principio, dentro de poco, una gran calle rival de la de Plateros, comenzará en el atrio de la Catedral, y dará fin en el vestíbulo del Teatro Nacional". (5)

En 1885 se organizó una gran serenata en el Zócalo, en la que tomaron parte todas las bandas militares de los cuerpos reunidos en ese año en la capital. La gran serenata fué ejecutada por 500 músicos"... y produjo gran efecto, como no podía menos de esperarse". (6)

En ese mismo año, y también para conmemorar el aniversario del 5 de Mayo de 1862, se inauguró la Alameda de la Colonia de Sta. María de la Ribera. (7)

El desfile militar era otro de los actos que llamaba la atención, desfilaban los soldados que pertenecían a la infantería, a la caballería y a la artillería, presentándose muy bien armados y equipados. Desfilaban también las ambulancias y los carros de parque.

Los soldados de infantería desfilaban armados con el Ré-
mington de ordenanza, los de artillería con carabinas mexicanas hechas sobre el modelo francés, y los de caballería unos llevaban el rifle Henry, otros el Ré-
mington y otros el último modelo de Colt. (8)

En algunos años se llevaban a cabo en el amplio terreno de la "Vaquita" vistosas maniobras militares, en las que el Ejército Mexicano puso en práctica algunos ejercicios, a la vista del Presidente de la República, de algunos Secretarios de Estado y del H. Cuerpo Diplomático.

Cuando terminaban las maniobras, el General Díaz condecoraba a los jefes y a los oficiales a quienes les había sido conferida últimamente una condecoración, y a los supervivientes de la gloriosa batalla del 5 de Mayo les entregaba una gratificación

(5) *El Monitor*, Op. Cit., (8 de mayo de 1881).

(6) "*El Nacional*", Op. Cit., (7 de mayo de 1885).

(7) "*El Siglo*", Op. Cit., (2 de mayo de 1885).

(8) "*El Nacional*", Op. Cit., (7 de mayo de 1887).

de \$50.00, y para finalizar la ceremonia, pasaba revista a las tropas que habían tomado parte en el festival. (9)

Cada una de las ocho Demarcaciones de la ciudad, a partir más o menos de 1888, adoptaron la costumbre de celebrar su fiesta particular, en la que tomaban parte generalmente sólo los vecinos de las mismas.

Esta medida se adoptó para prevenir toda clase de desórdenes, impidiendo las tumultuosas aglomeraciones en un solo lugar. (10)

Cada Demarcación elaboraba su programa con anticipación, para después llevarlo a cabo punto por punto.

El primer punto del programa era igual en todas las Demarcaciones, consistiendo éste en izar la bandera en la inspección de policía y en los diferentes edificios públicos de cada Demarcación, saludando a la bandera con dianas, salvas y repiques a vuelo.

Después de este acto se llevaban a cabo diferentes ceremonias, pero todas con un solo fin, recordar al héroe de la batalla del 5 de Mayo.

Por las tardes, en las distintas plazuelas se organizaban ya fuera funciones populares de acróbatas, como sucedía en el Carmen, en Santiago Tlaltelolco, en Belén y en Regina, o en otras como en los Angeles, en Tepito, en San Antonio Tomatlán y San Sebastián. (11)

En las plazuelas de Tequesquite, Santa Ana y Tlaxcalantongo, el atractivo eran los palos encebados con diversas piezas de ropa y otros objetos como premio para los vencedores. (12)

En todas las Demarcaciones quemaban vistos fuegos artificiales, se corría el torito, y de las azóteas de las Inspecciones

(9) Gustavo Casasola, *Efemérides Ilustradas del México de Ayer*, México, 1901, p. 129.

(10) "El Siglo", Op. Cit., (6 de mayo de 1890).

(11) "El Mundo", México, (7 de mayo de 1901).

(12) "El Siglo", Op. Cit., (4 de mayo de 1894).

lanzaban constantemente globos figurando paraguas, niños, cruces, capas, etc., etc. (13)

También organizaban bailes, casi siempre uno de invitación en algún teatro o salón que correspondiera a la Demarcación que los había organizado, y el otro popular que se verificaba en los mercados, o en las plazuelas de las correspondientes Inspecciones. (14)

Al final del programa se hacía la recomendación a todos los vecinos, de que adornaran e iluminaran las fachadas de sus casas. (15)

En 1900 los fuegos artificiales que se quemaron en la Plaza de la Constitución, fueron construidos por famosos pirotécnicos de México y de Puebla, por lo que resultaron muy vistosos, "... recordamos un cuadro formado con luces verdes de bengala, en el centro del cual se destacaban con luces rojas y azules, las iniciales I. Z., una torre imitando la de un castillo de la Edad Media; una pieza que al desenvolverse, resultó figurar un candil sosteniendo 12 focos de colores variados; un cuerno de la abundancia que arrojaba ruedecillas imitando piezas de oro y luces de las más variadas combinaciones, una ancla muy bien ejecutada y formada con luces de bengala". (16)

Aparte de los fuegos se elevaron globos aerostáticos que por medio de una combinación, lanzaban en el espacio cohetes y guiraldas formadas con luces de bengala.

Durante todo el tiempo que duraron los fuegos artificiales, la música del 21º Batallón estuvo tocando en el Zócalo, dándole así mayor animación a la fiesta, que terminó a las 10 de la noche. (17)

En algunas ocasiones el programa preparado para en la tar-

(13) "El Mundo", Op. Cit., (7 de mayo de 1897).

(14) "El Nacional", Op. Cit., (6 de mayo de 1894).

(15) "El Siglo", Op. Cit., (3 de mayo de 1890).

(16) "El Mundo Ilustrado", México, (13 de mayo de 1900).

(17) Loc. cit.

de en la Plaza de la Constitución, no se podía llevar a cabo a causa de las lluvias; cuando empezaba a llover, parte de la gente corría a sus hogares, otra a resguardarse a los portales con la esperanza de que parara pronto la lluvia, pero a veces parecía que la naturaleza se confabulaba en contra de la fiesta y el agua no paraba en toda la tarde y parte de la noche, los adornos de la ciudad se marchitaban, las calles y la Plaza de la Constitución se cubrían de aguas lodosas que impedían que la gente permaneciera en ellas, y como es de suponerse los juegos pirotécnicos y la audición de la Banda de la Policía, no se llevaban a cabo, por lo que la gente se retiraba descorazonada a sus hogares, pues no habían podido celebrar el aniversario del 5 de Mayo como estaban acostumbrados. (18)

En Tacubaya, también organizaban festejos para celebrar el acontecimiento que vengo refiriendo; de éstos los que más llamaban la atención eran las carreras de caballos, de burros y a pie, y también las funciones de circo, y la función dramática en el Teatro de la Primavera, y a la que eran invitadas las principales familias de la localidad. (19)

En Guadalupe Hidalgo se celebraba el glorioso aniversario con gran solemnidad y entusiasmo, "...al asomar la aurora, las sonoras campanas de la Colegiata anunciaron el principio de la patriótica fiesta, acompañando sus repiques a vuelo, las bandas de música con sus alegres dianas y el estrépito animador de cámaras y cohetes". (20)

Todos los años, el 5 de Mayo, por donde quiera, hasta en la plazuela más insignificante de la ciudad, había alegría, regocijo, entusiasmo, para festejar el glorioso aniversario de la batalla, y había también sinceridad y emoción en toda la gente, para rendirle homenaje al héroe de la misma, a "Ignacio Zaragoza".

(18) "El Diario del Hogar", México, (8 de mayo de 1907).

(19) "El Mundo", Op. Cit., (3 de mayo de 1904).

(20) "El Siglo", Op. Cit., (7 de mayo de 1877).

"15 Y 16 DE SEPTIEMBRE"

El aniversario de la Independencia de México es la fiesta que todos los años es celebrada por los mexicanos con gran entusiasmo, tomando parte en el regocijo general, la clase baja, la media y la alta de la sociedad.

Los festejos con los que se conmemoraba dicho aniversario en los años de 1877 a 1910, eran en su mayoría populares, en ellos tomaba parte la masa del pueblo, y la gran cantidad de fuereños que visitaban a la ciudad en esos días, pero también había ceremonias oficiales en Palacio y en algunos otros sitios, que eran presididas por el Presidente y sus Secretarios, asistiendo a estos actos damas y caballeros de la sociedad capitalina.

Como en las otras festividades patrióticas, también en ésta, se elaboraba un programa oficial, siendo el Ayuntamiento el encargado de cumplir con este punto, y contando para esto, con la ayuda de las autoridades políticas y militares.

Dicho programa contenía los actos con los que se celebraría el glorioso aniversario, los días 15 y 16 de Septiembre. Entre los del día 15, el principal era el señalado a las 11 de la noche, hora en que el C. Presidente "...vitoreará la Independencia, y a la misma hora una salva de artillería, las dianas de las bandas de los cuerpos de la guarnición, y un repique general, recordarán al pueblo el momento en que se proclamó su emancipación". (1)

El día 16, el primer acto consistía en izar la bandera nacional al toque de diana, en todos los edificios públicos, recorriendo en seguida las músicas militares las calles de la ciudad.

A las 8 de la mañana se reunían en la sala de Cabildos el Gobernador del Distrito, el Ayuntamiento, los veteranos de la Independencia y los empleados y funcionarios públicos para dirigirse al Palacio Nacional, con el fin de acompañar al Presidente de la República por la Plaza de la Constitución, calles de Plate-

(1) "El Siglo XIX", México, (13 de Septiembre de 1877).

ros y San Francisco,* a la Alameda en donde tenía lugar una sencilla ceremonia en la que pronunciaban discursos y poesías distinguidos abogados y literatos de la época, contándose entre éstos a los licenciados Manuel Calero y Sierra, Alfredo Chavero, y los poetas Amado Nervo y Juan B. Delgado, disolviéndose después de esto la comitiva.

En seguida, las fuerzas de la guarnición desfilaban en columna de honor frente al Palacio Nacional.

A las cuatro de la tarde, había funciones gratis en varios teatros, anotándose entre ellos, el Arbeu, Guerrero, los Autores y Democracia.

También, desde las cuatro de la tarde había música en los paseos, y en las calles de Plateros, hasta la Av. Juárez, y a las 7.30 p.m. "se quemaban los fuegos artificiales en la Plaza de la Constitución y en la línea de Plateros y Av. Juárez; después otra vez había funciones de obsequio en varios teatros de la ciudad". (2)

Estos eran los principales puntos del programa que año con año se llevaban a cabo, pero no en todos era exactamente el mismo.

El General Díaz, para trasladarse de Palacio a la tribuna monumental de Chapultepec, o a algún otro sitio en el que se llevara a cabo la ceremonia patriótica del día 16, "hacía el recorrido con sus Secretarios de Despacho y los representantes de las Cámaras de Diputados y Senadores, los Magistrados de la Suprema Corte de Justicia, del Tribunal Superior del Distrito y del Supremo Tribunal Militar, los Oradores Oficiales, el Consejo de Gobierno y el Ayuntamiento de la capital en carruajes descubiertos por las calles de Plateros, San Francisco, Av. Juárez, Patoni *1 y Paseo de la Reforma, el cual durante todo el trayecto era aclamado por el pueblo que esperaba ansioso el paso de la comitiva". (3)

(*) Hoy Avenida Francisco I. Madero.

(2) Ibid.

(3) "El Diario del Hogar", México, (15 de septiembre de 1908).

(*1) Hoy Avenida Juárez.

"El día 15, a las 11.30 p.m., se efectuaba un suntuoso baile en el Teatro Nacional, al que concurrían las familias más aristocráticas de la capital, como eran las familias del Sr. Delfín Sánchez, Santacilia, González Cosío, Romero Rubio, Martínez de Castro, Dublán, Bustamante, los Ministros de España, Italia, Argentina y Francia acompañados de sus esposas, y muchas personas más, todas ellas distinguidas". (4)

No solamente en este teatro se organizaban bailes, pues en esta noche los había en todos lados. Al Teatro Nacional, como ya hice notar, asistía la aristocracia, la gente de dinero, de influencias, de abolengo, pero en el Teatro Principal se organizaba otro al que asistía la clase media; el del Teatro Arbeu para los "cursis" y "pepitos", en el Teatro Hidalgo para gente de terceros patios, y en el Zócalo ¡el pueblo soberano! "...en este sitio se formará un gran salón para que entre a brincar todo el que quiera". (5)

También con motivo de las fiestas patrias, tenía lugar en la Alameda en un salón improvisado, una sencilla ceremonia en la que se les repartía a los niños desheredados de las escuelas gratuitas, dulces y juguetes, repartición que tenía lugar uno o dos días después del 16, o el primer domingo después de esta fecha.

En toda la amplia avenida de la Alameda eran distribuidas las mesas que ostentaban, "...cuanto puede soñar la imaginación de un niño que jamás ha tenido la fortuna de poseer un juguete aristocrático. Carruajes, baterías de cocina y juegos de café y cuantas preciosidades se ven en los aparadores de las jugueterías europeas, estaba allí, nuevo, atractivo, flamante". (6)

Estimadas damas de la sociedad, contándose muchas veces entre ellas a la Primera Dama, doña Carmen Romero Rubio de Díaz, eran las encargadas de poner en las ansiosas manos de los chiquillos los codiciados juguetes y dulces, que los hacían sen-

(4) "El Nacional", México, (17 de septiembre de 1889).

(5) "El Monitor Republicano", México, (31 de julio de 1887).

(6) "El Nacional", Op. Cit., (18 de septiembre de 1889).

tirse los seres más afortunados sobre la tierra. "Además se les obsequiaba con funciones gratuitas de títeres, de prestidigitación, se elevaban globos aerostáticos, en fin, el Ayuntamiento hacía todo lo posible porque estos niños desheredados de la fortuna pasaran un rato agradable". (7)

El día 15, a las once de la noche, hora en que el Presidente daba el "Grito", no se podía caminar por las calles principales de la ciudad, y sobre todo en el Zócalo pues, "... tal es la multitud que las invade desde el anochecer hasta las once, en que don Porfirio, desde el balcón de Palacio da el Grito, suenan los cañones y redoblan las campanas de la Iglesia". (8)

En esta noche reinaba gran entusiasmo; en la Plaza Mayor tenía lugar una animada verbena, la gente invadía hasta el atrio de la Catedral, "... y todos aquellos ciudadanos cantaban y bebían que era un gusto, música de cuerda, gallos, vítores, gritos y muchísimas riñas". (9)

En el solemne momento del "Grito", se iluminaban con luces de bengala las azoteas de los edificios públicos y particulares que circundan la Plaza, en la que había grupos de bomberos para lanzar desde este lugar numerosas luces, "... y las salvas de artillería, las músicas de la guarnición y los repiques a vuelo en todos los templos de la capital, anunciaban que el pueblo mexicano celebraba agradecido el aniversario de su Independencia". (10)

Una de las cosas que más llamaba la atención en esta noche era la iluminación de la ciudad, pues en la mayor parte de los edificios "brillaban cintas de luces de gas, linternas de lujo o faroles chinos o venecianos; se destacaban por su hermosa iluminación los edificios del Jockey Club* y del Banco Nacional". (11)

(7) "El Monitor", Op. Cit., (13 de septiembre de 1891).

(8) Nicolás Rivero, *Recuerdos de Méjico*, Habana, 1911, p. 58.

(9) "El Monitor", Op. Cit., (17 de septiembre de 1884).

(10) *Ibid.*, (13 de septiembre de 1891).

(*) Actualmente Sanborns.

(11) *Ibid.*, (17 de septiembre de 1884).

El 15 de septiembre de 1896 se colocó la campana de la Independencia sobre el balcón principal del Palacio Nacional, viéndose por lo tanto la ceremonia del "Grito" más concurrida que los años anteriores, pues sobre todo gran número de fuereños no quisieron perderse el momento en que el Presidente tocara la tradicional campana; "por cierto que los dos toques que dió el Presidente, apenas si se oyeron, pues cuando dieron las once, se iluminó el resplandor formado con focos eléctricos alrededor de la campana, lanzando en este momento los miles de ciudadanos una exclamación de sorpresa y de gusto, que opacó los tañidos de la histórica campana". (12)

Por lo general, todos los años, varios de los Estados de la República, mandaban hacer arcos florales que eran colocados en las esquinas de las calles principales, llamando muchos de ellos la atención por lo original de su construcción. En 1899, la distribución de éstos fué la siguientes: "El arco de Tabasco, ocupó la entrada de la Av. Plateros. Era de elegante sencillez por lo que llamó mucho la atención.

El de Sonora se colocó en la primera calle de Plateros.

El de Morelos fué formado de plantas y flores, y tenía en la parte superior del lado oriental un retrato del héroe José María Morelos. Estaba situado en la esquina del templo de la Profesa.

"El arco de Durango se erigió al terminar la tercera calle de S. Francisco:

"El de Chihuahua en la esquina del Jockey Club.

El de Hidalgo estaba al comenzar la Av. Juárez.

El de Chiapas se alzó frente al callejón de Coajomulco. (*1)

La parte decorativa que costeó el Gobierno de Veracruz ocupaba todo el costado Sur de la Alameda.

(12) Ibid., (17 de septiembre de 1896).

(*1) Hoy José María Marroqui.

El de Guanajuato se veía en la desembocadura de la Calle Nueva.

El de Puebla estaba en la calle de San Diego frente al Hospicio.

El de Yucatán ocupaba la desembocadura de la calle de Humboldt y el de Campeche en frente de la calle de Balderas.

El de Oaxaca estaba a la entrada de la Calzada de la Reforma". (13)

"El día 16, en la mañana, el Presidente visitaba todos los arcos, después de lo cual se preparaba para presenciar el desfile de carros alegóricos que recorrían el trayecto comprendido entre el Paseo de la Reforma y el Palacio Nacional, pasando por la calle de Patoni, frente de Palacio, Portales de las Flores y la Diputación, (*) calles del Refugio, (**) Coliseo (***) y la primera de la Independencia en donde se disolvía". (14)

Los carros que desfilaban, los patrocinaban las principales casas comerciales y fábricas, las Secretarías de Estado, algunas escuelas de la ciudad, los Ferrocarriles del Distrito y algunos establecimientos ya fueran oficiales o particulares.

"Los carros desfilaban acompañados de numerosas bandas de música, que hacían el desfile como es de suponerse más alegre y animado". (15)

Algunas veces, no solo los Estados hacían la creación de los arcos florales, pues muchas veces pueblos de los alrededores de la ciudad hacían lo mismo; en 1883 los labradores de Ixtacalco levantaron un arco que parecía trabajo chino, por la curiosidad con que estaba hecho. El material que se empleó para su elaboración fueron flores y legumbres" ... allí campeaban las rosas, anémonas y fuxias, junto a los rábanos, las zanahorias y

(13) "El Mundo Ilustrado", México, (24 de septiembre de 1899).

(*) Sitio que ocupan hoy en la Plaza de la Constitución los edificios del Departamento del Distrito Federal.

(**) Hoy Avenida 16 de Septiembre.

(***) Idem.

(14) "El Nacional, Op. Cit., (14 de septiembre de 1899).

(15) Loc. Cit.

las lechugas. Este arco estaba en la esquina de los callejones de Santa Clara (*) y Espiritu Santo (**). (16)

También las colonias extranjeras residentes en México, como la francesa y la italiana, levantaban artísticos arcos.

En 1893 se quemaron unos juegos pirotécnicos muy curiosos y originales, sinedo por lo tanto del agrado del numeroso público que esperaba impaciente la iniciación de los mismos, pues con unos días de anticipación ya había empezado a correr el rumor de que iban a estar muy bonitos.

Estos juegos se pusieron frente al costado Oriente del Zócalo, y estuvieron bajo la dirección del Sr. Mayor de Artillería D. Manuel Sánchez Mondragón y del Teniente D. Albino Villegas.

Los juegos consistieron en, "...unas obras de defensa llamada de "Corona" compuestas de flancos, caras y cortina. Detrás de la cortina había unas torres de defensa y dentro de cada bastión una torre acorazada".

"En la línea de fuego se veía una línea de soldados con cabezas de cartón, y en el ancho espacio comprendido entre Palacio y el Zócalo, había grupos de 4 soldados de cartón en actitud de apuntar con fusiles de cohetes".

"Frente a la puerta principal de Palacio estaba un general de cartón montado en un briso caballo y teniendo a su izquierda un clarín de órdenes". (17)

La gente estaba impaciente por ver los juegos, y cuando ya empezaban a fastidarse, hubo un incidente que aprontó la inicia-

(*) Hoy calle de Motolinía.

(**) Hoy callejón del 5 de mayo.

(16) "El Mundo", México, (14 de septiembre de 1883).

(17) "El Nacional", Op. Cit., (16 de septiembre de 1893).

ción de éstos, saliendo por lo tanto beneficiada la gente, y fué que una chispa de uno de los cohetes que estaban lanzando desde Catedral cayó sobre los defensores del bastión izquierdo de la fortificación, comenzando de una manera inesperada el tremendo tiroteo, que a cada momento se hacía más nutrido, a tal grado que parecía un asalto de verdad.

"...Al llegar los primeros asaltantes al glacis de la obra, comenzaron a estallar las minas que se disolvían en nubes rojizas entre las cuales aparecían bombas azules, verde y blancas".

"El fuego era cada vez más rápido, las bandas tocaban el entusiasta ataque, los cañones retumbaban arrojando rojas granadas y las torres acorazadas enviaban lluvias de fuego".

"De repente toda la fortificación se iluminó de verde, blanco y encarnado, y en ese momento la torre se convirtió en fuente luminosa, entre cuyos chorros de colores apareció una soberbia pintura representando al Gral. Díaz montando a un airoso corcel. Todavía se prolongó el ataque por algún tiempo, pero al fin estallaron nuevas fogatas, el defensor rechazó al enemigo y las bandas tocaron diana. El efectos fué admirable". (18)

Una de las cosas de rigor del día 15, que aunque no estaba en el programa, casi nunca fallaba, era el tremendo aguacero que se desataba, dejando convertidos a los fiesteros en verdaderas sopas.

Cuando la lluvia empezaba un poco antes del "Grito", la gente no se movía de su lugar, seguía allí impasible, como si nada malo sucediera, muchos iban prevenidos con sus paraguas, pero la mayoría no, y cuando el Presidente lanzaba los vivas de rigor, que la multitud coreaba, esta se desbandaba rápidamente; unos se subían en "calandrias", otros se refugiaban en los cafés y restaurantes cercanos a la Plaza, y muchos que no encontraban ya, donde meterse, terminaban la noche en un estado verdaderamente lastimoso, pero muy contentos porque habían asistido a la ceremonia del "Grito".

(18) Ibid.

También en esta ocasión, y con mayor razón por ser la conmemoración más importante, todas las demarcaciones elaboraban programas para festejar el magno aniversario, lo mismo que en todos los poblados cercanos a la Capital como en Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Coyoacán, Tlalpan, Guadalupe Hidalgo e Ixtacalco, se hacían sencillas y simpáticas ceremonias, el caso era recordar la fecha en todas partes pues el regocijo era general, contagiándose de él, hasta la familia más humilde, que quizá disfrutaba de la única fiesta a la que asistían en todo el año.

Las fiestas en las diferentes demarcaciones y en los poblados citados, eran cortadas con el mismo patrón, es decir en todos estos lugares, el día 15 por la mañana en las plazas correspondientes, se levantaban templete para las músicas y para los oradores que pronunciaban discursos alusivos a la festividad.

Por la tarde, también en las plazuelas tenían lugar carreras de todas las clases imaginables, se organizaban carreras de caballos, de mulas, de cochinos, de perros, en bicicleta de velocidad y de lentitud, de tortugas, de velocípedos, a pie, en sacos, de gallinas y hasta una llamada de polvorones.

Voy a explicar brevemente en que consistía la carrera de gallinas y la de polvorones, pues las demás no creo necesario hacerlo pues es de imaginarse como eran.

Estas carreras de gallinas y de polvorones fueron organizadas por la séptima demarcación, en el año de 1908, y se llevaron a cabo en los alrededores de la Alameda de Santa María. En la carrera de gallinas, se trataba de que un grupo de señoritas "arriara" a otro de gallinas procurando cada quien que la suya fuera la primera "... la originalísima idea dió origen a incidentes de mucha gracia, los volátiles, al sentirse conducidos de una manera a la que no están acostumbrados, trataban de huir, y no siempre por donde lo deseaban sus conductoras". (19)

La carrera, de polvorones, consistía en lo siguiente:

"Varias señoritas tenían en su poder polvorones, y un nú-

(19) "El Mundo Ilustrado", Op. Cit., (20 de septiembre de 1908).

mero de caballeros igual al de las señoritas, tenían que partir de determinado lugar con el nudo de la corbata deshecho, y en dirección a donde se encontraban las señoritas, las cuales, cuando llegaban los caballeros les tenían que hacer los nudos de las corbatas, y en seguida poner en la boca de los corredores un polvorón, después de lo cual tenían que seguir corriendo para llegar al punto de partida, pero esto ya nadie lo lograba pues con el polvorón en la boca no podían seguir corriendo". (20)

Todas estas fiestas agradaban mucho a la concurrencia, que se pasaba el día en medio de la más sana alegría.

Otra cosa que no faltaba en cada una de las demarcaciones, eran los fuegos artificiales, que en este tiempo eran muy gustados, y llamaban mucho la atención sobre todo entre la clase popular, pues algunos juegos pirotécnicos eran elaborados con suma maestría, representando al quemarse bonitas escenas, casi todas ellas alusivas a la fecha conmemorada.

En todas las plazuelas de las demarcaciones y de los poblados ya citados, o en los teatros, o muchas veces hasta en las casas de los prefectos políticos de las municipalidades, había bailes populares o de invitación, según el lugar en el que fueran organizados, cerrándose con esta diversión los festejos del día 15.

El día 16 en la mañana las demarcaciones y prefecturas políticas de los pueblos ya enunciados, enviaban sus representantes para que tomaran parte en el desfile y para que saludaran al Presidente; por la tarde en todas las plazuelas había toda clase de diversiones como palos encebados que contenían ropa y dinero para los vencedores, rifas, loterías funciones de acróbatas, rompecabezas y se elevaban vistosos globos aerostáticos.

En la noche de este día, también organizaban bailes en distintas partes y en las plazuelas, diversas bandas de música daban bonitas serenatas, se volvían a quemar fuegos artificiales y como a las 10 de la noche, hora en que se acababan la música y los fuegos, la mayoría de la gente se retiraba a sus casas.

(20) Loc. cit.

Así, con estos festejos, y hasta en el rincón más apartado de la ciudad era celebrado año con año el aniversario de la Independencia.

Como ya he dicho en todas partes los actos cívicos y las diversiones eran más o menos las mismas, pues casi lo único que variaba era el orden reinante en ellas, el que dependía del rumbo en el que se llevaban a cabo los festejos.

Sólo en Ixtacalco hubo una inovación en la procesión cívica, el año de 1891, en que el jefe de la Junta Patriótica ordenó que se hiciera la procesión en canoas, y para el efecto se compuso el canal convenientemente; la canoa que presidió la procesión iba muy bien arreglada, llevando al frente el busto de Don Miguel Hidalgo y Costilla, acompañado de los miembros de la Junta Patriótica y seguido de los alumnos y profesores de las escuelas, todos en canoas. La comitiva se detuvo en Santa Anita, lugar en donde hicieron uso de la palabra personas comisionadas al efecto, después de lo cual regresó la procesión a Ixtacalco. (21)

En 1910 se celebró el Centenario de la Independencia de México, y con tan fausto acontecimiento los festejos que se organizaron fueron muy brillantes.

Se elaboró un programa de acuerdo con el cual, se desarrollaron las ceremonias y las fiestas oficiales.

Los festejos empezaron el 1º de septiembre y terminaron el 30 del mismo mes, estos fueron variadísimos y anotamos en primer lugar los agasajos y los obsequios conmemorativos que los embajadores de Italia, Japón, Estados Unidos de América, Alemania, China, España, Francia, Honduras, Bolivia, Austria-Hungría, Cuba Costa Rica, Rusia, Portugal, Holanda, Guatemala, El Salvador, Perú, Panamá, Brasil, Bélgica, Chile, Argentina, Noruega, Ecuador, Uruguay, Suiza, Venezuela, Colombia y Grecia ofrecieron al Gobierno Mexicano. (22)

(21) "El Siglo", Op. Cit., (14 de septiembre de 1891).

(22) *Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, 1911, p. 1.

De todos los países invitados sólo tres no enviaron sus representantes a las fiestas: Inglaterra, que comunicó el 18 de mayo que se veía obligada a no concurrir a las fiestas a causa de la sentida muerte de Su Majestad Eduardo VIII; Santo Domingo que a pesar de que con fecha de 28 de mayo había aceptado la invitación, no envió su representante, y por último Nicaragua que también había aceptado "...pero que sacudida por disensiones intestinas, vió derrocado a su gobierno, lo que impidió a México recibir a la Misión Especial Nicaragüense, cuyo jefe era el genial poeta Rubén Darío, a quien, sin embargo nuestro gobierno quiso acoger como invitado de honor, a lo que él se negó cortesmente". (23)

"Entre los obsequios conmemorativos que hicieron los países extranjeros a México se cuenta la estatua del Varón de Humboldt, que fué obsequiada por Alemania y que se colocó en solemne ceremonia en el patio de la Biblioteca Nacional". (24)

"Italia donó un monumento conmemorativo a Garibaldi, héroe que es para los italianos lo que Hidalgo es para los mexicanos". (25)

Japón obsequió al Gobierno Mexicano dos preciosos tибores de porcelana negra "...con delicadísimas incrustaciones de oro, perla y nácar". (26)

"Una docena de muebles de madera riquísima y muy finamente tallada, varios cortinajes opulentos y un tapiz maravillosamente bordado, constituyeron el regalo hecho por la Colonia China al Gobierno de México". (27)

"El obsequio de España consistió en la devolución que hizo del uniforme de Morelos y de otras prendas personales del héroe de la Independencia de México." (28)

(23) Ibid.

(24) Ibid., p. 63.

(25) "El Mundo Ilustrado, Op.Cit., (25 de septiembre de 1910).

(26) "Crónica"... Op. Cit., p. 57.

(27) Ibid. p. 68.

(28) "El Mundo Ilustrado", Op. Cit., (25 de septiembre de 1910).

"Francia obsequió un finísimo jarrón de Sévres y además hizo la devolución de las llaves de la Ciudad de México que le fueron arrebatadas en la época de la Intervención". (29)

"Un reloj público que se colocó en el pequeño jardín del Colegio de Niñas situado en Capuchinas (30) y Bolívar, fué el obsequio con el que Turquía hizo presente su amistad a México". (31)

También se llevaron a cabo actos oficiales solemnes entre los que anotaremos la dedicación de la Av. Isabel la Católica, nombre que se le dió a las antiguas calles de San José el Real, del Espíritu Santo, del Puente del Espíritu Santo, del Angel, del Tercer Orden de San Agustín, de Alfaro, etc., etc. "siendo esta idea, de Don Francisco Montaña Ramiro miembro del Ayuntamiento de la Capital, para rendirle homenaje a la Nación Española en la persona de la inolvidable soberana bajo cuya protección emprendió Cristóbal Colón el descubrimiento de América". (32)

Hubo además numerosos banquetes oficiales y semi-oficiales, funciones teatrales, inauguraciones de establecimientos públicos, casi todos ellos de beneficencia como fueron el Manicomio General, varios consultorios públicos, la Escuela Nacional de Ciegos, de Sordo-Mudos, la Escuela Industrial de Huérfanos, el Hospicio de Niños y l. Penitenciaría del D. F.

Se organizaron desfiles públicos de los cuales, el que más gustó fué el de carros alegóricos que organizó el comercio de la Ciudad de México, y que el Presidente de la República presenció desde el balcón central de Palacio, acompañado de sus Ministros y del Gobernador del Distrito, y desde los balcones del salón de Embajadores, los miembros del Cuerpo Diplomático.

Entre los carros que más llamaron la atención por lo original de su arreglo, anotamos el de la agricultura que semejava un campo de trigo con la diosa Ceres, "...que llevaba una hoz en

(29) "Crónica", Op. Cit., p. 85.

(30) Hoy calle de Venustiano Carranza.

(31) Crónica, Op. Cit., p. 91.

(32) Ibid., p. 95.

la diestra mano, y bajo un cobertizo destacábanse una india, una china poblana y otras mujeres de distintas razas. Típicos boyeros dirigían a los bueyes que arrastraban las carrozas". (33)

"El carro de la industria era igualmente muy caprichoso y perfectamente estudiado. Bajo un trono iba una diosa que hilaba en la tradicional rueca. A su lado veíanse los dos mundos el sol del progreso, como iluminando el horizonte". (34)

"El carro de Minería era caprichoso y representaba perfectamente su objeto. Una muchacha vestida de matrona con túnica amarilla y manto blanco, con escamas que eran las piedras preciosas, simbolizaban la significación de la carroza". (35)

"El carro del Palacio de Hierro también llamó mucho la atención, pues prescidiéndolo iban varios lujosos heraldos a caballo y cuatro reyes de armas vestidos con toda propiedad. La carroza iba tirada por hermosos caballos e iba tapizada de ricas sedas y colocadas a su alrededor numerosas banderas. La figura central representaba a la Patria después de haber roto sus cadenas y a quien acompañaban cuatro bellas mujeres ricamente ataviadas". (36)

"Con los carros del desfile alternaban grupos de obreros de las fábricas de la capital, ciclistas, charros y muchas delegaciones industriales y comerciales". (37)

La "Procesión de Antorchas" también agradó mucho pues la Comisión Nacional del Centenario, cuyo Srío, era José Casarín se empeñó en darle el mayor lucimiento posible.

La columna debería de estar formada por ocho personas, guardándose la distancia de un metro entre una y otra hilera y deberían recorrer las siguientes calles: Av. Juárez, San Francisco el frente del Portal de Mercaderes, el del Palacio Municipal, el del Portal de las Flores, el del Palacio Nacional, haciendo alto

(33) "Arte y Letras", México, (11 de septiembre de 1910).

(34) Loc. Cit.

(35) Loc. Cit.

(36) "Crónica", Op. Cit., p. 129.

(37) Ibid., p. 131.

allí para que los orfeones populares entonaran el Himno de la Patria, el de Catedral, la calle de Empedradillo (*) y la Av. 5 de Mayo donde se disolvería la manifestación. (38)

A los manifestantes que iban a pie, se les dieron vistosos faroles, que en lo alto de largos bastones ostentaban los colores nacionales; a los jinetes, especialmente a los 500 charros que constituían la vanguardia se les dieron gruesas antorchas. "Los farolillos con cristales tricolores, daban agradabilísimo aspecto a las mil hileras que componían el desfile; contribuyendo mucho quizá para que la manifestación resultara animada y ordenada, el deseo que tenían los que acudieron de conservar como un recuerdo del centenario, el farolillo o antorcha que en el reparto les tocara". (39)

En este año de 1910 la ceremonia del "Grito" fué imponente, desde las 10 de la noche no había un sólo punto libre en la Plaza de la Constitución.

El orfeón popular acompañado de las bandas del Estado Mayor y de Artillería ejecutaron notables números musicales. A esta audición que deleitó al público "... se unió el espectáculo de los fuegos artificiales, que forman siempre el embeleso de las multitudes populares y que en el Centenario estuvieron muy sorprendentes como hechos exprofeso en Francia y México". (40)

Cuando el reloj de Catedral dió las once sonoras campanadas, el Gral. Díaz repicó la campana de Dolores y ondeando la bandera pronunció las palabras solemnes: ¡Viva la República! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! ¡Vivan los Héroes de la Patria! ¡Viva el pueblo Mexicano! "... y la respuesta grandiosa y unánime brotó de todos los corazones y salió de todos los labios en un grito delirante, y numerosas bandas dejaron oír las sonoras armonías del Himno Nacional, y entre los sonidos de los cohetes y las detonaciones de las salvas, aquella exclamación re-

(*) Hoy calle del Monte de Piedad.

(38) *Ibid.*, p. 144.

(39) "El Diario del Hogar", *Op. Cit.*, (22 de septiembre de 1910).

(40) "Crónica", *Op. Cit.*, p. 159.

percutió en el espacio y lo llenó como el voto supremo de todo un pueblo libre". (41)

Para este día, la citada Comisión Nacional del Centenario, organizó un desfile histórico, gracias al cual, como por arte de magia, paseaban por las principales avenidas grupos de tlaxcaltecas, de conquistadores, de Caballeros Tigres, doña Malinche, Bernal Díaz del Castillo, varias indias nobles, en fin, caminando paso a paso, desfilaron los principales personajes de la Historia de México.

El primer grupo representaba la época de la Conquista, el segundo dos Siglos después, es decir la época del Virreynato y por último un tercer grupo alcanzaba la época de la Independencia. Cerraba el desfile, la entrada en México del ejército Trigarante, bajo el mando de Don Agustín de Iturbide, acompañado de los generales Guerrero, Mier y Terán, Guadalupe Victoria y Anastasio Bustamante". (42)

El desfile tuvo una animación y un brillo indiscutible, pues no se escatimó absolutamente nada para que los vestidos y los demás menesteres necesarios estuvieran perfectamente imitados, por lo que resultó magnífico, dejando gratos recuerdos en todos los espectadores.

Entre los actos cívicos llevados a cabo durante todo el mes, sobresalieron las inauguraciones de la Columna de la Independencia y el Monumento a Juárez.

El primero se levantó en la cuarta glorieta del Paseo de la Reforma y fué inaurado el día 16 "...con toda solemnidad y con asistencia de Primer Magistrado de la Nación, los representantes de las amigas y los principales funcionarios públicos" (43).

El Monumento a Juárez se inauguró el día 18 y se edificó en la Alameda en donde estaba antes el pabellón Morisco, "...a los acordes del Himno Nacional, llegó el Sr. Gral. Díaz, dando principio la ceremonia".

(41) *Ibid.*, p. 160

(42) "Arte y Letras", *Op. Cit.*, (25 de septiembre de 1910).

(43) "El Mundo Ilustrado", *Op. Cit.* (25 de septiembre de 1910).

"El gran poeta Luis G. Urbina, dijo preciosa composición poética, que fué unánimemente celebrada" (44).

Gran atractivo para el desfile militar del día 16 fueron los marinos argentinos, alemanes, franceses y brasileros que tomaron parte en él.

Todos los participantes fueron muy aplaudidos, por la numerosa concurrencia que presenció el desfile, ya fuera desde las tribunas, ya desde los balcones de Palacio, y muchas damas desde sus carruajes que se hallaban estacionados en las bocacalles, y por los miles y miles de gentes que lo veían pasar de pie en las aceras y hasta abajo de éstas, pues era grande la aglomeración (45).

Las fiestas y las inauguraciones, y en fin, todas las ceremonias efectuadas para conmemorar el Centenario de la Independencia parecía que no tenían fin; aparte de todas las enumeradas hubo fiestas en todas las Demarcaciones, festividades escolares, fiestas diversa como fueron una kermess en el Parque España, gallos callejeros, inauguraciones de establecimientos educativos como fué la Escuela Normal Primaria para Maestros, la Escuela Nacional de Altos Estudios, la Universidad Nacional; colocación de primeras piedras como la de la Cárcel General y la del Palacio del Poder Legislativo; congresos, exposiciones artísticas como la Japonesa, la Española y la Mexicana; científicas como la Geológica, la Popular de España, y la Médica Mexicana; concursos; conferencias; veladas; recepciones; un té ofrecido por la Sra. Romero Rubio de Díaz; un Garden Party en Chapultepec durante el cual se quemaron vistosos fuegos artificiales que sobre el lago hicieron un efecto sorprendente.

Una de las fiestas sociales más espléndidas fué sin duda el baile de Palacio que el Gral. Díaz ofreció la noche del 23 a las

(44) "Arte y Letras", Op. Cit., (25 de septiembre de 1910).

(45) Loc. Cit.

Misiones Especiales, al Cuerpo Diplomático Residente y a la Sociedad Mexicana (46).

En este baile las elegantes de la sociedad hicieron alarde de elegancia y de buen gusto, "...trajes debidos muchos de ellos, a los afamados modistos de París, joyas de gran valor, tocados artísticos, seductoras bellezas y suprema distinción se conjugaron para dar brillo a esta fiesta excepcional, a la que asistió una concurrencia no menor de ocho mil personas, y cuya importancia fué excepcional" (47).

La reunión sin lugar a duda, fué espléndida "...propios y extraños elogiaron a porfía el lujo, el buen gusto y la animación que en ella se habían puesto de realce, y los extranjeros que concurrieron, muchos de los cuales estaban habituados a la fastuosidad de las cortes europeas, aseguraron que el baile efectuado en el Palacio Nacional, no sólo hubiera sido digno de cualquiera de las ciudades más cultas del Viejo Mundo, sino que no tenía precedente en ellas" (48).

Una de las cosas que llamó mucho la atención durante las fiestas del Centenario, fué la iluminación de la Ciudad que lució espléndida.

Todos los edificios públicos y particulares, las plazas, y las calles estaban iluminados, a donde quiera que se dirigiera la vista había adornos luminosos más o menos artísticos, pero que en conjunto presentaban un magnífico aspecto, "...en el centro de la ciudad se destacan las dos torres de la Catedral, rodeada por el mar de luces de las fachadas de los Palacios Nacional y Municipal; después todo se pierde en un caos luminoso, en medio

(46) "Crónica", Op. Cit., p. 289.

(47) *Ibid.*, p. 290

(48) *Ibid.*, p. 293

del cual se divisa la Sría. de Relaciones como una enorme esmeralda, y al extremo occidente se ven las dos torrecillas de la exposición Japonesa" (49)

A grandes rasgos, así fué como se celebró el Centenario de la Independencia en la Ciudad de México; fué el mes de septiembre de 1910, un mes de regocijo y de fiestas en las que tomaron parte todos los habitantes de la Ciudad, contribuyendo con su participación para darle a la conmemoración el esplendor que tuvo y que difícilmente podrá ser igualado en el futuro.

(49) "El Mundo Ilustrado", Op. Cit., (25 de septiembre de 1910).

BIBLIOGRAFIA

LIBROS.

- ALTAMIRANO, Ignacio M.—“La fiesta de los Angeles”. *Antología de Artículos Descriptivos del País*, arreglada por Adalberto A. Esteva. México, Tipografía y Literaria “La Europea”, 1905, p. 79-90.
Paisajes y Leyendas, Tradiciones y Costumbres de México. México, Imprenta y Litografía Española, 1884, 484 p.
- ALVAREZ, José María.—*Añoranzas, El México que fué*, Mi Colegio Militar. México, Imprenta Ocampo, 1948, 2 vols.
- BANCROFT, Hubert Howe.—*Vida de Porfirio Díaz. Reseña Histórica y Social del pasado y presente de México*. San Francisco California. La Cía. Historia de México, 1887, 750 p.
- BAZ, Gustavo.—*Un Año en México*. México, Imprenta de E. Dublán y Comp., Editores, 1887, 230 p.
- CAMPBELL, Reau.—*New Revised Complete Guide and Descriptive Book of Mexico*. Sonora, News Company, City of Mexico, 1889, 351 p.
- CASASOLA, Gustavo.—*Efemérides Ilustradas del México de Ayer, 1900-4*. México, Ediciones Archivos Casasola, 480 p.
- FERNANDEZ DEL CASTILLO, Francisco.—*Apuntes para la Historia de San Angel y sus Alrededores. Tradiciones, Historias, Leyendas, etc., etc.*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, 253 p.

- GARCIA, Genaro (Pub).—*Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, publicada bajo la dirección de... México, Talleres del Museo Nacional, 1911, 307 + 139 de apendice.
- GOOCH, Fanny Chambers.—*Face to Face with the Mexicans*. New Yor, Fords, Howard, and Hulbert, 1887, 584 p.
- MANERO, Vicente E.—*El Monumento levantado en la Alameda de México por el Ayuntamiento de 1883*. México, Imprenta de "La Luz", 1883, 77 p.
- MAÑÓN, Manuel.—*Historia del Teatro Principal de México, 1753-1931*. México, Editorial Cultura, 1932, 464 p.
- MARROQUI, José María. — *La Ciudad de México*. México, Tip. y Lit. "La Europea", 1903, 3 vols.
- OBER, Frederick A.—*Travels in Mexico and Life Among the Mexicanas*. Boston Estes and Laurit, 1887, XXII + 732 p.
- PAYNO, Manuel.—*Lo Bandidos de Río Frio*. México-Barcelona, j.F. Parres y Compañía, V. I, 840 p.
- RELACIONES EXTERIORES, Secretaría.—*Primer Centenario de la Independencia de México*. Septiembre, 1910.
- SESTO, Julio.—*El México de Porfirio Díaz*. Valencia, F. Semper y Cia., Editores, 1909, 261 p.
- VALADEZ, José C.—*El Porfirismo*, "El Nacimiento", Tomo I, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941, 450 p. "El Crecimiento", Tomos II y III. México, Ed. Patria, 1948, 330 — 344 p.

PERIODICOS Y REVISTAS.

- ALTAMIRANO, Ignacio M.—"El día de muertos", *Revista Moderna de México* III, México, noviembre 1904, p. 163-166.

ARTE Y LETRAS, México, 1904-1910, 7 Vols.

EL DIARIO DEL HOGAR, México, 1907-1910, 4 Vols.

EL IMPARCIAL, México, 1897-1910, 14 vols.

EL MONITOR REPUBLICANO, México, 1877-1896, 20 Vols.

EL MUNDO, México, 1896-1906, 11 Vols.

EL MUNDO ILUSTRADO, México, 1894-1910, 17 Vols.

EL NACIONAL, México, 1881-1900, 20 Vols.

NUÑEZ Y DOMINGUEZ, J. de J.—“La Alameda, jardín y paseo tradicional de la Ciudad de México”. *El Turista Mexicano*, Vol. I, núms. 4y 5. México, s. i., 1932, p. 14-17.

EL SIGLO DIEZ Y NUEVE, México, 1887-1896, 20 Vols.